

EL PACTO



Eva Gonzay & Julia C. Brown

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Libros de este autor](#)

EL PACTO
EVA GONZAY
&
JULIA C. BROWN

Copyright © 2024 Eva Gonzay & Julia C. Brown
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Twitter: @EvaGonzay

Instagram: @juliabrown_writer

Safe creative: 2407128620239

*"A veces, las mejores historias de amor
comienzan con una mentira"*

Capítulo 1

—¡Joder! —exclama Alejandra Prado mientras desliza con un dedo la pantalla de su teléfono móvil.

Lleva más de una hora pegada al aparato y dando vueltas por el inmenso salón de su ático. Las manos le sudan y el *gin tonic* que se está acabando parece que no la ha ayudado a aplacar los nervios. Cuando eres una de las herederas de la farmacéutica más potente de España, tu vida privada se convierte en un circo mediático y con ello el interés de las mujeres por acostarse contigo y sacar una buena tajada de lo que te sobra; dinero. Por eso, Alejandra siguió el consejo de Nerea —su mejor amiga— y tras pensarlo durante unos días, por fin se ha decidido a acceder a la aplicación privada de la más exclusiva casa de citas de la ciudad. Una sensación extraña le recorre el cuerpo, nunca ha tenido que recurrir a este tipo de servicios, no solo porque es guapa a rabiar, sino que, sin apenas abrir la boca, la hija menor de los Prado – Laínez causa sensación, da igual si es hombre o mujer, el magnetismo que desprende es casi imposible de ignorar. Alejandra hace girar cabezas allá donde vaya.

Se siente una especie de cavernícola eligiendo a la presa que pretende cenar, pero se mete en la cabeza que ella solo busca pasar un buen rato, sin compromisos ni despedidas incómodas, así que, en un arrebato de valentía, se decide por una chica con la melena castaña, dueña de unos ojos color tentación que hacen que su vientre tiemble de anticipación.

Después de ducharse, sale de su habitación y gira a su alrededor para comprobar que todo está tal y como le gusta, organizado y limpio. Empieza a preparar su segunda copa cuando una voz robotizada le indica que alguien se está acercando a su apartamento a la vez que una pantalla de tamaño considerable se enciende para mostrar cómo una mujer vestida de forma imaculada se detiene frente a su puerta.

—¡Joder! —parece que es la palabra favorita de Alejandra, pero no puede evitar soltar un suspiro y dos comentarios más al darse cuenta de que su cita no tardará en llegar y no quiere que coincida con esa visita inesperada.

Camina a paso rápido hasta que abre la puerta principal después de hacer algunas respiraciones controladas.

—Madre, ¿a qué debo esta visita? —pregunta al ver a su progenitora con una ceja levantada.

—¿No me vas a invitar a pasar? —la pregunta de Francisca Laínez es mero protocolo, porque ella siempre consigue lo que quiere.

Alejandra se hace a un lado y deja entrar a su madre, que lo observa todo como si no hubiese ido a su ático al menos un millón de veces.

—¿Por qué está todo tan oscuro? —dice Francisca mientras se acerca a una botonera y empieza a toquetearla en un intento fallido de encender la luz—, nunca sé cómo van estos aparatos que instalas en tu casa.

—Idoia, enciende las luces del salón —Alejandra suelta un comando en voz alta y la estancia queda completamente iluminada al momento.

Francisca Laínez niega con la cabeza.

—Si invirtieras la mitad del tiempo que gastas creando estas tonterías, en la empresa familiar, seguro que nos iría bastante mejor —suelta su madre con su habitual mueca tensa, que Alejandra está segura de que es por la cantidad de bótox que tiene en el rostro y que deja sus facciones casi congeladas.

—¿Qué necesitas, madre?

—¿Acaso no puedo venir a visitar a mi hija?

Alejandra sabe que esas visitas siempre ocultan algo, la mayoría de las veces, ejercer control sobre ella.

—Claro que puedes, pero te agradecería que me avisaras antes de venir —le pide Alejandra, que no se ha movido del centro del salón—, te lo he repetido muchas veces, no siempre estoy sola.

—Soy tu madre, Alejandra —inquieta la mujer como si ese título le diera el derecho a hacer lo que le diera la gana—, ya que tú no vas a vernos, tendré que hacerlo yo.

—Os veo en la oficina, como con vosotros al menos dos veces a la semana y, por si fuera poco, tengo que asistir a esos eventos que sabes bien que detesto —la cara de Alejandra muestra que la conversación con su madre no le afecta, pero nada más lejos de la realidad, por dentro el corazón le late con rabia y cansancio.

Francisca cruza una pierna sobre la otra de manera delicada y endereza más la espalda.

—Son tu obligación —dice con tranquilidad—, eres una de las herederas de la empresa familiar y como tal tienes que estar presente en todo momento. Por cierto, tu hermano —Alejandra tiene claro lo que viene; alguna comparación con el hijo perfecto—, ha decidido volar a Londres para supervisar él mismo el acuerdo y la producción del nuevo lanzamiento. Una idea estupenda, deberías aprender de él.

Alejandra pone los ojos en blanco y está vez si se mueve hacia el minibar que tiene en uno de los rincones del salón, necesita algo fuerte, la presencia de su madre siempre consigue sacar lo peor de ella.

—Es el trabajo de Jorge, mamá —dice con un tono que denota lo agotada que está de ese tema—, él se tiene que ocupar de sus cosas y yo de las mías, ¿acaso va a las oficinas cada día a revisar todo el papeleo?

Francisca hace un movimiento con la mano como si espantara una mosca.

—Tu hermano no se conforma con hacer lo que le toca, siempre hace más. Él entiende que una empresa como la nuestra no se mantiene sin esfuerzo y dedicación.

El teléfono de Francisca interrumpe su discurso de elogio hacia Jorge Prado, su único hermano y el mayor de los dos que ha seguido con exactitud los pasos que sus padres le han marcado y lo han colocado en el trono como el chico perfecto. Además, para deleite de su madre, contrajo matrimonio con Isidora Ariztigueta, hija de uno de los banqueros más ricos de Europa y, por si fuera poco, han traído al mundo a la niña más guapa que ha visto nunca haciendo a los abuelos los seres más felices del universo. A su lado, Alejandra, es la oveja negra de la familia, la soltera de oro —título que le ha puesto la prensa rosa— y una lesbiana descentrada que pierde el tiempo jugando con aparatos tecnológicos, según sus padres. En realidad, la heredera de la farmacéutica Prado se siente tan sola que a veces le cuesta creer que tiene familia y amigos.

—Tengo que marcharme —dice su madre levantándose del sofá como si hubiese sufrido una descarga eléctrica—, tu padre me necesita.

Alejandra agradece en silencio que su padre sea tan autoritario con su madre y deba

tener a su mujer controlada. Se siente miserable de inmediato, pero a la vez sabe que Francisca Laínez ha elegido esa vida y la disfruta por completo.

—¿Tienes la invitación para la gala? —pregunta Francisca sabedora de la respuesta.

—Sí, mi secretaria me la ha entregado.

—Ni se te ocurra usar un traje, la última vez casi nos infartas a tu padre y a mí —dice la mujer negando con la cabeza—, ningún buen hombre se va a fijar en una mujer que no lleve vestido.

Alejandra ni intenta rebatir a su progenitora que sabe muy bien que ella es lesbiana, no bisexual ni curiosa, lesbiana. Le encantan las mujeres, la vuelven loca y no puede ni quiere cambiar sus gustos, menos para satisfacer a otros.

Se despiden con un frío beso en la mejilla y la mujer sale del ático de su hija como si tuviera una urgencia que debe atender de inmediato. Alejandra suspira y se sienta en su butaca favorita, una blanca que compró hace poco, buscando sosiego. Cada encuentro que tiene con su madre o su padre es una batalla en la que su cuerpo y su mente están tan alertas que acaba agotada y solo puede pensar en meterse en la cama. Pero no esa tarde, esa está lista para pasarlo bien, para perderse entre caricias, gemidos y orgasmos. Lo necesita más que nunca y Alejandra va a disfrutar de cada euro que ha pagado llevando al cielo, todas las veces que pueda, a la desconocida mujer que no tardará en cruzar su puerta.

Capítulo 2

Irene Verdejo está tendiendo la ropa en su pequeño, extraño, pero encantador apartamento. Lo único positivo que Irene ha conseguido de sus padres, fue la herencia de un pequeño terreno en las afueras de Madrid. Una parcela de apenas cien metros cuadrados situada entre dos pequeños edificios, tapiada con un muro de bloques en la parte trasera y otro igual en la parte delantera con la excepción de que ese tiene una puerta metálica de acceso para vehículos que a ella le sirve para todo.

Su abuela materna se lo dejó en herencia tras fallecer hace tres años. Como no tenía dinero para construir una casa, Irene construyó un garaje y, dentro de este, un módulo prefabricado en un contenedor que le costó muy barato. Con el tiempo lo amplió con otro y ahora ella y su hijo Eric viven ahí.

Puede que no tengan lujos, pero a Irene le encanta su casa, tiene jardín por delante y por detrás, espacio para dejar su coche y una habitación para ella y otra para su hijo, por lo que no necesita nada más.

Se saca el móvil del bolsillo trasero del pantalón cuando le suena y comprueba que quien la llama es Anabel, la dueña de la casa de citas para la que trabaja, porque sí, Irene se prostituye desde que se dio cuenta de que con lo que ganaba en sus dos trabajos de camarera, no tenía suficiente para mantenerse a ella y a su hijo, y por Eric está dispuesta a cualquier cosa.

—Dime, Anabel —contesta al mismo tiempo que deja la cesta de las pinzas bajo el marco de la ventana.

—Te ha salido un servicio en una hora, prepárate.

Irene suelta un resoplido.

—¿Qué pasa? —pregunta Anabel.

—Te he dicho mil veces que me tienes que avisar con más tiempo para que me organice. Tengo que recoger a Eric del entrenamiento a las ocho y si estoy en el servicio no podré hacerlo.

—Lo siento, querida, pero yo no controlo las reservas. Te han elegido y además es un servicio VIP. Te repito lo que te digo siempre, Irene, si me fallas una sola vez con uno de estos clientes, te elimino de este servicio y te dejo en el club persiguiendo a los babosos.

Irene suspira y mira al cielo. No puede permitirse rechazar esos servicios y lo sabe. Le dejan unos beneficios importantes y los necesita si quiere seguir pagando el club de tenis de su hijo y seguir ahorrando para pagarle la universidad cuando llegue el momento. Además, desde que Anabel la descubrió y la incluyó en su catálogo de prostitutas de lujo, pasa por menos manos porque las contrataciones suelen durar más tiempo, gana mucho más y las posibilidades de encontrarse con borrachos o tipejos que se creen con derecho a vejarlas solo porque pagan, se han reducido, aunque no han desaparecido.

—De acuerdo, pásame la dirección, ya veré cómo me organizo.

—Así me gusta —aplaude Anabel.

Tal y como cuelga, Irene llama a la única persona que puede ayudarla, su mejor amiga y también prostituta, Vanesa.

—Dime —dice esta al descolgar.

—¿Tienes algún servicio a las ocho?

—No, ¿por qué?

—Porque me ha salido uno y no podré recoger a Eric del entrenamiento.

—Tranquila, yo me encargo. Lo llevo a tu casa y te esperamos allí.

—Muchas gracias, Vane.

En cuanto cuelga comienza a prepararse para la cita. Cuando por fin está lista, decide llamar a un taxi para que la lleve, porque el tráfico a esas horas está horrible y ella siempre se pone muy nerviosa entre bocinazos y conductores impacientes.

Irene ha estado un par de veces en esa zona residencial de Madrid, una de las más lujosas. Accede al edificio donde un conserje le indica la planta y el número de puerta a la que debe dirigirse y, cuando llega, llama al timbre sin pensarlo. De inmediato escucha pasos al otro lado de la puerta y, cuando esta se abre, Irene se queda bloqueada por primera vez en mucho tiempo.

Al otro lado encuentra a una mujer de más o menos su edad, vestida con unos vaqueros y una camiseta ancha, que lleva los pies descalzos y mueve el izquierdo con nerviosismo mientras la mira. Tiene la mirada más limpia con la que Irene se ha cruzado nunca y por delante de su pecho, caen varios mechones ondulados de su larga melena castaña oscura.

—Hola —saluda Irene humedeciéndose los labios porque la boca se le ha quedado seca—, me han contratado para un servicio —añade en voz muy baja a pesar de que, en ese rellano, el único ático es el de la chica.

—Sí, soy Alejandra, pasa —dice la anfitriona con la mirada enganchada en las facciones de Irene, la mujer más atractiva que ha visto en su vida.

Cierra la puerta con el corazón latiendo a mil por hora, cuando la ha elegido en el catálogo le ha parecido impresionante, pero sin duda, las fotos no le hacen justicia y la candidata número siete es simplemente la mujer más guapa que Alejandra ha visto nunca.

Las dos se quedan quietas frente a la puerta sin saber cómo actuar. Irene porque, a pesar de llevar mucho tiempo en eso, jamás la había contratado una mujer y de repente se siente completamente inexperta y Alejandra, porque jamás ha contratado los servicios de una mujer de compañía y no tiene ni idea de cómo debe actuar. Y a esos dos problemas, deben añadir que, sin ser conscientes todavía, ambas están sufriendo un flechazo de manual.

—Creo que antes de nada debes saber que jamás he estado con una mujer —se atreve a hablar por fin Irene.

Alejandra tarda en comprender lo que le ha dicho, porque su voz le ha provocado una especie de hormigueo por el estómago que ha confundido con los nervios del momento.

—Puedes solicitar a otra chica si lo deseas —sigue Irene.

—No, no hay problema —ataja Alejandra sin dejar de mirarla—, tú también deberías saber que es la primera vez que contrato estos servicios y que ahora mismo estoy bastante nerviosa.

A Irene se le curva la comisura izquierda de los labios hacia arriba y eso hace que también se le levante ligeramente la ceja, provocando sin saberlo un acelerón en el pecho de Alejandra.

—Yo también estoy bastante nerviosa —reconoce Irene sin perder esa media sonrisa tonta.

Es la primera vez en su vida que se alegra de estar en un servicio y se siente muy

extraña. Desde que ha cruzado la puerta del ático de Alejandra Prado, no se siente una prostituta y ese pensamiento la trastorna, porque, al fin y al cabo, es lo que es.

—No te preocupes por ser tu primera vez —trata de explicar tranquila—, simplemente actúa como si yo fuera una chica con la que llevas mucho tiempo queriéndote ir a la cama y a la que por fin tienes en tu habitación.

Alejandra sonríe y ahora es el corazón de Irene el que casi descarrila.

—Parece fácil de hacer visto así —susurra y da dos pasos que recortan la distancia entre ellas—, pero ni siquiera sé cómo te llamas.

Irene jamás ha dado su nombre real a ningún cliente, por eso se sorprende cuando se escucha diciendo el suyo en voz alta.

—Me llamo Irene.

—Irene es bonito —dice Alejandra apartándole un mechón de pelo de la cara que coloca con delicadeza detrás de su oreja.

El primer beso es algo parecido al tanteo. Alejandra lo hace con suavidad y se separa para observar la expresión de Irene.

—Es como besar a un hombre, al fin y al cabo —dice la anfitriona.

—No —niega Irene en un susurro—, tú eres mucho más suave y cálida —argumenta y ahí llega el segundo, que se prolonga y profundiza hasta volverse tan ansioso como las ganas que ambas tienen de perder la ropa.

Irene deja caer el bolso directamente al suelo y Alejandra se quita la camiseta frente a la puerta. Los ojos de Irene se clavan en sus pechos y de nuevo tiene una sensación extraña que incluso la paraliza unos segundos cuando se da cuenta de las ganas que tiene de morderlos. A sus treinta años y por diferentes motivos que la han llevado a ello, Irene jamás ha sentido deseo por nadie. Para ella el sexo ha sido siempre un puro trámite, una transacción que le reporta un beneficio que le sirve para mantener a su hijo. Nada más. Ahora está confundida sin comprender eso que siente. Su amiga Vanesa le ha hablado muchas veces del flechazo que sufrió cuando tenía quince años y de otro que tuvo con un cliente, pero Irene jamás se hubiera imaginado que algo así le acabaría pasando a ella, y mucho menos con una mujer.

—Vamos a la habitación —jadea Alejandra, a la que los metros que hay hasta la estancia, se le hacen interminables.

Capítulo 3

En cuanto cruzan la puerta, vuelve a girarse hacia Irene y tras una breve sonrisa tonta que no puede contener, la besa sintiendo que esos labios son lo que ella ha estado buscando siempre. La conexión entre las dos es tan profunda que Alejandra trata de ignorarla pensando que todo eso que siente tiene que ser fruto del morbo producido por la situación, sin duda, nueva para ella.

—Tienes un cuerpo precioso —dice cuando Irene, tratando de disimular los nervios, deja caer la última prenda de su ropa.

—Tú también. ¿Qué quieres que haga? —pregunta comiéndose a Alejandra con los ojos.

—Para empezar, relajarte —pide la empresaria acercándose a ella para permitir que sus cuerpos desnudos entren en contacto. Irene contiene el aliento—. Intenta pensar que yo también soy esa chica a la que llevas mucho tiempo queriéndote llevar a la cama.

A Irene se le dibuja media sonrisa y la mirada se le oscurece, aunque ella no sea consciente.

—Es que quiero llevarte a la cama.

A Alejandra le parece muy sincera, pero es consciente de que Irene tampoco podría decir otra cosa que no estuviera pensada para complacerla.

—Ven —Alejandra la coge de la mano y abre un cajón donde tiene sus juguetes.

En cuanto ha visto a Irene desnuda, la ha imaginado con el arnés puesto y le está costando controlar las ganas.

—¿Te lo pondrías? —le pregunta y a Irene le sorprende su amabilidad.

Son muy pocos los clientes que preguntan, la gran mayoría, simplemente exige sin tener en cuenta su opinión.

—Claro —dice y su sexo se contrae solo de pensar en penetrar a Alejandra.

En cuanto lo tiene puesto, Alejandra se lanza a por sus labios y la arrastra hasta que se encuentran con la cama. Ahí sube una pierna quedando lo suficientemente abierta e Irene, que jamás ha penetrado a una mujer, se descubre pasando primero los dedos por sus pliegues y temblando de deseo cuando nota la humedad y el calor de Alejandra.

—Estás empapada —dice con la mirada clavada en su entrepierna.

—Me pones muy cachonda —reconoce Alejandra con voz ronca, repartiendo besos por el hombro de Irene—, métemela despacio.

Irene nunca ha estado con una mujer, pero sabe lo que duele que te la metan de manera brusca, así que ella tantea la entrada de Alejandra y comienza a entrar de manera delicada hasta que sus cuerpos quedan completamente pegados. Ella también sube una pierna en la cama y, con los labios de Alejandra pegados a los suyos y sus manos recorriéndola despacio, empieza a moverse y a sentir que se desmaya conforme los jadeos de Alejandra van en aumento.

Ese primer orgasmo se lo arranca prácticamente sin enterarse. Irene se queda como en trance, tan atenta a cada reacción de su clienta, que cuando Alejandra empieza a liberarse y le clava las uñas en la espalda, no se lo espera y su cuerpo se queda en completa tensión

hasta que Alejandra termina.

—Qué bueno, joder —susurra contra su cuello y ella tiene un escalofrío.

Alejandra se separa y se da la vuelta, colocándose esta vez a cuatro patas sobre la cama sin tener que decirle a Irene lo que quiere. Ella se coloca de rodillas detrás, con el cuerpo temblando por una excitación que para ella es desconocida y, tras buscar de nuevo su entrada, la penetra notando como el sexo de Alejandra la engulle como si la estuviera esperando.

Irene, agarrada a las caderas de Alejandra mientras observa su espalda y el derrame de su melena sobre la cama, esta vez lo experimenta todo de otra manera. Con cada embestida, ella siente una descarga de placer que se va convirtiendo en un burbujeo constante en su bajo vientre que le resulta imposible de detener. Irene jadea y trata de pararlo, incluso detiene las embestidas un segundo, pero es tan incontrolable lo que siente, que reanuda la marcha y tras un par de movimientos, experimenta el primer orgasmo no provocado por ella misma que la obliga a doblarse sobre la espalda de Alejandra mientras se agarra con fuerza a su cintura.

Cuando termina de correrse, le tiembla la boca y los ojos se le han llenado de lágrimas. Irene no sabe que le pasa, está muy abrumada y también avergonzada por no haberse sabido controlar, pero, sobre todo, está desorientada por sentirse así con Alejandra.

—Perdona —se disculpa todavía sin aliento y trata de incorporarse para seguir.

—Pero ¿qué dices? —Alejandra gira la cabeza y le muestra una sonrisa y la mejilla sonrosada por el calor y el peso de Irene sobre ella—, ha sido una delicia escucharte.

Alejandra ha llevado una mano hacia atrás para ponerla en la baja espalda de Irene, lo que le permite notar el temblor exagerado de su cuerpo.

—¿Estás bien, Irene?

—Sí —se limita a responder ella y Alejandra sonrío.

—Respira y recupera el aliento, lo único que lamento ha sido no haberme corrido contigo.

Irene la escucha mientras se va barriendo esas lágrimas silenciosas que no dejan de caerle por la cara sin que pueda detenerlas, pero las ignora y, cuando recupera el aliento, vuelve a su posición y retoma lo que estaba haciendo. Esta vez, Alejandra acompaña sus movimientos con jadeos y alguna palabra de satisfacción que enciende a Irene de tal modo, que el deseo de Alejandra se cumple, porque al poco de empezar a correrse ella, Irene lo hace de nuevo para su sorpresa y trastorno.

Las tres horas que dura el servicio que Alejandra ha contratado, se las pasan en la cama, enganchadas como si fueran dos amantes a las que van a separar para siempre y no quieren desperdiciar el tiempo. Irene cae derrotada de cansancio a un lado de la cama y comprueba la hora, viendo sorprendida que se han pasado quince minutos cuando en todos los servicios, el tiempo le pasa demasiado despacio.

—Tengo que irme —dice y se incorpora para sentarse, pinzándose el puente de la nariz con los dedos porque ha sentido un leve mareo.

—No has de correr, puedes ducharte si quieres, y te puedo preparar algo de beber y picotear, a mí el sexo me da hambre —dice Alejandra a su espalda.

Irene se gira y le sonrío. Todo le parece surreal. Tiene algunos clientes que son atentos en ese sentido, pero porque buscan otras cosas, en cambio, Alejandra le parece completamente diferente, o quizá lo piensa porque todo en ella le gusta.

—Si me dejas duchar te lo agradezco.

—Claro, te daré una toalla limpia —Alejandra salta de la cama y a Irene se le van los ojos y también una sonrisa mientras la mira.

Se levanta y va a por su bolso, donde suele llevar ropa interior limpia de recambio, y cuando vuelve a la habitación y la saca, ve que en su móvil parpadea una luz. Al desbloquearlo, comprueba que tiene dos llamadas de Vanesa y también un mensaje. A Irene se le acelera el pulso y va directamente a leerlo.

—Mierda —dice nerviosa cuando lee que su amiga le dice que le ha salido un servicio y no puede ir a buscar a su hijo.

—¿Qué pasa? —pregunta Alejandra.

—Mi hijo sale del entrenamiento en veinte minutos y mi amiga no puede ir a recogerlo. Necesito un taxi —a Irene comienza a temblarle la mano cuando trata de buscar el número.

—¿Dónde es? —pregunta Alejandra.

Irene le dice que está en un club de tenis.

—Sé cuál es, si llamas a un taxi, no llegarás a tiempo. Yo te llevo —dice mientras comienza a buscar ropa.

—¿En serio? —Irene la mira, descolocada.

—Qué sí —Alejandra sonríe al ver su cara de desconcierto y se acerca a ella—, venga, espabila, vamos a lavarnos un poco y nos vestimos.

Las dos entran en el amplio baño de la habitación de Alejandra, allí se adecentan, se visten con rapidez y once minutos después, están subidas en el todoterreno de la empresaria para llegar al club de tenis justo cuando Eric, el hijo de catorce años de Irene, sale con la bolsa colgada a la espalda. Irene se baja y Alejandra los espera dentro del coche.

—¿Quién es? —pregunta Eric mirando el coche del que se acaba de bajar su madre.

—Una amiga, nos llevará a casa.

—¿De qué la conoces? —pregunta, sorprendido.

—Eso no importa ahora, cariño, tú sube y sé educado.

Eric obedece a su madre como hace siempre y saluda a Alejandra después de subir en el asiento trasero. Ella le devuelve el saludo acompañado de una sonrisa y acto seguido, él se pone sus auriculares y Alejandra conduce en un silencio tenso hasta la dirección que le ha dado Irene.

Alejandra se detiene frente a la puerta de lo que a ella le parece un garaje, pero no hace comentario alguno y, movida por un impulso incontrolable, también se baja del coche cuando lo hacen sus pasajeros, porque siente que necesita despedirse de Irene.

—Entra en casa, Eric, yo voy enseguida —dice Irene, que también siente que debe hacer lo mismo con Alejandra.

Eric se despide de ella levantando la mano y desaparece tras la puerta. Las dos se quedan frente a frente sin saber qué hacer, hasta que Irene rompe el silencio.

—Te agradezco mucho que nos hayas traído.

—No ha sido nada. Me ha encantado conocerte, Irene —dice y sin controlarse porque no puede, recorta el poco espacio que hay entre ellas y la abraza—. Me lo he pasado muy bien —le susurra y le da un beso muy cerca de la comisura de los labios que prolonga unos segundos mientras contiene las ganas de desviarse y besarla.

Irene nota como le mete una mano en el bolsillo.

—Esto es para que te des un capricho con tu hijo —añade dejando una propina que sorprende a Irene.

—No hace falta —dice cuando se separan.

—Sí que hace —Alejandra le coge la mano unos segundos para darle un apretón afectuoso, pero en esos segundos, lo que ambas sienten es una descarga que las deja enganchadas más tiempo del que deberían.

Capítulo 4

Tres días después.

—Tengo que volver a contratar a Andrés para que me entrene —suelta Nerea, jadeando y secándose el sudor de la cara.

Alejandra Prado sonríe con suficiencia al ver que su mejor amiga tiembla del cansancio. Han quedado esa mañana para jugar al pádel y le ha dado tal paliza, que su amiga ha decidido dar por acabado el partido. La heredera de la farmacéutica Prado sabe muy bien lo competitiva que es Nerea, el dineral que se gasta en entrenadores personales y nutricionistas para luego perder ante ella en cualquier deporte en el que se enfrenten. Se conocen desde que eran niñas y siempre han estado muy unidas, aunque Nerea sea bastante delicada con ciertos temas y muchas veces saque a relucir una personalidad un poco mezquina con la que Alejandra lidia como puede.

Lleva toda la semana llamando a Alejandra para quedar, su vena cotilla le puede y quería que la heredera le contase en persona su última experiencia.

—¿No fue ese Andrés el que acabaste tirándote y luego despidiendo? —pregunta Alejandra subiendo una ceja. Sabe muy bien la respuesta.

Nerea sonríe traviesa.

—El peor polvo de la historia —suelta—, ¿cómo verle la cara después?

—Quizá eres muy exigente.

—Cuando me voy a la cama con alguien, es para pasármelo bien —dice Nerea mientras coge su bolsa de deporte—, no para aburrirme o peor aún, dar instrucciones de cómo se hacen ciertas cosas. Ese chico necesita con urgencia que alguien le enseñe cómo usar el pene.

Alejandra niega con la cabeza y camina al lado de su amiga para ir al bar del club deportivo. Llevan más de media vida yendo allí y todo el mundo las conoce, no por la cantidad de dinero que tienen, allí casi todo el mundo es absurdamente rico, es porque ambas mujeres son un espectáculo a la vista de cualquiera, el tiempo no parece pasar por ellas y lo mejor; están solteras.

Uno de los camareros se acerca a ellas cuando se acomodan en una mesa en la terraza con unas vistas fascinantes hacia la montaña, les deja la carta y toma nota de sus bebidas, una cerveza y un agua sin gas con rodajas de limón.

—No sé cómo mantienes ese cuerpo si bebes esa porquería —se queja Nerea, que solo toma alcohol en momentos puntuales y siempre se decanta por champán o vino. Demasiadas calorías.

—Aunque siempre lo pongas en duda, me cuido bastante —le repite por milésima vez Alejandra y da un trago largo a la cerveza que le acaban de traer—, lo que pasa es que no me obsesiono como tú. Me gusta disfrutar de una buena cerveza o unas patatas fritas.

Nerea la mira espeluznada como si su amiga le estuviera diciendo que le gusta comer barro o estiércol.

—Bueno —dice Nerea cambiando el tema—, cuéntame qué tal te fue con la puta.

—Chica de compañía —la corrige Alejandra, que de repente siente una punzada de

rabia al pensar que a Irene la llaman de esa forma que ella considera despectiva. Es un trabajo como otro cualquiera y no le gusta cómo la gente suele referirse a ellas.

—Lo mismo es —contesta Nerea encogiendo los hombros.

Alejandra decide no discutir y contarle lo justo, sabe que a Nerea los detalles de sus relaciones sexuales le causan escalofríos.

—Una velada perfecta, no recuerdo la última vez que quedé tan satisfecha.

—¿Tú satisfecha?, lo dudo —suelta Nerea y ambas estallan en una sonora carcajada que hace que Alejandra se relaje.

—En serio, no tengo quejas. Una chica muy profesional —dice Alejandra y siente como le hormiguea la entrepierna al recordar como Irene se movía dentro de ella.

—¿Vas a repetir? —pregunta Nerea con curiosidad.

—No lo descarto, es un servicio muy discreto y, tal como dijiste, sin riesgos.

Alejandra, que es considerada por el mundo del entretenimiento y el cotilleo como la soltera de oro, ha vivido muchas experiencias desagradables a lo largo de su vida. Desde que era muy joven supo que le gustaban las mujeres y vaya si le gustan, para disgusto de sus padres que no aceptan la sexualidad de su hija. Ha salido con muchas chicas, pero un día se dio cuenta de que la mayoría de ellas solo la buscaban por su dinero. Entonces empezó a rechazar a las que se acercaban a ella en las discotecas o restaurantes y comenzó a hacer más caso a las que se movían en su círculo porque según la misma Nerea, esas no querían de ella lo que tiene en el banco. Pero lo que se encontró fue peor porque, además de ser mujeres frías e insoportables, buscaban alianzas poderosas para subir su estatus a otro nivel. El resultado fue que la heredera Prado pasó meses sin tocar un cuerpo femenino, alejándose de todas las víboras que querían un trozo de ella hasta que su amiga le recomendó el servicio de acompañamiento, tan costoso como discreto que ofrecía placer sin compromiso de por medio y, sobre todo, la tranquilidad de que esas chicas no buscaban el dinero de Alejandra.

—Te lo dije. Además, tienen un gusto exquisito a la hora de elegir a sus empleados —dice Nerea mordiéndose el labio.

—Deberías probar con alguna chica.

A Nerea se le borra la sonrisa de la cara de inmediato.

—Ni muerta —suelta con evidente repelús—, y no lo repitas que ya sabes que me pones de mal humor con tus bromas.

A Alejandra se le corta la carcajada que ha soltado al ver que su teléfono se ha iluminado y en la pantalla aparece un nombre que no debería, que además le produce un dolor de cabeza inmediato; Francisca Laínez.

—Dime, madre —contesta Alejandra con voz monótona.

—Ven a casa —exige—, tu padre y yo te estamos esperando.

—Ahora no puedo —responde la heredera, cansada de que sus progenitores controlen su vida.

—No es una petición, Alejandra. Tu padre quiere que vengas ya, así que no tardes.

Francisca cuelga el teléfono sin darle tiempo a ningún tipo de réplica. Alejandra suelta el móvil con asco sobre la mesa y suspira clavándose los dedos en las sienes.

—Tengo que irme, Nerea. Vamos hablando.

—Ya me contarás qué has hecho —suelta mirando a Alejandra a los ojos.

—¿Por qué coño he tenido que hacer algo? —pregunta con un enfado bastante evidente.

—Porque cuando tus padres te llaman así con esas exigencias, es porque la has liado de alguna manera.

Y no se equivoca, no le alcanzan los dedos de las manos para contar las veces que Alejandra ha cometido locuras que a ella siempre le han parecido normales, sobre todo cuando era más joven. Pero para sus padres, ella siempre hace las cosas mal, organizar la documentación legal de la empresa, elegir pareja, ser lesbiana o simplemente respirar más veces de las que ellos consideran correctas. Pero Jorge, su hermano, puede poner una bomba en medio del laboratorio farmacéutico y Francisca y Ernesto Prado respaldar su decisión con absurdos. El hijo perfecto.

Alejandra se despide con un gesto seco y sale del club para ir a su casa. Quiere ducharse y cambiarse de ropa, aunque eso suponga que llegue más tarde de lo que sus padres esperan. Una hora después, está atravesando las puertas de la casa familiar y va directa al despacho donde la están esperando sus progenitores con caras largas y vestidos como siempre, como si fueran a asistir a una boda.

—Hola —saluda la heredera.

—Siéntate —dice Ernesto como toda respuesta mientras abre una carpeta que tiene sobre su mesa.

—¿Qué ocurre? —pregunta Alejandra, que no tiene ni idea de por qué su madre parece más compungida que lo habitual.

Ambas mujeres se sobresaltan de repente cuando Ernesto Prado da un manotazo sobre su escritorio dejando varias fotos frente a él y acercándolas a su hija con lentitud.

Alejandra intenta controlar los latidos de su corazón que retumban en su pecho al ver las imágenes en papel que le ofrece su padre.

—¿Me puedes explicar qué coño haces abrazando y besando a una puta?

Capítulo 5

Alejandra apenas ha parpadeado durante los muchos segundos que ha permanecido mirando la imagen fijamente. Su corazón sigue desbocado y, al mismo tiempo que siente un miedo atroz hacia la reacción de su padre, no puede controlar el cosquilleo que le recorre el pecho cuando ve el rostro de Irene en esa imagen y comienza a recordar cada una de sus facciones al mismo tiempo que todo lo que hicieron durante aquella tarde.

—¿No vas a decir nada?! —grita su padre colérico.

Alejandra se sobresalta y alza la mirada mientras carraspea, realmente, no tiene nada que decir, las fotos, aunque sacadas de contexto, dejan muy claro que en ese momento no se comportaban como amigas, así que no puede justificarlo. Intenta buscar en su cabeza en qué momento se despistó y no estuvo atenta a la prensa. Normalmente, suele ser muy cuidadosa y huele a los fotógrafos desde lejos, pero lo cierto es que cuando estuvo con Irene, no recuerda haberse centrado en nada que no fuera ella.

—Estoy harto, ¿me oyes? —sigue gritando su padre—. Eres como un grano en el culo, Alejandra. Contigo uno nunca puede respirar tranquilo, estamos a punto de salir a bolsa y ahora nos encontramos con esto. Nos vas a hundir, joder.

La heredera parpadea y suspira, ella sí que está harta, pero decide callarse para ver si su padre se calma sin molestarle en buscar la mirada de su madre para que la ayude, porque si una cosa tiene clara, es que Francisca, en el fondo, está más decepcionada que su propio padre.

—Podrías intentar parecerte un poco más a tu hermano —continúa su padre mientras ella aguanta el chaparrón—, hace lo que se le dice, se casa con quien se le dice y, lo más importante, es discreto y no está poniendo el apellido de la familia en boca de todo el mundo en cuanto me despisto.

Alejandra se muerde la lengua mientras piensa en Jorge. En el fondo admira a su hermano y la capacidad que tiene para saber llevar a sus padres. Es cierto que ha obedecido en todo, estudiando lo que su padre le pidió, aceptando el puesto en la empresa que decidieron para él y casándose con esa mujer de apellido impronunciable que es su cuñada con la que ha tenido una hija que es la delicia de los abuelos, pero Alejandra, en el fondo, está segura de que su hermano es tan gay como ella o incluso más, y que su matrimonio es una tapadera para que sus padres lo dejen tranquilo. Son unos sonidos molestos los que sacan a Alejandra de sus pensamientos y la hacen girarse hacia su madre, que, de repente, ha comenzado a sollozar de manera teatral.

—Yo no te he criado para que te acuestes con putas —lloriquea con una mueca extraña.

—No sé qué coño queréis —explota Alejandra—, os molesta todo lo que hago. Si se me acerca una mujer, me coméis la cabeza diciendo que solo quiere mi dinero y cuando por fin encuentro una solución, también es un problema.

—¿Pagar a una puta es tu solución? —pregunta su padre—, no te he pagado los mejores colegios para que tus decisiones finales sean así de estúpidas. Lo que tienes que hacer es centrarte de una maldita vez, dejar de jugar a las lesbianas, casarte con un hombre y

empezar a comportarte como una mujer de la clase a la que perteneces.

Alejandra tiene que morderse la lengua de nuevo. Quiere gritarle a ese padre machista, homófobo y frío que tiene lo que en realidad piensa de ellos, pero son sus padres y en el fondo siempre ha sentido mucho respeto hacia ellos, o temor, a veces no lo tiene muy claro.

—No tengo la culpa de que siempre haya fotógrafos persiguiéndome, yo no pedí esto —trata de defenderse—, intento estar atenta, pero no siempre puedo tener ojos en todas partes.

—No pediste esto, pero es lo que te ha tocado, y no te veo quejarte de todo lo que tienes —le echa en cara su progenitor.

Alejandra mira al techo a la espera de que acabe el discurso para poder irse.

—Al final vas a conseguir hundir la reputación de la empresa y, en lugar de ser recordados por todo lo que hemos logrado, seremos recordados por tener una hija que se acuesta con putas. Es que no has podido elegir peor momento para dejarte ver con esa prostituta, joder.

La rabia se apodera de Alejandra, pero justo cuando está a punto de explotar, su madre parece adivinarlo.

—Vete, Alejandra, tu padre ya buscará la manera de arreglar esto, como hace siempre —dice señalando la puerta.

—Yo no necesito que me solucionéis nada.

—Por supuesto que sí —irrumpe de nuevo su padre—. ¿Crees que cuando yo no esté los accionistas van a querer al frente de la farmacéutica a una mujer que se acuesta con putas? Bastante tengo con defender que te acuestes con mujeres.

Alejandra, decepcionada consigo misma por ser incapaz de hacerse valer ante sus padres, se levanta y sale del despacho tal y como le ha ordenado su madre.

Capítulo 6

—Te tengo que dejar, Vane, tengo un servicio y como no me dé prisa, llegaré tarde —dice Irene con el teléfono móvil pegado en la oreja a la vez que saca algunas prendas del armario.

—¿Un VIP? —pregunta su compañera.

—No —responde con un suspiro—, ojalá lo fuera porque con estos servicios ganas más y trabajas bastante menos.

—Pues que te sea leve, guapa. Avísame cuando vuelvas a casa, ¿vale?

En la agencia en la que Vanesa e Irene trabajan, la seguridad está casi garantizada, pero siempre hay algún cliente que se pasa de copas o que dice tener un flechazo repentino y, ante el rechazo de las chicas, acaba alterándose y haciendo alarde de su dinero. Así que ellas siempre se cuentan la una a la otra cada vez que tienen que trabajar y se avisan cuando llegan a casa, a salvo. Irene le confirma a su compañera que le mandará un mensaje en cuanto vuelva y cuando acaban la llamada, la mujer corre al baño a darse una ducha. A última hora de la noche anterior, Anabel, la llamó para explicarle los servicios que tendría hoy e Irene no auguró un buen día porque, aunque no es de los exclusivos, el cliente la contrató durante seis horas y eso, a pesar de que se traduce en mucho dinero, le causa escalofríos solo de pensar la cantidad de tiempo que estará encerrada con un hombre.

Cuando llega a la dirección que le han dado, observa ante ella una casa de tamaño desproporcionado, rodeada de altos setos y con rosales incontables que le dan a la propiedad majestuosidad, pero también un toque siniestro, como si allí viviera la bruja del cuento. Se ríe de su propia ocurrencia y una vez que toca el timbre, una mujer joven vestida de uniforme, le abre la puerta indicando que la están esperando en el salón. Cuando Irene escucha que se refiere a varias personas, su cuerpo se tensa de inmediato y piensa en llamar a Anabel para reportarlo, pero antes de que pueda hacerlo, sus pies avanzan varios pasos y se encuentran una imagen de lo más pintoresca; Alejandra Prado está sentada en el sofá mientras dos hombres y una mujer con apariencia de tener un palo metido en el culo, están en unas butacas y la miran con suficiencia.

—Buenas tardes, señorita Verdejo —dice un hombre con un traje demasiado ajustado y un evidente peluquín que le hace parecer que está en una fiesta de disfraces—, soy Rafael Ipina, abogado de la familia Prado.

Irene se queda paralizada, no entiende nada.

—Estos son Francisca Laínez y Ernesto Prado, a Alejandra ya la conoce —continúa el abogado.

—¿Qué es esto? —habla por fin Irene y enfoca a Alejandra con el corazón latiendo a mil por hora al verla. Ella, de manera automática, baja la mirada en lo que parece un gesto de vergüenza.

—Ya se lo explico yo, Rafael —dice Ernesto mirando a Irene con claro desprecio—, siéntese, señora Verdejo.

Irene no se mueve.

—Como quiera —suelta el padre de Alejandra y extiende la mano para que su

abogado le dé una carpeta—. En esta foto —muestra la imagen durante unos segundos y luego la guarda como si quemara—, se ve con claridad como mi hija y usted tienen un acercamiento poco apropiado.

—En esa foto no hay nada inapropiado —interrumpe Irene entre nerviosa y confundida por la encerrona a la que está siendo sometida.

—Que mi hija, una de las herederas de la farmacéutica Prado, esté abrazada a una puta y dándole un beso en la cara, ¿le parece apropiado? —brama el hombre mirándola con rabia.

—Papá —suelta Alejandra a su padre intentando que se tranquilice y no insulte a Irene.

—¡Tú, cállate! —exige Ernesto alzando más la voz—, que si aprendieras a cerrar las piernas esto no estaría ocurriendo.

Irene asiste atónita al avasallamiento y ve como Alejandra vuelve a bajar la cabeza mientras su padre sigue despotricando y su madre parece una estatua de mármol incapaz de moverse o de hablar. Es demasiado para ella.

—No voy a permitir que se dirija a mí de esa manera —dice Irene y gira sobre sus talones para salir de esa casa.

—Eric, ¿no? ¿Así es que se llama su hijo?

Irene se detiene en seco y se vuelve con una rojez en la cara que demuestra la ira que siente, puede aguantar cualquier cosa menos que involucren a su hijo.

—Ni se le ocurra... —las palabras de Irene quedan suspendidas en el aire al escuchar la voz de Alejandra. No puede evitar sentir esa corriente de deseo mezclada con incredulidad y rabia en cuanto la oye.

—Irene, por favor —dice la hija de Francisca con voz de súplica—, sé que esto no ha debido ocurrir, pero escucha lo que tiene que decir mi padre.

Irene no dice nada y desvía la mirada hacia Ernesto.

—Bien —dice el hombre y cruza una pierna—, como le decía, esas imágenes tan inapropiadas tienen grandes posibilidades de salir a la luz y con ello un aluvión de críticas imparables. Farmacéutica Prado sale a bolsa en unas semanas y vuestra indiscreción nos puede costar mucho dinero, por no nombrar la pérdida de contratos y accionistas.

—Hemos preparado un artículo para la prensa —dice el abogado después de que su jefe le hiciera una seña con la mano como si estuviese dando una orden a su mascota—. Ha tenido usted un pasado un poco oscuro, pero ahora ha enderezado su vida, ha conocido a Alejandra Prado y se han enamorado —narra como si fuera un cuento de hadas.

—Tendrá que mudarse con mi hija —explica esta vez Ernesto—, los periodistas no son tontos y la historia ha de ser creíble. Después de que la farmacéutica salga a bolsa, vuestro idilio se acabará y aquí no ha pasado nada.

Irene sigue perpleja y no entiende como un servicio —el mejor que ha hecho y que ha disfrutado como nunca— ha derivado en esta historia que parece una novela de ficción.

—Entiendo que no puede dejar ese trabajo —la cara de asco de Ernesto Prado es una mueca que le tuerce la boca—, por eso se le pagará por su servicio, nada diferente a lo que está acostumbrada —dice mientras ella permanece paralizada.

—He elaborado un contrato muy detallado sobre sus funciones, sus honorarios y el tiempo establecido de su servicio —explica Rafael Ipina y le extiende un documento.

—No quiero ni su dinero ni verme involucrada en sus asuntos —dice por fin Irene rechazando la hoja contractual—. Si le preocupa la prensa, puede estar tranquilo, hasta

ahora no sabía quién era su hija y viendo todo este circo, tampoco me interesa conocerla a fondo.

Alejandra levanta la mirada, esas palabras la han atravesado como si, después de varios años, su pareja decidiera dejarla. En ningún momento ha pretendido mantener una relación con Irene, no es tonta, sus vidas no tienen nada que ver la una con la otra, pero el día del encuentro entre ambas, Alejandra sintió una conexión extraña, se sintió feliz. Disfrutó no solo del sexo, sino de la compañía, había decidido volver a verla y ahora ese tonto descuido que tuvo al no detectar que un fotógrafo la seguía, ha chafado sus planes del todo.

La heredera de la farmacéutica Prado abre muchos los ojos cuando escucha gritos inconexos que salen de la boca de Irene y la ve caminar hecha un basilisco hacia la puerta principal después de que su padre le jure que, si no acepta el acuerdo, le joderá la vida.

—Más te vale convencer a tu putita, Alejandra —la señala su padre con el dedo índice en cuanto Irene atraviesa la puerta y se marcha—, no voy a permitir que tus desviaciones jodan el esfuerzo y el trabajo de toda una vida.

Capítulo 7

Alejandra tarda unos segundos en reaccionar, todavía incrédula por toda la escena surrealista a la que la acaba de someter su padre. Mira hacia la puerta por la que acaba de salir Irene y, movida por un impulso repentino, se levanta del sillón en el que ha permanecido como si la hubieran maniatado y amordazado, y sale corriendo por el pasillo. Sus piernas no se mueven a toda velocidad con la intención de convencer a Irene para ayudar a su familia, lo hace pensando en la propia Irene y en todo lo que le caerá encima si no acepta.

—¡Irene, espera! —grita desde el porche de mármol cuando la ve atravesando el enorme terreno delantero casi a zancadas.

Irene se gira solo para corroborar que la voz es de Alejandra, pero no se detiene y la heredera echa a correr hasta que la alcanza.

—Espera un momento —jadea sujetándola del brazo.

Esta vez, Irene sí que se detiene y se gira mientras la observa enfurecida a pesar de que el calor de los dedos de Alejandra le abrasa la piel igual que la otra tarde.

—Suéltame, Alejandra —le pide tensa.

Alejandra obedece y aprieta los labios en una mueca de vergüenza por lo que está sucediendo. El corazón le late a toda prisa y se siente muy confusa ahora mismo, porque en medio de todo el caos que ha desatado su familia, ella solo puede pensar en volver a besar a Irene.

—Oye, siento todo esto, en serio —dice angustiada—, pero tienes que aceptar, Irene, no te conviene cabrear a mi padre.

—¿Me estás amenazando?

—No —Alejandra levanta las manos en son de paz, sin saber cómo apaciguar esa mirada furibunda de Irene, que siente que la atraviesa—, no es una amenaza, es solo... —Alejandra duda, pero decide ser sincera—. A mi padre solo le importa su empresa, Irene, y no dudará en aplastar a cualquiera que se interponga en su camino, es un cabrón despiadado y si te ha dicho que te joderá la vida, ten por seguro que lo hará.

Irene suelta una risita de incredulidad y ladea la cabeza de un lado a otro, preguntándose cómo es posible que el que para ella fue el mejor momento de su vida, le vaya a traer tantos problemas.

—Todo esto es culpa tuya, joder —se exaspera frustrada—, si sabías que los fotógrafos podían seguirte, debiste tener cuidado.

—Lo siento, en serio. Siempre tengo cuidado, pero aquella tarde, yo qué sé, me despisté —se disculpa y contiene las ganas de acercarse.

Irene la observa contrariada, sin ser capaz de descifrar si Alejandra le dice la verdad o es la mejor actriz que ha visto nunca, porque a ella le parece que es sincera.

—Mi padre tiene un plan, Irene —empieza a decir tras apretarse el puente de la nariz—, y en esa mente cruel suya, no se contempla la opción de que no se cumpla. Él jamás permitirá que se publique un artículo en el que acusen a su hija de acostarse con...

—¿Putas? —completa Irene.

—Yo no iba a decir eso, me parece un trabajo tan digno como...

—Corta el rollo, Alejandra —la interrumpe otra vez—, esa historia ya me la conozco, se os llena la boca a todos cuando lo decís, pero después nos pagáis para haceros todas las cerdadas que no os hacen en casa, así que no creo que os parezca tan digno —dispara Irene, dejando a Alejandra paralizada.

El silencio las invade y, por un momento, Irene se siente cruel por lo que acaba de decirle, porque la mirada de Alejandra le parece ahora mismo la de una niña asustada, pero a la heredera de la farmacéutica le dura poco y enseguida se recompone.

—De acuerdo, piensa lo que quieras, pero hazte un favor y acepta el trato, Irene. Al fin y al cabo, tampoco es algo tan grotesco, ¿cuánto fingiremos? ¿Un par de meses como mucho? En cuanto la farmacéutica salga a bolsa y todo se estabilice, a mi padre ya no le importará lo que ha pasado y la prensa ya habrá encontrado carnaza nueva en otro sitio. Diremos que hemos roto y no tendrás que volver a verme.

—Tengo que irme —dice Irene sobrepasada y Alejandra decide no insistir con la esperanza de darle tiempo para que recapacite y acepte.

En cuanto sale de la finca de los Prado, Irene llama a Vanesa para asegurarse de que está en su casa y va directa hacia el apartamento de su amiga.

—¿No se supone que tu servicio duraba seis horas? —pregunta Vanesa cuando Irene cruza su puerta y va directa a la cocina para coger una cerveza de la nevera, haciendo alarde de esa confianza que ambas tienen.

—Eso se suponía, sí —responde y comienza a beber de la botella ante la mirada atónita de su amiga, que ve como el líquido desaparece casi por completo.

—¿Te han hecho algo? —pregunta asustada.

—No.

Irene comienza a relatarle toda la escena, pero antes tiene que hacer una pequeña pausa para hablarle con detalle de Alejandra, su cliente del otro día. Vanesa va escuchando a su amiga sin interrumpirla mientras come patatas de bolsa y piensa que la historia es tan buena que podrían hacer una serie.

—Es que todavía no me lo creo —dice Irene cuando termina de contarle todo el relato.

Vanesa le acerca la bolsa de patatas para que coja y ella se levanta a por más cerveza.

—No te enfades, pero estoy con esa tal Alejandra, tienes que aceptar —opina Vanesa.

—¿Qué? —pregunta Irene con las cejas arqueadas.

—A la gente poderosa no hay que cabrearla, Irene, y ese tío te puede aplastar como a una hormiga si se lo propone.

—No pienso dejar que me manipulen, joder —brama Irene.

—No se trata de eso, solo de aceptar, sacarte una buena pasta y olvidarte del problema. Piensa en Eric, ese tío lo ha mencionado y eso significa que ya te han investigado.

—Cabrón —masculla rabiosa Irene.

—Yo me lo pensaría, Irene, si te pagan bien, hasta podrías dejar esta mierda y dedicarte a otra cosa.

—¿A qué, Vane? —pregunta y esboza una sonrisa triste—, ni siquiera tengo estudios, solo he trabajado de camarera y prostituta.

—Pues vuelves a trabajar de camarera mientras estudias, qué sé yo —las dos se ríen—. Ahora en serio, es una putada, pero no me parece un mal trato para ti, te llevarás una

buena pasta y solo tienes que fingir que sales con una chica guapísima en lugar de dejar que te la metan un montón de cabrones babosos y abusones.

Irene se deja caer hacia atrás en el sofá, como ida, y su amiga ya sabe que su mente acaba de volar al momento más oscuro de su vida.

Capítulo 8

—¡Joder! —masculla Irene irritada.

Desde el día anterior, cuando se suponía que iría a trabajar y no a acudir a una encerrona, la mujer no da pie con bola. Por la mañana, se le ha caído la taza de café al suelo, reventándose en cientos de trocitos y manchando la cocina y el pantalón blanco que había decidido ponerse. Cuando se fue a la ducha, se quedó sin agua caliente sin motivo aparente y para rematar, Eric le recordó que tenía que hacer el pago de la cuota especial en el club de tenis al que va. Se siente entre frustrada y confundida porque desde que conoció a Alejandra Prado, parece que otra plaga le ha caído encima, engordando su lista de desgracias y ahora, para colmo, su jefa la llama y ella tiene muy pocas ganas de aguantar a un tipo a esa hora que seguro que ha fingido ir a la oficina y no a ponerle los cuernos a su mujer.

—Dime, Anabel —contesta con desgana.

—Últimamente, no dices ni hola —suelta la madame como todo saludo—, tienes un servicio VIP. Te esperan dentro de dos horas. Te paso la dirección en un momento.

Irene resopla, quisiera decirle a Anabel que vaya ella con todo su coño a hacer ese servicio, pero sabe que no debe.

—Vale —es la única respuesta que sale de su boca.

—Otra cosa, no tengo apuntado tu día libre.

—Esta semana la trabajaré completa —explica Irene pensando que ese mes es uno de los peores, los gastos de la educación de Eric, el tenis y ese ordenador que tanto quiere y ella piensa regalarle, hacen que tenga que trabajar sin descanso.

—Por mí está bien, tú decides, pero nada de pedir la semana que viene más días de descanso —le recuerda una más de los cientos de normas que la mujer ha impuesto.

—No te preocupes —responde Irene cortante—, nunca te los he pedido y esta no será la primera vez.

—Te mando la ubicación —zanja Anabel y corta la llamada.

Irene arrastra los pies hacia su habitación y busca en el armario la ropa que usará para trabajar, está tan apática que coge un vaquero sencillo y una camiseta con apenas escote. Hay días en que siente mucho asco hacia ella por lo que hace y no puede evitar pensar que si sus padres la hubieran protegido como es debido, ella no estaría ahí. Fantasea, como lo hace algunas veces, y piensa que, si su vida hubiera ido por otro camino, quizá estuviera casada con algún hombre cariñoso y trabajador. Ella hubiera estudiado y sería una mujer de éxito, respetada por todos. La burbuja explota cuando recibe el mensaje de Anabel y le recuerda que ni está casada ni es una mujer que ha logrado sus objetivos, es una puta y ya está. Sonríe —quien la viera pensaría que ha perdido la cabeza completamente—, porque se da cuenta de que, si tuviera otra vida, Eric no existiría y él es su única felicidad, no cambiaría nada de lo que tiene si eso significa que su hijo no esté con ella.

—No me lo puedo creer —dice en cuánto está pidiendo un Uber y revisa el mensaje de Anabel; la dirección es la de Alejandra—, ¿quién coño se ha creído?

Alejandra está muy estresada, sabe muy bien que su movimiento no ha sido el mejor,

pero tras más de un día y medio sin saber nada de Irene ni de la decisión que tiene que tomar, se ha puesto muy nerviosa. Ha intentado conseguir su número de móvil para llamarla, pero no ha tenido éxito y tampoco ha querido recurrir a las artimañas ilegales que utilizaría su padre para hacerlo, así que hecho lo más fácil; contratar un servicio con la chica para poder hablar con ella. Alejandra la conoce muy poco, pero es consciente del carácter que tiene y sospecha que un tsunami está a punto de derribar su casa.

Y ahí está, caminando por el salón de su ático, dándole órdenes a Idoia, su asistente virtual, para que baje o suba las luces, cambie de música o ajuste las persianas. Si Idoia pudiese insultarla, está segura de que lo haría.

Casi se cae de boca cuando el timbre suena sobresaltándola.

—Hola —saluda la heredera en cuanto abre la puerta.

Pero Irene entra a su apartamento como un torbellino, con cara de pocos amigos y con nula intención de tener una conversación tranquila.

—Pero ¿tú te crees la dueña del mundo? —brama Irene—, ¿o lo que quieres es volver a follar y ya está?

Alejandra se ha quedado paralizada por dos motivos, el primero porque Irene parece una desquiciada muy peligrosa y el segundo porque está tan arrebatadoramente sexy con ese atuendo tan sencillo, que la entrepiera de Alejandra se ha humedecido de golpe.

—Venga —sigue Irene con su espectáculo mientras empieza a desnudarse—, quítate la ropa de una vez. Si quieres follar, cuanto más rápido comencemos, antes acabaremos.

Alejandra sigue como una estatua de mármol, con los pies anclados al suelo. Ahora, aparte de la excitación animal que siente de ver a la chica que últimamente ocupa todos sus pensamientos, ha empezado a cabrear. Irene la está atacando sin dejar que ella explique el motivo por el que ha solicitado un servicio con ella y eso le provoca que una bola de rabia se le instale en el pecho. Está harta de que sus padres le hagan lo mismo y no permitirá que la chica de compañía también la someta a ello.

—¿Quieres parar? —alza la voz—, ¿crees que tengo ganas de volver a follar contigo? —Alejandra sonrío de medio lado y levanta una ceja—. Vístete, Irene, no te he llamado para eso.

Se da media vuelta y va hacia la cocina dejando a Irene muda y con el corazón escocido mientras intenta encajar el golpe como puede. Porque, aunque se haya comportado como una loca, no puede negar que el cuerpo entero le palpitaba al saber que estaría entre las sábanas con Alejandra Prado y de esa manera confirmar si lo que sintió en el encuentro anterior fue algo casual o no. Se viste a toda prisa y se queda de pie sin saber qué hacer hasta que ve a Alejandra acercarse a ella con dos cervezas en la mano.

—Toma —le entrega un botellín—, ¿quieres sentarte y hablamos con calma?

Irene afirma con la cabeza y se sienta en la esquina del inmenso sofá. Luego le da un trago largo a la bebida que le pasa por la garganta refrescándola y haciendo sonreír a Alejandra, que la mira divertida.

—Te juro que mi intención en ningún momento ha sido joder —dice Alejandra—, pero quiero que tengas muy claro lo que te dije ayer. Mi padre es un egoísta, Irene, y él sí que se cree el dueño del mundo. Jamás ha estado orgulloso de mí y esto que ha pasado le pesa como mil kilos de plomo en la espalda. Su querida empresa lo es todo para mis padres y Ernesto Prado se lleva por delante a todo aquel que ose dañarla, así se trate de su propia hija.

—Joder, sé que hay padres capullos, pero el tuyo se lleva la corona.

—Más que eso, créeme. Soy esa oveja negra que hay en cada familia, un disgusto entre los Prado, aunque siempre haya cumplido las normas que me han impuesto —dice con una mezcla de pena y dolor—, pero ese no es el tema. Creo que eres una buena tía que tuvo mala suerte y ahora está metida en un asunto...

—¿Indeseable?, ¿en el que no tenía que estar? —la interrumpe Irene.

—Pero del que te puedes beneficiar —continúa Alejandra—. Sácale más dinero a mi padre, lo tiene y puede pagarte una buena tajada. Luego estaremos juntas unos meses y después serás libre. Todos contentos, ¿no te parece?

—¿Y si me niego? —sigue en sus trece.

Alejandra expulsa de golpe el aire que tiene en los pulmones, intentando no cogerla por los hombros y zarandearla para que entre en razón.

—Mi padre te joderá viva. Seguramente dirá que eres una prostituta que ha intentado estafar a la familia, que manipulaste las fotos y que te inventaste una historia para sacarnos pasta. Eso no es lo peor, irá donde más te duele. Sabe que tienes un hijo y como ciudadano modélico que quiere hacer creer que es, dirá qué asuntos sociales ha de revisar tu caso.

Irene se tensa, ha pensado en muchas de las cosas que el padre de Alejandra puede hacer en su contra, pero se da cuenta de que Ernesto Prado no es un cabrón ni un egoísta, es un hijo de la gran puta.

—Eric vive bien, va al mejor colegio de la zona, hace deporte y está rodeado de amor. Mi trabajo no le afecta, al contrario, lo hago para darle lo mejor —suelta Irene como si Alejandra fuera la trabajadora social a la que tiene que darle explicaciones.

—Yo no te juzgo —responde Alejandra y le pone una mano en la pierna a Irene, pero la retira con rapidez.

El calambrazo las sacude a las dos y las sorprende porque ninguna entiende lo que les pasa cuando una toca a la otra. Se quedan en silencio y se miran estudiándose. Alejandra tiene ganas de saltarle encima y comerle la boca e Irene también, pero es tan orgullosa que, en vez de asumirlo, desvía la mirada, se acaba la cerveza y abre la boca.

—Podría aceptar el acuerdo que me ofrece tu padre, pero tú y yo haremos un pacto.

—Tú dirás —dice Alejandra entre intrigada y nerviosa.

—Entre las dos no pasará nada —dispara Irene—, tú a lo tuyo y yo a lo mío. Nada de acercamientos y mucho menos sexo, porque si no me hubieses contratado, jamás me hubiera acostado contigo.

A Irene la boca se le mueve impulsada por el rechazo de Alejandra hacia ella cuando llegó al ático. A su vez ha recordado las palabras de Vanesa, no quiere cabrear a un tipo tan poderoso como el dueño de farmacéutica Prado y ella puede dejar ese trabajo que tanto le pesa y reconducir su vida con el pago que recibirá.

—¿Estás segura? —pregunta Alejandra con auténtica chulería intentando acallar ese dolor punzante que le acaban de proporcionar las palabras de su acompañante—. Pero me parece bien —responde Alejandra sin darle tiempo a Irene de contestar y extendiendo una mano para sellar el pacto fingiendo una indiferencia que no siente—. Te advierto que, como poco, hemos de vernos cada día, conozco las artimañas de mi padre y querrá que nos vean juntas en todos sitios para que se vea que nuestra relación está consolidada.

—Por mí no hay problema mientras se cumpla nuestro pacto. Al fin y al cabo, este es un trabajo y cumpliré con él.

—Tenemos acuerdo entonces.

—Y un pacto también —le recuerda Irene.

—Y un pacto también —repite Alejandra—. Dame tu número de teléfono, en cuanto hable con mi padre, te llamaré para que volvamos a reunirnos.

Capítulo 9

Esa mañana de sábado, Irene se ajusta la visera de la gorra para evitar que el sol le dé en los ojos. Está sentada en la grada que hay frente a la pista de tenis en la que su hijo está entrenando. Cuando necesita despejarse y desconectar —y el trabajo se lo permite— se va a verlo jugar. Eso es probablemente la única cosa que logra relajarla por completo, ver a su hijo feliz.

Eric se lleva el set frente al compañero contra el que está jugando y ella tiene ganas de saltar y aplaudir como una loca, pero por respeto hacia el otro chaval, solo busca la mirada de su hijo y le sonríe al mismo tiempo que le guiña un ojo. Eric le devuelve una sonrisa tímida y sigue jugando mientras su madre piensa en ese acuerdo que va a firmar con la familia Prado y se pregunta si no se estará equivocando. Entonces Eric devuelve una bola imposible e Irene tiene claro que hace lo correcto. Eric es muy bueno jugando al tenis, se lo advirtieron hace dos años y medio en el colegio cuando lo llevó a un campamento y le aconsejaron que lo apuntara a clases para mejorar su técnica. Ella tuvo una charla con su hijo y después de que él le confirmara que ese deporte le gustaba, buscó el mejor club de tenis que podía pagar y lo apuntó. Desde entonces, Eric ya ha ganado tres torneos y ha sido finalista en otros tantos, pero Irene se asfixia entre las cuotas del club, las del colegio privado al que lo lleva —porque desde que nació su hijo, ella tuvo claro que haría todo lo contrario a lo que hicieron sus padres con ella— los gastos generales y esa nueva y obsesiva afición de su hijo por los ordenadores, que resulta que también se le dan bien. Asiente lentamente para confirmarse que ha tomado la decisión correcta. El dinero de los Prado no solo puede ayudarla a vivir más desahogada cada mes, sino que, si se administra y lo hace bien, quizá podría encontrar otro trabajo y tratar de estudiar y sacarse algún grado medio para dejar atrás el mundo de la prostitución de una vez por todas.

—Mamá, me ducho rápido y nos vamos —la voz de Eric y su sombra frente a ella la sobresaltan.

Su hijo ha terminado de entrenar y estaba tan absorta, que ni siquiera se ha enterado.

—Sí, claro, te espero en la entrada —dice su madre cogiéndole la raqueta para guardarla en la bolsa.

Eric tarda diez minutos en salir y ella lo abraza como una madre pesada que necesita mimar a su retoño.

—Para —se ríe Eric y ella le despeina el pelo mojado.

—¿Dónde toca comer hoy? —pregunta Irene.

Su hijo saca su teléfono mientras caminan hacia el coche y abre ese listado de hamburgueserías —otra de las pasiones de Eric, las hamburguesas— y elige entre todos los lugares que va a apuntando para que después vayan a probarlas.

Mientras comen, Eric le habla de tres torneos en los que le gustaría participar —más dinero en inscripciones para Irene— y de que quiere desarrollar una aplicación de hamburgueserías.

—¿Una aplicación para hamburguesas? —pregunta ella confundida.

—Para hamburguesas, no, mamá —Eric suelta una carcajada—, quiero hacer una

donde incluir todas las hamburgueserías por ciudades y que los usuarios puedan darles su puntuación, así, cuando alguien quiera elegir la mejor, podrá entrar y buscar desde el lugar en el que se encuentra.

Irene lo mira fascinada mientras él le va contando un montón de puntos que le gustaría añadir para hacer la aplicación más atractiva y también más interesante para aquellos que, como él, sienten pasión por ese trozo de carne con queso adornado con condimentos en medio de un pan que, para el gusto de Irene, es demasiado blando.

—¿Y tú sabes hacer todo eso?

—Estoy investigando, hay plataformas de desarrollo que...

Irene no entiende nada cuando Eric le habla de informática, pero lo escucha atentamente porque lo último que desea, es que su hijo piense que no le interesa aquello que a él le fascina.

—Estoy viendo muchos tutoriales en internet y poco a poco voy haciendo —remata su hijo.

—¿No hay cursos para que aprendas a hacer eso? —pregunta ella mientras limpia el churrete de mostaza que acaba de caer sobre la mesa.

—Sí, claro, pero no hacen falta, mamá, por ahora me apaño, ya me pagas bastantes cosas.

A Irene se le encoge el pecho de repente. Nunca le ha ocultado a su hijo a lo que se dedica, aunque él jamás ha visto nada y de haberle mentido, Eric no habría sospechado porque Irene se desvive para que él tenga una vida igual que la de cualquier niño de su edad cuyos padres se dedican a cosas socialmente aceptadas. Pero sí que es consciente de detalles como ese, en los que Eric prefiere no pedir por miedo a que ella tenga que trabajar más de la cuenta.

—Bueno, si te hace falta me lo dices —zanja ella justo cuando comienza a sonarle el teléfono.

Irene lo saca temiendo ver el nombre de Anabel en la pantalla porque le gustaría pasar la tarde con su hijo, aunque siendo sábado, sabe que será difícil, sobre todo cuando vaya cayendo la tarde, pero no es Anabel, es Alejandra y a Irene le da un vuelco el corazón al leer su nombre.

—Dime —responde nerviosa.

—Hola —saluda Alejandra igual de alterada que la madre de Eric—, te llamo porque el abogado ya tiene redactado el acuerdo, deberías venir esta tarde para que lo dejemos zanjado.

Irene mira el reloj.

—Está bien, iré a las cinco —dice antes de colgar.

—¿Vas a tardar mucho? —pregunta Eric, ajeno a ese contrato que está a punto de firmar su madre.

—No, no es para trabajo, solo voy a firmar unos papeles que tengo pendientes, volveré enseguida. Entonces, ¿qué? ¿Le das tu aprobado a este sitio? —cambia de tema su madre mientras avisa para que le lleven la cuenta.

—Le doy un tres y medio sobre cinco —dice Eric e Irene sonríe.

—Bueno, no está mal entonces teniendo en cuenta lo exigente que eres —concluye ella y ahora es él el que se ríe—. Venga, táchalo de tu lista que nos vamos.

A Irene la casa de los padres de Alejandra le provoca escalofríos y no es por la casa en sí, es por las personas que la habitan. Al entrar en el despacho, los ojos de Ernesto y

Francisca se clavan en ella como si fuera un insecto y el abogado del peluquín ni siquiera le devuelve el saludo. Sin embargo, ella no les presta atención, porque su mirada solo enfoca en un punto de la sala, el rincón donde Alejandra permanece de pie, apartada de todos los demás como si fuera insignificante. Ella sí que la ha saludado, de hecho, ha esbozado una sonrisa suave que ha desbocado el corazón de Irene.

—Bien, si le parece, señorita Verdejo, vamos al grano —habla el abogado deslizando una copia del acuerdo sobre la mesa para que ella pueda comprobar los puntos que él va enumerando—. Como puede ver, el señor Prado ha sido muy benevolente aceptando sus condiciones de que sea la señorita Alejandra la que se traslade a su domicilio. Además, en lugar de los cien mil euros que se le ofrecieron al principio, serán ciento cincuenta tal y como ha pedido.

Irene, nerviosa y muy incómoda, busca la mirada de Alejandra y, sorprendentemente, eso logra calmarla un poco.

—Nosotros hemos aceptado sus condiciones, pero usted tiene que aceptar las nuestras —sigue el abogado.

—¿Y cuáles son? —se alerta Irene.

—La primera es que la señorita Alejandra se mudará a su casa mañana mismo. No podemos seguir conteniendo la publicación de las fotos y ya tenemos preparada la nota de prensa en la que se anunciará la nueva relación de Alejandra y también adornaremos su pasado y venderemos su historia como la de una luchadora a la que no le quedó más remedio que prostituirse para sobrevivir.

Irene niega lentamente pensando que eso no se aleja en absoluto de la realidad, pero no abre la boca.

—La segunda es que, además de que no podrá trabajar durante el tiempo que dure el acuerdo, tampoco podrá tener acercamientos públicos con ninguna de sus amistades o personas vinculadas al mundo de la prostitución.

Irene se tensa mientras piensa en su amiga Vanesa, pero de nuevo, la mirada conciliadora de Alejandra logra que se mantenga callada. Ahora solo debe pensar en cómo se lo explica a Anabel, porque seguro que se enfada.

—Y, por último, su hijo Eric será inscrito en un club de tenis de élite, a la altura de la familia Prado, y no en ese mediocre al que acude ahora.

En esta ocasión, la mirada de Alejandra no logra contener la ira de Irene.

—Ni hablar, mi hijo no se mueve del club en el que está, no pienso hacer nada que altere su vida, y eso no es negociable —irrumpe furiosa.

Alejandra, que conoce a su padre y empieza a conocer también un poco a Irene, se levanta antes de que él, que está a punto de echar humo por las orejas, abra la boca y diga algo que denigre a Irene.

—Yo me ocupo, papá —interviene Alejandra abandonando su rincón.

—Desde luego... —cabecea Francisca con los ojos en blanco.

—¿Podemos hablar fuera? —le pide Alejandra a Irene.

La trabajadora de compañía suspira y se levanta, cualquier cosa con tal de salir de ese despacho y, aunque le joda reconocerlo, por estar a solas con Alejandra.

—¿Qué problema tienes con el club de tenis, Irene? Es uno de los más reputados, de ahí han salido algunos de los mejores jugadores españoles —dice Alejandra—, será bueno para tu hijo.

—Sé qué club es, Alejandra, y precisamente por eso no puedo aceptar. Yo jamás

podría asumir las cotas mensuales cuando el acuerdo finalice, y no voy a ponerle el caramelo en la boca a Eric para después quitárselo.

—Eric... Es un nombre bonito —dice Alejandra sonriendo, e Irene se queda orbitando alrededor del magnetismo de la futura heredera de la farmacéutica durante unos segundos.

—Sí, muy bonito, pero no me lées.

—No te lío —Alejandra vuelve a sonreír y el cosquilleo amenaza con aplastar el estómago de Irene, muy sensible desde que la conoce—. Entiendo tu postura y eso solo demuestra lo buena madre que eres. Hagamos una cosa, no pongas más trabas para que podamos acabar con esta pantomima de una vez y deja que inscriban a Eric en ese club de tenis, a él le hará mucho bien y, en cuanto a las cotas después del acuerdo, haremos otro pacto.

Irene arquea las cejas.

—Tú firmas sin protestar más y yo me comprometo a pagarle lo que queda de temporada a tu hijo en el club. Cada año sortean becas entre los mejores, si Eric se esfuerza, podría conseguir una y quedarse.

Irene cavila unos segundos, pensando en la oportunidad que sería para su hijo y también en la posibilidad de que él pueda pelear por esa beca, está segura de que lo hará sentirse mejor de poder ayudarla, aunque no lo consiga.

—Está bien, tenemos otro pacto —dice Irene y le ofrece la mano a Alejandra.

Cuando sus pieles entran en contacto, ambas tienen que reprimir las ganas de dar un fuerte tirón para atraer a la otra contra sí y besar esos labios a los que tantas ganas tienen. En su lugar, y muy a su pesar, se separan y regresan al despacho, donde Irene firma el acuerdo sin abrir más la boca.

—Perfecto —dice el padre de Alejandra—, no veo la hora de salir a bolsa y acabar con esto. Mañana mismo te mudas a su casa, si es que puede llamarse así —dice dirigiéndose a su hija—, y no olvides que por la noche tenemos la gala benéfica organizada por tu madre, ese será un acto perfecto para vuestra primera aparición juntas después de que unas horas antes, Rafael haga público el comunicado anunciando vuestra relación.

Irene mira a Alejandra y frunce el ceño, nadie le había hablado de galas benéficas repletas de gente pudiente y repelente como los padres de su novia ficticia, pero viendo la expresión de esta, se guarda su protesta y se marcha.

Capítulo 10

Después de que Irene Verdejo ha salido de la mansión de los Prado, tiene la cabeza tan embotada que, cuando la llama su amiga Vanesa, la manda al buzón de voz sin pensarlo. No tiene ganas de nada más que de llegar a su casa, darse una buena ducha y servirse una cerveza fría que la despeje. También piensa en cómo contarle a Eric que una absoluta extraña estará viviendo con ellos durante los próximos meses, tiene miedo de cómo vaya a reaccionar su hijo y no precisamente porque sea uno de esos chicos a los que todo les molesta, sino porque es muy inteligente y todo lo analiza, e Irene no quiere que se imagine mil cosas, prefiere decirle la verdad tal cual es.

Cuando el Uber la deja frente a la cancela de su casa, Irene observa su propiedad, no es lujosa ni demasiado grande, pero es suya, su sitio seguro, y no puede evitar que un escalofrío la recorra al imaginarse a Alejandra Prado allí con ellos día tras día hasta que ese maldito acuerdo por fin se acabe.

—¡Eric! —vocifera Irene, que lo ha llamado dos veces, pero su hijo no contesta, así que camina hasta donde sabe que está, sentado en el ordenador ajeno a todo—. Te he dicho que cuando estés solo en casa no te pongas esos cascos.

Eric se sobresalta cuando su madre le toca el hombro. Está enfrascado en la creación de su aplicación y cuando está en ello, necesita completa concentración.

—Perdona, mamá —se disculpa.

Irene cabecea, le ha repetido lo mismo al menos doscientas veces.

—Ven, siéntate conmigo, que tengo que hablarte de una cosa.

—¿Pasa algo? —pregunta Eric asustado.

—No, tranquilo —le acaricia el brazo—, solo quiero contarte que mañana vendrá una chica a quedarse unos meses con nosotros.

Eric frunce el ceño, confundido. Su madre sabe que la explicación que ha dado ha sido muy escueta, pero es lo que le ha salido producto de los nervios.

—Me han contratado para fingir que somos pareja, y para que todo sea más creíble, tiene que vivir aquí —intenta explicarse mejor—. No te preocupes, no tienes que hablarle si no quieres, ella no te molestará, solo tienes que ser educado como siempre.

—Pero, mamá, esta casa es muy pequeña como para que venga alguien más —se queja Eric torciendo el gesto.

—Lo sé, cariño, pero por este trabajo me pagarán muy bien y es posible que así pueda dejar el mío muy pronto.

A Eric se le ilumina la mirada, su madre jamás le ha dado detalles de su trabajo, sabe a qué se dedica y ya está, pero no es tonto, no quiere que Irene tenga que hacer lo que hace para poder asumir todos los gastos que tiene y saber que cabe la posibilidad de que pueda salir de ahí, lo hace muy feliz.

—Además, Alejandra te caerá muy bien —sigue Irene, que no ha dejado de estar nerviosa en ningún momento y no puede parar de hablar—, es muy maja, ya verás.

—Vale —contesta el chico esbozando una pequeña sonrisa, pero que Irene observa que no le llega a los ojos.

—Además, con el empleo viene incluido el cambio de club. Te voy a matricular en el Gran Slam.

Ahora sí, la sonrisa de Eric es completa. El chico lleva mucho tiempo queriendo entrenar allí, las pistas son las mejores de la ciudad, algunos de los entrenadores han sido tenistas de élite y jugar ahí te da la oportunidad de participar en los mejores campeonatos del país.

Eric se levanta y abraza a su madre con tanta fuerza, que a Irene le cuesta respirar, pero no le importa, ese momento vale cada uno de los segundos que ha tenido que aguantar bajo la mirada cruel de los Prado y el imbécil de su abogado.

Al día siguiente, Irene está terminando de limpiar su casa, la llegada de Alejandra es inminente y, sin pensárselo demasiado, lo ha organizado todo para dar una buena impresión. De inmediato se siente estúpida, no tiene por qué hacerlo, al fin y al cabo, a ella prácticamente la obligaron a firmar ese acuerdo y no tiene por qué agradar a quien será su pareja los siguientes meses. De repente, como si estuviera completamente loca, Irene se enfada y lanza el paño de cocina con rabia sobre la encimera, ha recordado con vívida claridad el momento exacto en el que Alejandra le dijo que no quería acostarse con ella. Irene sabe que actúa como alguien que ha perdido la razón, pero le cuesta evitar ese popurrí de sentimientos contradictorios que bailan en su pecho.

Coge su móvil para llamar a Vanesa porque, en medio de sus pensamientos incoherentes, se ha dado cuenta de que no le ha devuelto la llamada a la cotilla de su amiga, e Irene sabe exactamente qué es lo que quiere.

—¡Por fin! —exclama Vanesa con un tono chillón que hace que Irene se aleje el móvil de la oreja.

—Hola —dice Irene—, ayer me llamaste.

—¿Es lo único que vas a decir? Serás sinvergüenza —dice con fingido enfado—, ¿firmaste el acuerdo?

Irene suspira recordando a Ernesto Prado con su mirada clavada en ella mientras estampaba su firma.

—Sí, ayer por la tarde —le cuenta Irene—, ha sido cuanto poco, lo más desagradable que he vivido.

—¿Más desagradable que los servicios que has tenido que hacerle al pezuñas?

La carcajada de Vanesa es estridente y la cara de Irene de repulsión. El apodado *pezuñas* es un hombre que se obsesionó con Irene y cada semana llamaba a la agencia para tener una cita con ella. Las uñas largas de sus pies y manos eran tan repulsivas que Irene le rogó a Anabel que la sacara del listado que él tenía y a cambio ella estaría siempre disponible.

—No me lo recuerdes —dice Irene, que al final se ha contagiado de la risa de su amiga.

—Bueno, cuéntame —pide Vanesa aclarándose la garganta.

—En otro momento, Vane. Alejandra debe estar a punto de llegar y quiero estar preparada.

—¿Cómo se lo ha tomado Eric?

—Bien, ya lo conoces. Al principio no parecía muy contento con la idea, pero luego se quedó más tranquilo, sabe que con esto podré dejar el servicio de acompañantes.

El repentino sonido del timbre hace que Irene se quede callada, Vanesa también lo ha escuchado y se ha quedado quieta como si ella estuviera allí.

—Hablamos después —dice Irene sin poder controlar los nervios.

—Suerte.

Irene llena los pulmones como si lo que viene a continuación fuera saltar a un pozo sin fondo. Camina hacia la puerta y la abre con una seguridad que en realidad no siente. La mandíbula casi se le desencaja al ver a Alejandra frente a ella, ataviada con unos vaqueros claros, un jersey de cuello abierto y unas gafas de sol inmensas que la hacen ver tan guapa como sexy. A su lado dos maletones y en su espalda una mochila con muchos parches que no le pega en absoluto.

—¿Tengo que darte alguna clave de seguridad para que me dejes entrar? —dice la heredera al ver que la otra chica no dice nada ni se aparta de la puerta.

Irene pestañea con velocidad como saliendo de un letargo.

—Perdona, pasa.

Alejandra Prado nació en una casa tan grande que tenía siempre a dos mujeres detrás de ella cuando era pequeña porque perderse en esa mansión era muy sencillo. Ahora, vive en un ático bastante cómodo con espacio de sobra donde puede moverse con soltura. Por eso ahora está ahí, viendo esas cuatro paredes en las que vivirá durante un tiempo y a su mente lo que le viene es que le parece una caja de zapatos y no una casa.

—¿Te vas a quedar ahí todo el día? —ahora es Irene quien lanza la pregunta al ver que Alejandra parece una estatua en la entrada de su casa.

—No, claro que no —se recompone—, ¿dónde puedo dejar mis cosas?

—Ven por aquí —la invita Irene sin un ápice de simpatía mientras llegan a la habitación principal—. Las dos dormiremos aquí, mi casa solo tiene dos habitaciones. A no ser que quieras dormir en el sofá.

Alejandra gira el cuello hacia la dirección que su ahora pareja, aunque sea ficticia, señala y observa un sofá minúsculo de dos plazas en el que no cabría ni doblando las piernas.

—Prefiero la cama —dice Alejandra.

—Lo suponía. Con el armario tendrás que apañártelas, te he hecho hueco, pero me parece que has traído demasiado —suelta Irene elevando las cejas con la mirada clavada en las maletas.

Alejandra se aprieta el puente de la nariz con fuerza.

—Lo mejor será que deje aquí lo imprescindible y en mi casa el resto.

—Vale —responde Irene como si no le importara lo más mínimo—. Ven, quiero que conozcas a Eric.

—¿Cómo me presento? —pregunta Alejandra, que se ha puesto pálida de repente.

—Tranquila, mi hijo sabe que me han contratado para que finja ser tu novia. Tiene claro que es un trabajo y que nada de esto es real —dice Irene y sale de la habitación principal para buscar a su hijo.

A Alejandra el comentario le sienta como una patada en la boca del estómago. Ella es consciente de que, si sus padres no hubieran obligado a Irene a firmar el acuerdo, Irene no estaría ahora mismo en esa situación, pero le cuesta encajar esa frialdad con la que habla de la relación entre ellas.

Cabecea y sigue a Irene hasta llegar a un pequeño espacio donde está Eric aporreando el teclado con el ceño fruncido.

—Cariño, esta es Alejandra. Como hablamos ayer, estará aquí con nosotros unos meses —le dice Irene mientras le toca el hombro para que se levante a saludar.

—Hola —dice Eric y le extiende una mano.

—Hola —sonríe Alejandra y se la estrecha.

El chaval no dice nada más y vuelve a sentarse, junta nuevamente la cejas y sigue escribiendo muy concentrado. Alejandra le echa un vistazo a la pantalla y reconoce rápidamente un lenguaje de programación y varias líneas de código que Eric parece corregir sin éxito. Se acerca, examina lo que ve y sonríe.

—Ese índice está fuera del array y si metes aquí un bucle —señala la línea Alejandra —, te funcionará.

Eric abre los ojos como dos platos, hace las correcciones que le ha propuesto Alejandra, abre la consola para comprobarlo y observa que funciona. Otra vez esa sonrisa que derrite a Irene porque es de las de verdad y el corazón se le acelera porque ha visto en primera persona como Eric y Alejandra han conectado de la manera más simple y ella no sabe si eso es bueno o por el contrario otro motivo más para babear por quien será su pareja los próximos meses. Y eso, definitivamente, no es bueno para Irene.

Capítulo 11

Irene se despierta cuando el pelo lacio de Alejandra le hace cosquillas en la cara. No se asusta ni tiene que pararse a pensar en lo que puede estar rozando su rostro, porque Irene no ha logrado entrar en un sueño profundo en toda la noche, básicamente porque Alejandra no ha dejado de moverse, y si a eso le suma que ella está acostumbrada a dormir en el centro de la cama, ha pasado una noche nefasta.

Se quita los mechones de su compañera de cama y se incorpora para levantarse, lo que termina de despertar a Alejandra, que tampoco ha pasado buena noche.

—Buenos días —saluda intentando abrir los ojos.

Irene se gira hacia ella y la observa ceñuda, incapaz de comprender por qué le habla tan temprano.

—No me has dejado dormir, te mueves mucho —le reprocha y se pone en pie.

Alejandra quiere contestarle que ha extrañado su cama, pero la visión de Irene en bragas y camiseta, le acaba de fundir las pocas neuronas que tiene despiertas. Al no recibir respuesta —cosa que le molesta, aunque eso la haga parecer una trastornada que no sabe lo que quiere— Irene se gira para atravesar a la intrusa con la mirada, sin embargo, le ocurre algo muy parecido a lo que le ha sucedido a Alejandra cuando gracias a la posición de la heredera, que está de lado, ve el busto de sus pechos sobresalir por encima del escote de la camiseta de tirantes con la que duerme.

—Despeinada estás muy sexy —dice Alejandra sin poder contener sus pensamientos.

Irene siente que la atraviesa un rayo y ni siquiera el frío de las baldosas en las plantas de los pies, logra bajarle el calentón repentino que le acaba de entrar.

—Voy a ducharme —responde aturdida.

—De acuerdo, después tenemos que ir de compras. Necesitas ropa para el evento de esta noche —dice Alejandra.

Irene aprieta los labios. Cuando no descansa bien se despierta de mal humor y no le gusta que le hablen, y menos una mujer a la que desea tanto y que está en su cama solo porque han firmado un contrato.

—Ya tengo ropa —responde cortante.

—¿Tienes ropa para una gala benéfica? —Alejandra no ha pretendido que su tono suene burlón, pero lo ha hecho, enfureciendo más a Irene.

—Que te den —dice y sale por la puerta de la habitación.

Dos horas más tarde, ambas están subiendo por las escaleras mecánicas de un centro comercial después de haber discutido mucho sobre dónde iban a ir. Alejandra ha insistido en llevarla a las tiendas exclusivas a las que ella acostumbra a ir, pero Irene se ha negado y a lo único que ha accedido ha sido a comprarse ropa nueva en un sitio donde se sienta cómoda.

—Vale, estamos donde tú has querido, pero yo elijo la tienda —dice Alejandra.

Irene se sitúa tras ella en la escalera mecánica y no le lleva la contraria, está cansada de discutir y comienza a dolerle la cabeza.

—Este —dice Irene señalando un vestido que le encanta.

—Bonito, pero el color es demasiado llamativo —rebate Alejandra.

Irene lo deja donde estaba y elige otro con un color más discreto.

—Nos lo llevamos, pero este no sirve para la gala, es demasiado corto —vuelve a poner trabas.

—¿Demasiado corto? —Irene parpadea sorprendida y se lo coloca delante del cuerpo con la percha—, pero si me llega por la rodilla.

—Es corto, Irene, hazme caso. Este es perfecto.

Alejandra descuelga un vestido color crema largo hasta los pies. No es que a Irene no le guste, pero no es su estilo.

—Yo no me pongo eso.

—Venga ya, pero si estarás arrebatadora.

—He dicho que no, es demasiado sobrio, estaría incómoda con ese tipo de ropa. Yo soy una mujer normal, Alejandra, no una ricachona como tú que vive de las apariencias —suelta presa de la incomodidad.

A Alejandra, como ya es costumbre entre ellas, le ofende el comentario y responde atacando.

—Pues lo siento por ti, Irene, pero ahora estás conmigo, técnicamente eres mi novia y debes vestir acorde a los eventos a los que asistamos. Cuando estemos en casa, puedes ir en chándal si quieres, pero cuando aparezcamos en eventos públicos, te pondrás vestidos sobrios y aburridos como este.

Alejandra le entrega el vestido de malas maneras y sigue buscando entre los que hay colgados cuando su móvil empieza a vibrar como poseído por las notificaciones. Se detiene y lo saca para ver qué sucede, y comprueba con angustia que el abogado de la familia ya ha hecho pública la nota de prensa anunciando su relación con Irene y que las redes están que arden. Se detiene a leer el comunicado que, aunque es breve, informa de la nueva relación de la heredera, revela la identidad de Irene adornando su pasado como habían planeado y anuncia que su primer acto público será en la gala de esta noche.

—Seguro que esto último es idea de mi madre, para atraer a más benefactores —resopla entregándole el teléfono a Irene para que vea por sí misma que ya es un hecho.

A Irene se le acelera el corazón al ver que ya no hay vuelta atrás, y se le acelera el doble cuando sus ojos se quedan enganchados en la imagen que acompaña el comunicado, la de ese acercamiento tonto que hubo entre ellas en la puerta de su casa cuando Alejandra la llevó a recoger a Eric. Todavía siente el mismo cosquilleo por el cuello al recordar el susurro de la que ahora ya es su novia a efectos de todo el mundo.

—¿Estás bien? —Alejandra le arranca el teléfono de la mano.

—Sí, coge lo que quieras y vámonos de una vez, tengo hambre.

—¿La comida te quita el mal humor? —pregunta Alejandra tratando de poner un poco de humor en ese ambiente tenso que tienen desde que se han levantado, y le funciona, porque a Irene el comentario le hace gracia y se ríe mientras se dirige al probador.

Cuando por fin salen de la tienda, Irene no está del todo disgustada, aunque la ropa que han comprado no es la que ella hubiera elegido por voluntad propia, debe reconocer que, al vérsela puesta en el probador, no le ha molestado cómo le quedaba.

—¿Qué haces? —pregunta Alejandra deteniendo a Irene cuando está a punto de entrar en una hamburguesería.

—Entrar a comer.

—¿Ahí? Ni hablar, no me gustan las hamburguesas.

Irene se queda petrificada en el sitio. Precisamente ha pensado en unas hamburguesas para no discutir más con Alejandra, porque suele ser algo que por norma gusta a todo el mundo.

—También tienen ensaladas —dice desconcertada.

—No voy a comerme una ensalada en un bol de plástico, Irene —responde con una mueca de asco—. ¿Has probado la comida japonesa? El que hay en este centro es bastante bueno.

Irene no la ha probado, pero tiene demasiada hambre como para ponerse a discutir, así que cede y casi se le caen las bolsas de la otra mano cuando Alejandra le coge la que tiene libre para empezar a caminar.

—Recuerda que somos pareja —se justifica la futura dueña de la farmacéutica cuando Irene la mira como si fuera extraterrestre.

Se limita a asentir y caminar, pero la mente ya no les funciona a ninguna porque solo pueden pensar en lo agradable que es la sensación que experimentan con un gesto tan simple.

Cuando vuelven, Irene se asegura de que Eric se ha comido lo que le ha dejado preparado y recoge la cocina mientras Alejandra la observa desde la puerta.

—Dime en qué te ayudo.

—En nada, esto es rápido.

—Está bien. Me he dado cuenta de que me he dejado el acondicionador en mi casa...

—Te ofrecería el mío, pero me imagino que a tu pelo de princesa no le sirve —la interrumpe Irene.

A pesar de haber lanzado un dardo gratuito, a Alejandra esta vez el comentario no la ofende, sino que, le hace gracia y se le tuerce una sonrisa que desestabiliza a Irene.

—No voy a responder a tu comentario —dice sin perder esa sonrisa—, te lo comentaba porque si te parece, aprovecharé que voy a mi casa a buscarlo para ducharme y arreglarme allí, así no tenemos que pelearnos por el baño. Cuando acabe, te paso a buscar.

—Me parece bien —dice Irene que, aunque para su sorpresa Alejandra no le molesta en lo más mínimo, sí que siente que ha perdido su espacio y le apetece estar a solas con su hijo.

Capítulo 12

Alejandra vuelve a casa de Irene con el tiempo justo para recogerla y marcharse a la gala. Ya la ha avisado por teléfono de que ha salido de su ático e Irene lleva diez minutos dando instrucciones a su hijo como una madre histérica. A pesar de que confía en él y no es la primera vez que lo deja solo, no le gusta hacerlo, se marcha con la inquietud de estar preguntándose a todas horas si estará bien o si se habrá comido toda la cena.

—Y no te acuestes tarde, Eric —dice asomándose a la puerta de la habitación, donde su hijo pausa el juego al que está jugando y se gira hacia ella resoplando.

—Que no, a las diez como mucho —responde con un tono jocosos que hace arquear una ceja a su madre.

—No vayas de listillo conmigo, guapo —entra Irene y trata de revolverle el pelo.

Eric se aparta entre risas y la mira de arriba abajo.

—Estás muy guapa —dice y su madre sonríe.

— No crees que este vestido es demasiado elegante para mí? —pregunta Irene mirándose el cuerpo.

—Creo que a ninguna mujer en el mundo le quedaría mejor que a ti —asegura su hijo e Irene se emociona tanto que se le humedecen los ojos.

—Deja de decir eso que se me va a correr el maquillaje —sonríe mientras trata de secarse los lagrimales con cuidado.

—Vale —responde Eric justo cuando suena el timbre.

—Me voy, p rtate bien —dice Irene dándole un sonoro beso en la mejilla antes de ir hacia la entrada.

Cuando abre la puerta, ambas mujeres se quedan paralizadas ante la belleza de la otra. Alejandra ha visto cómo le quedaba el vestido a Irene cuando se lo ha probado en la tienda, pero ahora, subida en esos zapatos de tacón, maquillada y con ese recogido, es incapaz de calificar con palabras la belleza de la mujer que tiene delante y se sorprende ante las ganas desesperadas que tiene de arrancarle el vestido y llevarla hasta la cama. Por su parte, Irene est  tan acostumbrada a ver a Alejandra vestida de manera informal, que ahora que la ve tan elegante, no solo le parece arrebatadora, sino que, es más consciente todavía de la verdadera diferencia que hay entre ellas.

—Estás increíble —dice Alejandra sin parpadear.

A Irene le tiembla todo el cuerpo ante el cumplido, porque nota la sinceridad en las palabras de Alejandra y de lo único que tiene ganas, es de dar un paso hacia delante, agarrarse a su cintura y devorar esa boca cuyos besos tanto le gustan.

—T  también —sonríe y rompe el momento al cerrar la puerta.

Alejandra no puede resistirse y acelera el paso para abrirle la puerta del coche a Irene, que cabecea divertida antes de subirse.

— C mo debo comportarme?  Qu  tengo que hacer? —comienza a preguntar Irene una vez est n en marcha.

De repente siente pánico, sabe que por mucho vestido elegante que se ponga, ella no pertenece a ese mundo.

—Tú no te separes de mí. Sonríe mucho en las fotos y poco más. Iremos rápido a nuestra mesa para que nos dejen tranquilas y lo único que tenemos que hacer, es darnos algunos arrumacos y fingir que estamos muy enamoradas para que la pantomima que mi padre ha montado sea creíble. En cuanto hayamos cenado, habremos cumplido con el protocolo básico y podremos marcharnos.

—De acuerdo —acepta Irene tratando de controlar los nervios.

Durante los primeros minutos una vez llegan a la gala, Irene se siente como una muñeca en manos de Alejandra. Todas las miradas se han clavado en ellas porque son la noticia del día y soporta los flashes de las cámaras cogida de la mano de Alejandra con una naturalidad que le sorprende. A ninguna de las dos les cuesta sonreír y juntar las cabezas cuando posan, ni se sienten incómodas cuando se pasan la mano por detrás de la cintura para juntar sus cuerpos. Alejandra está tan feliz posando junto a Irene, que su madre frunce el ceño, descolocada ante la expresión radiante de su hija.

—Podría haber sido actriz —le comenta a su marido.

Ernesto, sin comprender a qué viene el comentario de su mujer, desvía la mirada hacia donde le señala y se pone tenso al ver a su hija susurrarle al oído algo a la prostituta mientras esta sonríe y le responde del mismo modo, arrancando una risotada a su hija que lo deja perplejo.

—Si pusiera el mismo interés con los hombres, ya la tendríamos casada —contesta, disgustado.

El momento de posar para las fotos termina y llega ese en el que a Alejandra no le queda más remedio que presentarle a Irene a algunos conocidos de la familia. Trata de evitar que le hagan preguntas, pero, aun así, nota la incomodidad de Irene y, en cuanto pueden, se escabullen y se piden una copa.

—Lo estás haciendo muy bien —comenta Alejandra tratando de relajarla.

Sin embargo, Irene parece no haberla escuchado, porque su mirada se ha desviado hacia la de un inversor de banca apostado en la otra punta que tiene los ojos clavados en Irene. Alejandra demuda el gesto de inmediato porque, sin saber exactamente cómo, deduce que ese tipo es un cliente de Irene. Sin embargo, lo que le molesta no es que la haya reconocido y que probablemente le haga algún comentario a su padre que lo enfurezca más todavía, lo que de verdad le pone mal cuerpo a la heredera, es esa sensación de celos que está experimentando ante la idea de que ese cerdo haya puesto sus manos encima de Irene.

—Vamos a sentarnos —dice sin comentar nada al respecto.

La cena transcurre tranquila. Ernesto se ha encargado de sentar a su hija junto a gente que no conoce a la familia y que sabe que no hará preguntas inoportunas, por lo que las dos mujeres pasan el tiempo hablando entre ellas salvo que su madre interrumpa la cena para agradecer alguno de los cheques que va recibiendo.

—Joder —dice Alejandra de repente con la mirada clavada en su madre, que está en el escenario sonriendo junto a otra ricachona que acaba de entregarle otro cheque.

—¿Qué pasa? —pregunta intrigada Irene.

—Que las dos son unas actrices cojonudas —susurra Alejandra inclinando el cuerpo hacia Irene mientras le habla.

Su novia ficticia también ladea la cabeza en un gesto completamente casual mientras ambas mantienen la mirada fija en el escenario. La complicidad entre ambas es tal, que ninguna es consciente de que no tienen que esforzarse por fingirla, les sale natural.

—¿Por qué? —se intriga más Irene.

—Porque no se soportan, y míralas, se sonríen como si se adoraran. Son más falsas que una moneda de plástico —suelta sin terminar de acostumbrarse a esos comportamientos, pero su comentario le arranca una carcajada a Irene, que se gira hacia ella sonriendo y Alejandra no puede contenerse y le da un beso en la boca que a las dos les deja los labios hormigueando.

—Parece que no son las únicas actrices —suelta Irene, abrumada por el beso.

—Nosotras al menos nos caemos bien —responde y empieza a aplaudir siguiendo al resto de comensales.

—Deberíamos irnos ya —dice Irene cuando terminan de cenar y comienza el baile—, no me siento cómoda dejando a Eric solo tantas horas.

—De acuerdo, pero bailemos una antes —le pide Alejandra de repente, movida por el desenfado que le producen las dos copas de vino que se ha bebido y esa atracción cada vez más intensa que siente por Irene.

La madre de Eric ni siquiera se lo piensa cuando asiente, porque la idea de pegar su cuerpo al de Alejandra es demasiado tentadora como para rechazarla.

—Solo una —sonríe y, cuando van a levantarse, aparece Macario, un amigo de Ernesto que viene a saludar a Alejandra.

A la heredera no le queda más remedio que presentarle a Irene cuando ve que el hombre se queda ahí, expectante, y tiene que mostrar una sonrisa falsa cuando él comienza a decirles la buena pareja que hacen.

—Me alegro mucho de que por fin estés con alguien —dice Macario mientras va mirando a Irene, que se ha tensado como la cuerda de un arco.

Alejandra deja de sonreír cuando repara en la expresión de Irene, y lo hace todavía más cuando su novia ficticia se pega a ella y le susurra al oído.

—Deshazte de él, es cliente mío y como lo dejes seguir hablando, al final meterá la pata. Va bastante pasado de coca.

Alejandra nota como la sangre comienza a hervirle y la mandíbula se le tensa tanto que le duele.

—Si nos disculpas, tenemos que marcharnos, Macario —espeta de manera seca y cortante, cogiendo a Irene de la mano para caminar con paso firme hacia la salida.

Capítulo 13

Francisca Laínez observa con disgusto como su hija y la prostituta que han contratado, salen de la gala benéfica cogidas de la mano. Una molestia le recorre el cuerpo, pero en su rostro no hay ningún gesto que lo indique, primero, porque el bótox no se lo permite y segundo, porque ella en esa clase de eventos, solo regala sonrisas y buena cara. Se apunta mentalmente hablar con su marido, no le ha gustado nada lo que ha percibido entre las dos jóvenes y presiente que esa actitud les va a traer muchos dolores de cabeza. Conoce bien a Alejandra y está cansada de verla perdiendo los ojos en el cuerpo de alguna mujer, pero esta vez, Francisca siente que es diferente, su hija mira a la otra chica con ojos de admiración e incluso cariño, y eso ella no puede permitirlo, sería una desgracia para la familia que la futura heredera se enamorara de una mujer que, como profesión, le abre las piernas a cualquier hombre que tenga unos euros en el bolsillo.

A Alejandra e Irene las golpea el aire fresco de la calle una vez atraviesan la puerta de salida. La heredera lo hace ceñuda, dando tales zancadas que deja a su compañera rezagada. Esta vez no le abre la puerta del coche como lo hizo cuando recogió a Irene en su casa, por el contrario, entra y cierra de un portazo tal, que sobresalta a Irene.

—¿Me puedes explicar lo que te pasa? —pregunta Irene cuando entra al vehículo.

Alejandra se gira de golpe y la encara.

—¿A cuántos tíos te has tirado?

La chica de compañía se queda helada. No se esperaba esa pregunta ni el tono de desprecio con el que Alejandra se la ha hecho. No es algo de lo que se sienta orgullosa, Irene sabe que por su cuerpo han pasado muchas manos, pero es la única salida que tuvo en su día y no se arrepiente porque ha podido darle una buena vida a su hijo y eso es lo que realmente le importa.

—Eso no es asunto tuyo —escupe Irene encarándola.

—Si te soy sincera, me da igual cuantos te han follado —miente Alejandra—, pero yo tengo un estatus que mantener y es muy molesto que a cada acto que asistamos, nos encontremos con estos tipos que han estado contigo.

Irene bufa.

—Lo que me faltaba. Fuiste tú quien se metió sola en este lío y me ha arrastrado a mí con él.

—Un lío que te beneficia a ti también.

Alejandra contraataca, sabe que no tiene razón, pero no puede evitar sentir ese regusto en el pecho que la está quemando desde que aquel banquero clavó su mirada en Irene. Los celos la están matando y le cuesta mucho controlarse, ya lo hizo en la gala cuando veía cómo los hombres miraban a Irene con ganas de empotrarla en cualquier baño del salón. Se siente enfadada y a la vez sabe que está siendo una egoísta porque Irene no tiene la culpa de haberla conocido y que el controlador de su padre la haya obligado a firmar un acuerdo para que ellas fingieran estar juntas, todo para que su familia y su empresa, no se convirtieran en una vergüenza.

—Esa posición que tanto defiendes está plagada de puteros a los que les encanta

contratar nuestros servicios —la voz de Irene hace que Alejandra apague sus pensamientos —, así que no te preocupes por eso, tu estatus está a salvo.

La discusión se alarga, una alega una cosa y la otra se la rebate. Irene está roja de rabia y Alejandra tiene la frente perlada. Ambas están muy acaloradas y que estén llegando a la casa en la que ahora residen juntas, no impide que la disputa siga.

Entran a la vivienda y como si las dos estuvieran conectadas mentalmente, bajan la voz porque saben que allí está Eric y no quieren que escuche el intercambio verbal que mantienen ambas mujeres.

—Sí tanto te molesta, habla con tus padres y rompe el acuerdo.

—También tenemos un pacto tú y yo, que no se te olvide —responde Alejandra detrás de Irene, que está llegando a la cocina.

—No te preocupes por eso que, si no hay acuerdo, no hay pacto y todos felices. Así no tenemos que vernos la cara de nuevo.

A Alejandra la idea de no volver a ver a Irene le crea un desasosiego que le cuesta encajar. Le gusta la chica, no lo va a ocultar y, aunque sabe que zanjar todo este asunto tan desagradable es lo mejor que les puede pasar a ambas, separarse de ella no le parece un buen plan. La futura dueña de farmacéutica Prado no se da cuenta de lo cerca que tiene a Irene, pero como movida por una mano invisible, se pega más a ella haciendo que el aire entre las dos apenas pase.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —pregunta Alejandra, que, en vez de conciliadora, se vuelve una egocéntrica para ocultar lo que en realidad siente.

A Irene no le da tiempo a contestar porque su compañera se lanza a su boca. El gemido que ambas sueltan es tan sensual que Alejandra siente una descarga eléctrica en el centro de su cuerpo, pero cuando introduce la lengua en la boca de Irene y ésta no duda en mezclarla con la suya, Alejandra tiene que poner una mano en la pared para no tambalearse. El beso se alarga durante unos segundos en los que Irene acaricia los costados de Alejandra con vehemencia porque, aunque nunca había estado con una mujer, no puede negar que le encanta su cuerpo, la suavidad de su piel, sus pezones cuando se endurecen y su sabor. Está a punto de ceder, Irene está a un paso de dejar que Alejandra le arranque el vestido, pero no puede, tiene que controlarse. Está en su casa, su hijo está durmiendo y pese a que sabe perfectamente que él no se enterará de nada, Irene no puede permitir que ese sentimiento que empieza a tener por Alejandra siga creciendo. No son de la misma clase y está segura de que cuando termine el dichoso contrato, la heredera desaparecerá de su vida.

Irene deja una caricia en el pecho de Alejandra y, acto seguido, la empuja con firmeza lejos de su cuerpo, se acomoda el vestido y se coloca su mejor máscara.

—Si quieres follar, tienes que pagar. Soy puta, no una monja de la caridad.

Por un segundo, Alejandra queda descolocada, pero de inmediato ladea su sonrisa más seductora.

—Ya te estoy pagando, que no se te olvide.

—El contrato no incluye sexo —suelta Irene y sale de la cocina.

Con el corazón a mil por hora, Irene camina con parsimonia. Siente rabia porque, cuando quiere, Alejandra instala entre ellas ese tono chulesco como la que sabe que todo lo que toca le pertenece y eso a Irene la enfada tanto que no puede detener su lengua viperina.

Se gira hacia la heredera y la mira con suficiencia.

—Así que si quieres que me ponga ese arnés que tanto te gusta, ya sabes mi tarifa —zanja y desaparece detrás de la puerta del baño.

Alejandra se queda como una estatua en medio de la cocina, tan descolocada como excitada. Irene la pone muchísimo, además de gustarle todo de ella.

Esos meses que le esperan bajo el mismo techo serán muy difíciles de llevar.

Capítulo 14

La alarma que Irene tiene puesta para levantarse cada día y prepararle el desayuno a Eric antes de que se marche al instituto las despierta a ambas. Se mueven incómodas y ni siquiera se saludan al mirarse, todavía molestas por lo sucedido la noche anterior.

Irene se va a la cocina y se queda allí con Eric. Alejandra aprovecha para ducharse y poco después de que el chaval se haya ido, sale y le dice a Irene que se marcha. No le da explicaciones y ella tampoco se las pide, aunque la desazón que sienten ambas por la tensión que hay entre ellas, es evidente. Alejandra ha quedado para desayunar con su amiga Nerea en el club de tenis.

Llega puntual y la espera con paciencia hasta que la ve aparecer ataviada con su ropa deportiva porque ha quedado para jugar.

—¿Qué tal fue la gala? —se interesa Nerea después de saludarla con dos besos.

—Como siempre, llena de hipócritas y sonrisas falsas.

Nerea suelta una carcajada antes de dar un sorbo a su batido bajo en calorías. Quizá esa sea la única cosa que en realidad tienen en común las dos amigas, que ninguna soporta ese tipo de eventos y solo asisten cuando se ven obligadas, como le pasó ayer a Alejandra.

—¿Y con la chica? ¿Cómo se llama? —pregunta Nerea.

—Irene.

—Eso, Irene. ¿Cómo fue con ella?

—Fatal —responde y tuerce la boca mientras piensa unos segundos.

Alejandra se da cuenta de que fatal no es la palabra que lo describe porque, en realidad, se lo pasó muy bien con Irene hasta su encontronazo con Macario, pero como le pasa siempre desde que la conoce, son las emociones las que hablan por ella.

—¿Fatal? —se frota las manos Nerea, a quien le encantan los chismes—. ¿Por qué?

—Nos encontramos con dos tíos a los que se había tirado, fue súper incómodo.

La carcajada repentina y desproporcionada de Nerea no permite que Alejandra se siga desahogando, de hecho, le molesta mucho que su amiga se ría de ese modo tan escandaloso y poco considerado.

—A mí no me hace gracia —dice enfadada.

—Venga ya, Alejandra, no me vengas con dramas ahora. ¿Qué esperabas que pasara yendo a la gala con una puta? —pregunta sin un ápice de empatía.

—No la llares así —se ofende Alejandra sin saber muy bien por qué.

—¿Que no la llame así? —levanta las cejas Nerea con gesto sorprendido—, a las cosas hay que llamarlas por su nombre, Alejandra. La tal Irene es una puta, y cuando acudes a una gala con una puta, lo que te encuentras es a un montón de tíos que se la han follado. De hecho, no me extrañaría que entre ellos esté también tu padre —añade con otra carcajada.

Alejandra siente que le explota la cabeza solo de pensarlo y de repente se pregunta si puede ser cierto e Irene solo se lo oculta por respeto. La risa estridente de Nerea, que llama la atención de todo el mundo, la saca de sus pensamientos oscuros.

—Deja de reírte, joder, a mí no me hace ninguna gracia.

—Estás muy rara últimamente —pone los ojos en blanco Nerea, que da otro sorbo al batido y coge el móvil para ignorar a Alejandra.

Ella aprovecha ese silencio repentino que agradece para pensar y tratar de calmarse, pero al ver que no puede sacarse ese pensamiento de la cabeza, decide ir a cambiarse para ver si jugando se despeja.

—Vaya paliza —se mofa Nerea cuando acaban sus respectivos partidos.

Su amiga, que jugaba en la cancha de al lado, ha sido testigo de cómo Alejandra perdía un set tras otro porque no era capaz de concentrarse.

—Hoy no tengo un buen día.

—Creo que deberías deshacerte de la puta, te tiene atontada —comenta como si Irene fuese una bolsa de basura que tirar en cualquier parte.

Nerea camina hacia los vestuarios tras el comentario mientras Alejandra la observa y se pregunta una vez más el motivo de que sean amigas.

Tras la ducha, se despide de ella de manera fría y se marcha hacia casa de Irene con la idea fija de preguntarle si se ha acostado con su padre. Sabe que hasta que no le responda, no podrá quitárselo de la cabeza, pero cuando Alejandra entra en la casa, al único que se encuentra es a Eric.

—¿Y tu madre?

—Ha salido a comprar, no creo que tarde —responde Eric con una sonrisa—. ¿Entiendes de programación? —pregunta, curioso.

—Sí, se me da bastante bien —contesta ella devolviéndole la sonrisa.

—¿Te puedo hacer algunas preguntas? —inquire tímido.

—Claro.

Eric esboza una sonrisa amplia y le pide que vaya a su habitación para mostrarle los problemas que tiene con la creación de su aplicación.

Irene cruza la puerta de su casa unos minutos después y cuando deja las bolsas con la compra en la cocina, escucha la risa de su hijo desde la habitación. Eso le llama la atención y se acerca a ver de qué se ríe y, cuando se asoma a la puerta, se sorprende al ver a Alejandra sentada en una silla al lado de Eric mientras le va mostrando cosas en la pantalla que le explica con palabras que ella no entiende y que su hijo escucha con total atención. Irene no sabe los minutos que se pasa bajo el umbral de la puerta, emocionada y abrumada al ver como Alejandra trata a su hijo como a un igual, pero, sobre todo, sorprendida por lo bien que parecen llevarse.

Capítulo 15

—¿Te has follado a mi padre? —dispara Alejandra Prado una vez se encuentra sola en la cocina con Irene.

Después de estar un par de horas con Eric en el ordenador, Irene los ha llamado para comer y los tres se han sentado en la pequeña mesa que hay en la cocina. Entre ellas la tensión sigue viva, pero se centran en escuchar al joven, que comenta que estos días estará muy ocupado porque en el instituto le están exigiendo que entreguen la primera parte de un proyecto importante. Con rapidez, el chico se levanta de la silla y recoge los platos para luego desaparecer hacia su habitación dejando a las dos mujeres solas en un ambiente un tanto asfixiante, hasta que Alejandra abre la boca e Irene solo quiere darle un tortazo en la cara por imbécil.

—Teóricamente, tendría que ser al revés —contesta Irene y se levanta como si estuvieran hablando del tiempo. Sí Alejandra es chula, ella lo es más.

—No me jodas, Irene, y contesta la pregunta —exige la heredera mientras se pasa la mano por la cara.

—Lo primero que tienes que hacer es dejar de hablarme de esa manera —Irene no alza la voz, pero enfatiza cada una de las palabras mirando a los ojos de su acompañante—, si quieres preguntar algo, lo que sea, hazlo con educación. El que yo sea puta no te da derecho a que te dirijas a mí de esa manera ni hagas esa clase de preguntas.

Alejandra no sabe cuántas veces ha escuchado esa palabra durante el día, pero lo que tiene claro es que la detesta. Jamás ha criticado ningún trabajo, cada uno es dueño de su cuerpo y de su vida como para hacer lo que quiera, pero desde que está con Irene, se siente la defensora de todas aquellas que ejercen esa profesión y le repatea que alguien se dirija a ellas con desprecio.

Respira con profundidad, se aprieta las sienes y enfoca a Irene.

—No es mi intención hablarte así, pero necesito saberlo, Irene, ¿mi padre es tu cliente?

Algo en la voz de Alejandra hace que Irene suavice el tono. Podría darle largas al tema y marear a la heredera para ponerla más nerviosa, pero se da cuenta de que está desesperada y entiende su sufrimiento al pensar que Irene, aparte de acostarse con ella, también lo ha hecho con su padre.

—No, a tu padre jamás lo había visto hasta el día que decidisteis hacerme una encerrona en su casa.

Alejandra suelta el aire y vuelve a cogerlo como si llevara horas ahogándose. Que su padre vaya de putas y engañe a su madre no le importa lo más mínimo, pero que haya tocado a Irene la estaba enloqueciendo.

—¿Alguna pregunta más? —suelta Irene, que empieza a ponerse nerviosa ante la mirada taladrante de Alejandra.

—No —responde veloz.

—Vale.

—Irene —la llama Alejandra antes de que desaparezca—, lo siento, por lo de ayer y

lo de hoy.

La chica de compañía se queda callada, pero con el corazón encabritado. Alejandra parece una niña pidiendo perdón a sus padres porque ha roto el carísimo jarrón de la abuela mientras correteaba por la casa a pesar de tenerlo prohibido. La enternece, pero decide pedirle a su corazón que se calme, porque la heredera es adulta, dueña de sus actos y con un carácter que parece indomable.

—Que no vuelva a repetirse —es lo único que suelta Irene y entra al baño sin darle la posibilidad de réplica.

—Mamá, sabes que eres más mala que el veneno —dice Eric como si en vez de un partido de tenis tuvieran que descifrar el código para evitar la detonación de un explosivo.

Francisca Laínez, como buen miembro de cuanto club existe dentro de su grupo élite, ha organizado un partido de tenis benéfico de padres e hijos en la escuela a la que ahora asiste Eric. La mujer le recordó a Alejandra que tenía que asistir junto a su novia porque el evento estaría plagado de periodistas y personas importantes.

Y ahí están los tres, con muy pocas ganas, sobre todo Eric, que no quiere jugar con su madre porque le ha tocado como primera rival una chica bastante buena que hace excelente dupla con su padre.

—¿Qué te parece si jugamos juntos? —se ofrece Alejandra viendo el ceño fruncido de Eric y el nerviosismo de Irene, que ha tocado una raqueta de tenis una vez en su vida.

—¿En serio? —pregunta Eric emocionado que, aunque no sabe si Alejandra es buena o no, tiene claro que la chica juega de vez en cuando y es seguro que se le da mejor que a su madre.

—Sí, venga, vamos a darles una paliza y dejemos a tu madre para que nos anime —sonríe Alejandra y se gira para mirar a Irene y guiñarle un ojo.

A Irene ese gesto tan normal, le provoca un temblor corporal que la impresiona. Tiene que cerrar las piernas porque el pinchazo en su centro ha sido de campeonato. Se limita a sonreír, agradeciéndole de forma silenciosa a Alejandra el comportamiento que tiene con su hijo.

—¡Vamos! —Irene aplaude frenética, aunque no entiende nada de lo que pasa, sabe muy bien que, la que ahora es su dupla favorita, ha ganado los últimos dos partidos.

—Vaya paliza —dice Alejandra llegando hasta Irene, que les ofrece dos botellas de agua.

—Ahora nos toca con el tonto aquel —suelta Eric mirando como un chico de unos quince años lo mira con suficiencia.

—¡Eric! —le reprende su madre—, ¿qué te he dicho del respeto hacia los demás?

—El respeto ha de ser recíproco, mamá, y ese chico, además de creerse el mejor, no para de molestar a todos los que nos considera débiles. No solo la tiene tomada conmigo, sino también con una chica que tiene una discapacidad.

Irene frunce el ceño, nunca le han gustado las injusticias.

—¿No os habéis quejado al entrenador? —pregunta Alejandra después de girarse y reconocer tanto al chaval como a su madre.

—Sí, le ha llamado la atención, pero el muy listo nos molesta cuando nadie puede verlo.

—Ya nos ocuparemos de eso —dice la heredera—, vamos a darles una paliza, venga.

La paliza la reciben ellos, apenas han hecho algunos puntos porque el equipo contrario, acostumbrado a jugar en pareja, se ha movido con facilidad en la pista,

acompañados y soltando unos buenos misiles. Eric se desanima, no es de los que se fustiga si pierde un partido, pero quería ganarle a ese bocazas para tener con qué callarlo cada vez que se metiera con él.

—No puedes conmigo, friki —suelta el contrario riendo cuando ambas parejas se acercan a darse la mano.

Irene observa que la cara de su hijo ha cambiado de manera radical y se levanta dispuesta a acercarse hasta ellos porque sabe que algo pasa, pero se detiene al ver que Alejandra levanta las cejas y clava la mirada en la cara de la madre del muchacho vencedor.

La futura dueña de la farmacéutica, que conoce bien a la familia Isturiz, espera a que Jimena reprenda a su hijo, pero se da cuenta de que la mujer se pavonea porque además de que han ganado el partido, su vástago machaca a todo aquel que tiene al frente. Alejandra da dos pasos y se pega al oído de la mujer.

—Deberías enseñarle a tu hijo lo que son el respeto y los modales, pero como veo que no tienes la intención, te voy a ayudar —le susurra a Jimena, que mantiene la sonrisa en sus labios—. Como tu hijo no se disculpe con Eric, le voy a contar a tu marido como te abres de piernas para el monitor del gimnasio, que además de ser veinte años menor que tú, te está sacando toda la pasta que ni siquiera es tuya, sino del cornudo de Antonio.

Jimena palidece, no tiene ni idea de cómo Alejandra tiene esa información y tampoco quiere averiguarlo.

—Jaime, esas cosas no se dicen. Discúlpate con él y no quiero que vuelvas a tratarle de esa manera.

El susodicho gira la cabeza como si le hubieran poseído porque su madre jamás le ha reprochado nada.

—Estás castigado —dice Jimena nerviosa al ver que su hijo no abre la boca y Alejandra la mira con impaciencia—, y si no te disculpas con él será peor, te quedarás sin videoconsola.

—Lo siento —suelta Jaime a regañadientes y se gira para marcharse.

—Mucho mejor así. Y Jimena —la llama Alejandra cuando la mujer también va a girarse—, no quiero que tu hijo coincida con Eric en sus clases. Confío en que puedas arreglarlo.

La mujer afirma con la cabeza y Alejandra sonrío. Los dos salen de la cancha y se acercan a Irene, que empieza a interrogarlos, pero para sorpresa de la heredera, Eric le dice a su madre que estaban comentando unas jugadas antes de despedirse de los contrarios. Irene intuye que no es cierto, que allí pasó algo y fue Alejandra quien manejó la situación, pero no quiere tensar más la cuerda, su cuerpo está demasiado revolucionado y lo que quiere es salir de ahí.

—Me muero de hambre, Eric, ¿qué quieres comer? —dice Alejandra mientras coge las mochilas del suelo.

—Hamburguesa —no duda y saca su móvil para enseñarle a Alejandra la aplicación en la que está trabajando.

—Vaya —suelta Alejandra impresionada—, es muy completa.

—Todavía le falta mucho, pero mira —le señala Eric varias opciones—, aquí puedes incluir el nombre de la hamburguesería y calificarla.

Los dos se enfrascan en una conversación sobre códigos, bucles y arrays que Irene no entiende, pero lo que sí siente es algo que no podría describir con palabras. Ella lleva muchísimos años sola con Eric y, aparte de Vanesa, nadie ha mirado así a su hijo, nadie se

ha tomado el tiempo y la paciencia de escucharlo o ayudarlo a cumplir sus sueños. Alejandra lo está haciendo y eso a Irene la está derritiendo.

En un abrir y cerrar de ojos, la futura dueña de la farmacéutica Pardo está aparcando en un local que Eric le ha dicho y tanto ella como el joven bajan emocionados. Irene pestañea perpleja porque sabe que a Alejandra no le gustan las hamburguesas.

—¿Tú que te vas a pedir? —le pregunta la chica de compañía una vez que están frente a la caja. Han decidido pedir para llevar y comerlas en el ático de Alejandra.

—Un sándwich de pastrami y unas patatas trufadas —dice Alejandra mientras sigue mirando la carta.

Irene sonríe, Alejandra es tan pija que hasta en un sitio como ese busca la manera de comer alguna exquisitez.

—Yo quiero la doble *cheeseburger* con beicon, cebolla morada y jalapeños —dice Eric salivando.

Después de que Irene se haya pedido una monstruosidad de hamburguesa doble de todo, se marchan al ático y al entrar van directas a la cocina. Aunque no sean del todo conscientes, las dos mujeres parece que llevan años viviendo allí juntas porque están muy coordinadas, una saca la comida de las bolsas mientras la otra coloca platos, vasos y servilletas. Eric sale del baño y todos se sientan a la mesa para devorar en menos de diez minutos todo lo que habían pedido, incluido el mordisco que Alejandra le dio a una de las hamburguesas a petición del chico.

—Cuando tenga la aplicación lista, podrás descargarla y opinar sobre la hamburguesa que has probado —dice Eric sonriendo.

—Aunque no me gusten, debo decir que estaba bastante buena —responde Alejandra afirmando con la cabeza.

—Si probaras las de mi madre seguro que te encantarían las hamburguesas, hace las mejores.

—Eso no es cierto —dice Irene con cierta vergüenza.

—Claro que sí, mamá. Tus hamburguesas son las mejores que he probado en mi vida —resuelve Eric.

—¿Cuántas han sido? —pregunta Alejandra con los ojos achinados.

—Ciento treinta y dos desde que empecé a contarlas hace unos años —dice el chico de memoria.

—¡Vaya! Entonces las de tu madre tienen que ser muy buenas para que digas que son las mejores. No me queda más remedio que probarlas —dice Alejandra encogiendo los hombros.

—Mamá, ya lo sabes, tienes que prepararnos una noche americana.

—Prometido —dice Irene, que hasta ahora asistía en silencio a la conversación—, hamburguesas, patatas fritas y tarta de queso.

Los tres sonríen y desde fuera parecen una familia tradicional que disfruta de una tarde. Alejandra se da cuenta y un festival de sentimientos la recorren, así que se levanta y le pide a Eric que la acompañe.

—¿Qué te parece? —le dice al chico, que está con la mandíbula desencajada viendo el ordenador de última generación que tiene Alejandra en su despacho.

—Impresionante —balbucea Eric—, esto tiene que volar.

—Siéntate —le pide—, hay muchos juegos allí, un simulador de código y bastantes cosas más. Prueba todo lo que quieras, yo estaré en el salón con tu madre para que no se

quede sola.

—Vale —dice sonriendo y se sienta.

—¿Quieres que veamos una película? —pregunta Alejandra mientras señala el sofá con la barbilla—, me parece que estaremos aquí un buen rato.

Se sientan frente a la tele, se estiran en el cómodo sofá y ponen un documental que a Irene le ha llamado la atención, pero al cabo de diez minutos, Alejandra cierra los ojos y se queda completamente dormida. Irene se da cuenta no solo por el suave murmullo que ya reconoce, sino porque Alejandra ha apoyado su cuerpo sobre el de la acompañante generando un calor exquisito entre ellas. Irene aprovecha para observarla bien, siempre le ha parecido preciosa, pero lo es más cuando está así de tranquila. Se atreve a pasarle la yema de uno de sus dedos por el contorno del rostro y no puede evitar cerrar los ojos ante el magnetismo que siente cuando la toca.

Después de dos horas y el documental más que terminado, ha llegado la hora de marcharse a casa.

—Alejandra —la llama Irene con suavidad—, es tarde. Tenemos que irnos.

La heredera arruga la frente y abre los ojos con lentitud enganchándolos a los de Irene. Ahí se quedan unos segundos y ambas, por separado, sacan cuentas mentales de cuánto tiempo podrán aguantar sin volver a tocarse.

Capítulo 16

—Perdona, no sabía que estabas aquí —se disculpa Irene cuando entra en el baño y se encuentra con Alejandra frente al espejo.

—Puedes entrar, ya estoy acabando —dice mientras termina de ponerse las lentillas.

A pesar de que ya llevaban más de dos semanas de convivencia, Irene no se había dado cuenta de que Alejandra utilizaba lentillas hasta hacía un par de días, cuando la heredera se dejó el bote del líquido en el baño.

—¿Nunca utilizas gafas? —pregunta Irene cruzándose de brazos junto a la puerta.

Alejandra se gira y le sonríe.

—Créeme, no quieres verme con gafas.

—¿Por qué no? —pregunta muerta de curiosidad.

—Porque son enormes y no te gustarían, aunque voy a tener que traerlas, porque estoy harta de las lentillas.

—Ya decidiré yo si me gustan o no —suelta Irene, apartándola con un leve empujón que hace sonreír a Alejandra. Esta sale del baño justo cuando Eric pasa por delante, preparado para irse al instituto.

—Alejandra, ¿cuándo volveremos a ir a tu ático? —pregunta por tercera vez en la última semana.

—¿Para qué quieres ir tanto a su ático, Eric? —pregunta su madre asomándose por la puerta.

—Porque su ordenador es mil veces mejor que el mío y podría avanzar mucho con la aplicación —responde distraído mientras se termina de beber un zumo.

Irene se queda muda sin saber qué decir, sintiendo que por mucho que se esfuerza, nunca podrá darle a Eric todo lo mejor.

—Iremos pronto, no te preocupes —tercia Alejandra.

Eric se despide de ambas y se marcha.

—Vístete y vamos a mi casa —ordena Alejandra mirando a Irene.

—¿A tu casa? ¿Para qué?

—Para recoger mi ordenador. Lo traeré aquí para que Eric pueda utilizarlo, al fin y al cabo, desde que estoy aquí estoy tirando de portátil y no lo uso, y a él le vendrá bien.

—No sé —duda Irene—, creo que es mejor que no lo traigas.

—A ver —Alejandra arquea las cejas como si hablara con una niña—, ¿por qué no debo traerlo? Dame una razón coherente.

—Pues porque no, Alejandra, porque Eric podría romperlo sin querer, o descargar algo que te meta un virus de esos o qué sé yo...

Alejandra se echa a reír e Irene tuerce el gesto.

—¿De qué coño te ríes?

—De ti y lo estresada que eres. Se lo dejo porque quiero y no voy a pedirte permiso para eso, y si el ordenador se rompe, compraré otro y problema resuelto —zanja Alejandra.

Irene se cruza de brazos.

—¿Cómo que no me vas a pedir permiso? Se trata de mi hijo.

—Por supuesto, pero es un ordenador y él ya tiene uno, por lo tanto, no hay nada malo en que yo le preste uno mejor. Así que quita esa cara de drama y vístete de una vez —dice, y se le escapa una mirada que le deja claro a Irene las ganas que tiene de comérsela entera.

—Está bien —acepta la madre de Eric, con el pulso tan disparado por el repentino ataque de excitación, que cuando sale del baño, no sabe si ir a la izquierda o la derecha.

—No sé si todo esto cabe en el escritorio de Eric —dice Irene un par de horas después, cuando están en el ático de Alejandra embalando el ordenador de esta—. Los monitores podríamos dejarlos aquí.

—No seas aguafiestas, el suyo lo podemos meter en nuestra habitación, aunque sea debajo de la cama. La gracia de mi ordenador son todos los complementos que tiene, deja que Eric lo disfrute mientras yo esté allí.

Irene no contesta, ni siquiera ha terminado de escuchar todo lo que ha dicho Alejandra, porque se ha quedado anclada en el momento que la heredera ha dicho “nuestra habitación” y el estallido de mariposas que ha sentido en el pecho al escucharla.

—¿Te parece bien? —pregunta Alejandra, ajena a la turbación de Irene.

—Sí, vale —responde esta y siguen embalando con plástico de burbujas cada elemento que forma parte del ordenador de Alejandra.

—Bueno, creo que esto se merece una cerveza para celebrarlo —opina Alejandra cuando por fin terminan y lo tienen todo junto a la puerta, listo para bajarlo en el ascensor y meterlo en el coche—. ¿Te apetece?

—Por favor —responde Irene sedienta y la sigue hasta la cocina.

Mientras Alejandra abre la nevera y saca las cervezas, Irene se sienta de un salto sobre la encimera de la isla central de la cocina. Lo hace de manera distraída, con la confianza que, sin ser ellas conscientes, han ido afianzando con el paso de los días. Alejandra le entrega la cerveza y se sitúa frente a ella, apoyando la espalda en un armario mientras hablan sin parar y se ríen con ganas en una conversación cada vez más distendida y agradable.

En un momento determinado, Alejandra, impulsada por lo bien que se siente con Irene y cansada de tratar de apaciguar esa atracción constante que siente hacia ella, se deja llevar y se impulsa hacia delante hasta colocarse entre sus piernas.

—Sabes que no deberías estar ahí —susurra Irene, dejando la cerveza a un lado por miedo a que el temblor que de repente tiene en todo el cuerpo haga que se le caiga.

—Te voy a besar, Irene y, antes de que digas una de tus tonterías, no pienso pagarte nada —asegura Alejandra haciendo resbalar una de sus manos por el cuello de su novia ficticia.

Irene abre la boca, pero no para protestar, sino para recibir el beso del que tantas ganas tiene. El contacto entre sus bocas les provoca tal chispazo que sienten arder todo su cuerpo. A Irene la recorre de nuevo ese mismo calor abrasador del primer día, algo que ya no es desconocido para ella, pero que la sigue impresionando y le cuesta mucho asimilar.

—Baja de ahí —le pide Alejandra tirando de ella—, vamos al sofá.

A duras penas llegan sin tropezarse entre ellas mismas, porque no son capaces de desengancharse de esos besos a los que se han vuelto adictas. Irene cae de espaldas al sofá cuando Alejandra la empuja con suavidad, y se deja hacer —aturdida y desconcertada— mientras Alejandra le quita el pantalón y las bragas y se coloca entre sus piernas.

—No sabes las ganas que tengo de hacer esto —asegura la heredera, besándole la cara interna de los muslos con una delicadeza a la que Irene no está acostumbrada—. ¿Estás

bien? —se detiene un instante Alejandra cuando nota cómo le tiembla todo el cuerpo a la madre de Eric.

Irene, incapaz de contestar porque se siente abrumada por las sensaciones que experimenta, se limita a asentir con la cabeza. Es incapaz de contener un gemido ronco cuando nota la primera pasada de la lengua de Alejandra entre sus pliegues. La heredera, que de algún modo percibe que para Irene es como si fuera la primera vez a pesar de todo lo que ha debido hacer, decide recrearse y esforzarse en darle el máximo placer posible.

El primer orgasmo de Irene tarda en llegar más de lo que Alejandra está acostumbrada a ver en otras mujeres, pero no le da importancia porque Irene lo disfruta y este se prolonga hasta casi empalmar con un segundo.

—¿Qué quieres que te haga? —pregunta Irene tras unos minutos que ha necesitado para recuperarse.

Alejandra la mira descolocada y le da un beso en la frente.

—Lo que a ti te apetezca, y si no te apetece hacer nada, no has de hacerlo —dice y el siguiente beso, se lo da en los labios.

A Irene se le retuerce el estómago al escucharla, porque de algún modo, su cerebro la ha traicionado y de su boca ha salido esa odiosa pregunta que tiene que hacer con casi todos sus clientes.

—Perdona, supongo que es deformación profesional —se disculpa con un nudo en la garganta.

—He dicho que no pasa nada —la tranquiliza Alejandra comprensiva y la abraza con fuerza—, no tienes que hacer nada que no te apetezca, ya te lo he dicho.

—Es que sí que quiero —levanta la cabeza Irene y la mira mordiéndose ambos labios. Alejandra tiembla de deseo al mismo tiempo que sonrío.

—¿Y qué quieres?

—Ponerme el arnés del otro día, ¿te apetece?

—Esa pregunta no se hace, me gustó tanto que por mí te lo puedes poner siempre que quieras —dice Alejandra levantándose de un salto.

La heredera no tarda nada en volver con todo lo necesario e Irene ve con sorpresa cómo le tiemblan las manos cuando se lo está poniendo, pero en esta ocasión, ya no es por ese desconcierto inicial que ha tenido al principio, es porque se muere de ganas de empujar a Alejandra.

—Joder, estás tan sexy —la mira Alejandra con los ojos envueltos en llamas.

Irene está de pie, observando el cuerpo desnudo de la heredera mientras trata de calmar el ardor que tiene entre las piernas.

—Date la vuelta —ordena y la voz le sale rasposa.

Alejandra obedece y si la otra vez Irene no pudo controlar el orgasmo mientras la follaba, esta tampoco, solo que, en esta ocasión, logra acompañarse hasta dos veces con Alejandra para correrse juntas, algo que las transporta a otro nivel en esa relación que empiezan a tener y que ninguna es capaz de ver.

La sesión de sexo se prolonga durante un tiempo que ninguna es capaz de definir porque les pasa volando y lo único que las hace frenar es la falta de energía, y solo cuando se dan por satisfechas, es cuando son conscientes de lo que ha pasado, y ambas se quedan tan desconcertadas por esa falta de control, el montón de emociones vividas y la distancia social que las separa que, cuando se visten, ninguna es capaz de abrir la boca, simplemente se dedican a cargar las cosas en el coche y marcharse a casa de Irene.

Capítulo 17

Irene abre los ojos, descolocada porque cuando se despierta está en medio de la cama como solía hacerlo cuando dormía sola. Ahora lo hace con Alejandra y si se encuentra así, atravesada en el colchón, es porque está sola. No se equivoca, de la heredera solo queda entre las sábanas ese perfume que tanto gusta a Irene y no puede evitar respirar lo más profundo que puede para aspirar todo ese olor.

El día anterior tras volver del ático, ni ella ni Alejandra dijeron una sola palabra acerca del encuentro que mantuvieron. Solo se limitaron a montar el monstruoso ordenador de Alejandra a toda prisa antes de que llegara Eric y, cuando el joven salió del instituto, no hizo otra cosa que estar sentado frente a la máquina y Alejandra a su lado explicándole mil cosas. Irene se dedicó a recoger la casa y a poner un par de lavadoras, quedándose asombrada cuando Alejandra se unió a ella y la ayudó en los quehaceres, pero ni en ese momento las palabras fluyeron entre las dos.

Ahora está ahí, en la cama recordando la espalda sudada de Alejandra mientras ella, con el arnés puesto, no paraba de penetrarla con fuerza hasta que ninguna de las dos pudo más. Irene baja la mano y comprueba la humedad incipiente que hay entre sus piernas y aún le cuesta creer que un simple recuerdo obre en su cuerpo lo que ella considera un milagro porque jamás había disfrutado el sexo ni se había humedecido de esa manera. Sus pensamientos se ven interrumpidos cuando escucha risas en el salón, así que sale de la cama de forma silenciosa y, cuando pasa el quicio de la puerta, la escena que ve hace que su corazón pare de latir para luego hacerlo con rapidez. La exuberante Alejandra Prado está ataviada con un pijama de la saga Star Wars, lleva el cabello en un recogido mal hecho que hace que varios mechones estén sueltos y esa mañana no lleva lentillas, tiene puestas unas grandes gafas de pasta y a Irene le parece que jamás la ha visto tan preciosa como en ese momento. La estampa mejora cuando ve la cara de felicidad de Eric que, al parecer, ha conseguido descifrar algo que lleva tiempo intentando resolver.

—Llevaba dos semanas atascado —dice Eric pletórico—. Y tú lo has resuelto en cinco minutos. Eres un crack.

—Tú también lo eres, solo te falta un poco más de práctica. Cuando comencé me pasaba lo mismo que a ti —explica Alejandra—, pero todo es cuestión de tiempo para que este tipo de bloqueos los resuelvas con facilidad.

—Ahora con esto, quienes se descarguen mi aplicación podrán activar el mapa directamente para llegar a la hamburguesería que han elegido sin problema —explica el joven, que está tan contento que le cuesta hablar.

Alejandra está a punto de contestarle cuando siente una especie de energía que le hace girar la cabeza para encontrarse con la mirada más bonita que ha visto en los últimos años. Sonríe porque le encanta ver a Irene recién levantada, sin esa coraza que suele llevar, despeinada y descalza.

—Buenos días, bella durmiente —la saluda la heredera hablándole por primera vez desde que volvieron del ático el día anterior.

—Hola —responde Irene tratando de calmar el temblor corporal que le ha ocasionado

la escena que acaba de presenciar—, ya estáis con el ordenador ese.

—Mamá, no veas qué pasada —se levanta Eric como un resorte—, tiene un entorno de desarrollo integrado que nunca había probado y es genial.

Irene frunce el ceño porque no tiene ni idea de lo que le habla su hijo.

—Es un programa para introducir el código, Irene —intenta explicar Alejandra—, para que la aplicación de Eric funcione hay que escribir algunas órdenes y ese es el lugar para hacerlo.

—Alejandra me ha ayudado y hemos avanzado un montón —sigue Eric mientras se sirve un vaso de agua.

—Veo que no solo sois buenos jugando al tenis —dice Irene y levanta las cejas—, ¿tengo que ponerme celosa?

La risa de Eric es melodía para Irene y la hace más feliz aun cuando el chico se acerca y la abraza con tanto amor, que ella siente que no puede pedirle más a la vida.

Irene decide salir de casa, Eric y Alejandra han vuelto a desconectar de la realidad para sumergirse en ese mundo de códigos y aplicaciones por lo que le envía un mensaje a Vanesa preguntando si pueden verse. Su amiga le contesta de inmediato, y quedan en su casa para tomar un café porque, aunque Irene prefiere que le dé el aire y estar en alguna cafetería, el dichoso acuerdo no le permite relacionarse con nadie de su entorno laboral en público. Ella tiene claro que no va a dejar de ver a Vanesa, pero sí que lo hará con discreción.

—¿Me vas a contar ya lo que te pasa o necesitas más café? —pregunta Vanesa, que lleva media hora sentada frente a Irene y esta habla de todo menos de lo que la ha llevado a su casa.

Irene echa la cabeza hacia atrás en un gesto que a Vanesa le parece de lo más dramático.

—Habla, coño —se impacienta su amiga.

—Tengo un lío importante en la cabeza —suelta por fin Irene—, no sé qué hacer con todo esto.

—¿Con qué? Si no me explicas de lo que hablas, no puedo entenderte, Irene.

Irene resopla.

—Con Alejandra. Cada vez tengo más claro que firmar ese contrato fue un error.

—Pero ¿ha pasado algo?, ¿te ha hecho algo? —interroga Vanesa alarmada, conoce bien los peligros de ese trabajo y, aunque Alejandra no parezca de las que maltrata, no se fía de nadie.

—No, no —se apresura Irene—. Alejandra se porta bien conmigo, sobre todo con Eric —sonríe—. Hemos tenido alguna discusión, pero lo hemos arreglado.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Que me gusta, Vanesa. Alejandra me gusta y mucho —suelta como una bomba y su amiga sonríe mostrando todos los dientes—. Y antes de que lo preguntes —sigue Irene porque sabe lo que viene—, es un problema porque solo estamos juntas porque hay un acuerdo de por medio, porque es la heredera de una farmacéutica y yo una prostituta y porque ella es una mujer.

—¿Mujer?, no entiendo qué tiene eso que ver.

—¿Es lo único que has escuchado? —niega Irene con la cabeza—. Nunca me había corrido con nadie y llega ella y me arranca todos los orgasmos que jamás había sentido. ¿Ahora soy lesbiana? No sé, Vane, estoy hecha un lío.

—A ver, vamos a comenzar por el principio —Vanesa cambia su expresión—. Tú nunca has sentido nada por nadie, Irene, así que no podrías definir tu orientación sexual. Puedes ser lesbiana o bisexual, pero creo que eso es lo menos importante. Porque si has disfrutado con Alejandra estás sintiendo por primera vez en tu vida, cariño, y eso es maravilloso, ¿no crees?

A Irene los ojos se le llenan de lágrimas, durante toda su vida ha pensado que su cuerpo no estaba hecho para disfrutar el sexo, pero para ella no era algo necesario hasta que conoció a la futura dueña de la farmacéutica Prado.

—Si tanto te gusta la chica, trata bien a tu hijo y el sexo es magnífico, disfrútalo, Irene. Si te sientes feliz, no pierdas la oportunidad de vivir esta experiencia dure lo que dure —sigue hablando Vanesa mientras le recoge las lágrimas de la cara a su amiga.

—¿Y cuándo el acuerdo se acabe?

—Se habrá acabado y tú habrás disfrutado como nunca —zanja Vanesa—. Esta es la vida, Irene, y creo que contigo ha sido bastante hija de puta como para que te prives de pasártelo bien.

A Irene no le termina de convencer lo que le dice Vanesa; si por ella fuera, se mantendría lo más alejada posible de Alejandra hasta que llegara su inevitable separación porque está harta de sufrir y sabe que, si se involucra más de lo que está con la heredera, acabará con el corazón hecho pedazos. Pero Irene no es tonta, estar bajo el mismo techo, compartir cama e ir a todos sitios juntas, no hará más que acercarla a Alejandra y si, además, la chica se empeña en tratar a su hijo de esa manera tan bondadosa y empática, que termine más enchochada de lo que está es algo que está escrito.

Irene respira profundo y mira a su amiga.

—Lo intentaré.

Vanesa vuelve a sonreír.

—¡Esa es mi chica! —aplaude—. Por cierto, acuérdate de que la semana que viene es mi cumpleaños. Nada elegante, una cena en casa y poco más, ya sabes que no me gustan las fiestas. Trae a Alejandra, me muero por conocerla.

—A cotilla no te gana nadie —le dice Irene sabiendo que su amiga vive y muere por un buen chismorreó—. Dudo que pueda venir, sus padres han prohibido que me vea con cualquiera que tenga que ver con mi entorno.

—A la mierda esa gente, Irene —Vanesa se levanta y coge dos cervezas de la nevera —, aquí nadie os verá. Solo he invitado a personas de mi entera confianza que ya conoces y estoy segura de que una noche tranquila al lado de Alejandra te vendrá bien. Además, si no vienes, te corto el coño.

Las dos mujeres estallan en una carcajada que relaja a Irene, chocan sus botellas y dan un buen trago a sus cervezas. Irene sabe que Vanesa tiene razón y aunque le cueste, porque tiene miedo de salir herida; intentará por todos los medios disfrutar de esa extraña relación que tiene con Alejandra Prado.

Capítulo 18

De algún modo, Irene se siente más tranquila, después de hablar con Vanesa. Antes de regresar a su casa y, aprovechando que es un día festivo y Eric estará con ella, decide parar y comprar churros con chocolate para almorzar.

Al entrar en casa, se encuentra con una estampa muy parecida a la que ha dejado cuando se ha marchado. Alejandra sigue con su pijama, despeinada y con las gafas mientras sigue explicándole cosas a Eric.

—¿A alguien le apetecen unos churros? —pregunta desde la puerta, y los dos se giran de inmediato.

Eric se levanta de un salto y le arranca la bolsa a su madre de las manos.

—Yo los preparo —dice, sorprendiendo a Irene, que se queda quieta cuando Alejandra se acerca a ella.

—Espero que te gusten —duda Irene.

—Nunca digo que no a unos churros con chocolate, y menos si son en buena compañía —suelta la heredera pasando por su lado, dejando a Irene petrificada.

Durante el almuerzo, Eric no deja de hablar de su aplicación y le explica a su madre todo lo que no comprende de los datos que está metiendo ante la expresión divertida de Alejandra, que se mantiene al margen de la conversación.

—Yo ya estoy —anuncia Eric, deseando volver a su habitación.

El chico se levanta y lleva su taza a la cocina, pero al volver se detiene ante las dos mujeres.

—Todavía tengo algunas cosas que te quiero preguntar —dice dirigiéndose a Alejandra.

—Después irá, Eric, Alejandra y yo tenemos que hablar de algunas cosas —interviene Irene para asombro de la heredera.

—Vale —se encoge de hombros el chaval, que se mete en el cuarto para jugar a su videojuego favorito.

—¿Tenemos que hablar? —entorna los ojos Alejandra, poniendo más nerviosa a Irene.

—Sí —la madre de Eric se levanta para recoger la mesa y Alejandra la sigue para ayudarla.

Cuando acaban de recoger la cocina, Irene entorna la puerta del salón para tener más intimidad y las dos mujeres se sientan en el sofá.

—¿De qué quieres que hablemos? —pregunta Alejandra, que, aunque lo intuye, necesita escucharlo de la boca de Irene.

—De nosotras, de lo que pasó ayer —dispara Irene, nerviosa como si tuviera la edad de su hijo.

A Alejandra la cabeza le da mil vueltas en ese instante. Le encanta que haya sido Irene la que ha sacado el tema, pero, al mismo tiempo, le da un miedo irracional lo que pueda decir al respecto.

—No soy estúpida —sigue Irene, bloqueando los pensamientos de Alejandra de raíz

—. Tengo muy claro quién eres tú y quién soy yo, pero es evidente que conectamos mucho, y es una conexión que a mí me gusta y estoy harta de las tensiones que hay entre tú y yo por tonterías que, al fin y al cabo, no deberían afectarnos porque no tenemos nada.

Eso último, le escuece mucho a Alejandra, pero no lo demuestra porque no quiere interrumpir a Irene.

—Estoy de acuerdo, ¿y qué propones?

—Que nos olvidemos de las tonterías y los malos rollos absurdos y nos dejemos llevar por esto tan... —Irene no sabe cómo describirlo porque es algo que no ha sentido nunca—, guay —dice, y Alejandra se echa a reír ante su desconcierto.

—Perdona, es que has escogido una palabra un tanto extraña para describirlo, pero me gusta —se disculpa la heredera poniéndole una mano en el brazo que abrasa la piel de Irene—. Sigue, por favor.

—Bueno, pues eso —dice ella, que se ha desconcentrado—, que me parece una pérdida de tiempo que andemos discutiendo por tonterías cuando está claro que disfrutamos mucho juntas. Tenemos un contrato que cumplir y no veo razón para que no podamos pasarlo bien durante el tiempo que nos queda. Sinceramente, prefiero escucharte gemir antes que gritar —dice acelerando el corazón de Alejandra.

—Pues estoy de acuerdo —dice Alejandra.

—¿Sí?

—Por supuesto, a partir de ahora, nada de discusiones tontas ni de estar tensas después de un buen... —ahora es Alejandra la que piensa y también baja la voz para asegurarse de que Eric no escucha lo que piensa—. No quiero decir polvo, me parece vulgar teniendo en cuenta lo bien que me lo pasé ayer. Fue mucho más que eso, cuando estoy contigo siento que puedo rozar las nubes con los dedos, es como si flotara.

La que flota es Irene, porque eso es precisamente lo que siente ella cuando está con Alejandra, pero no quiere demostrarlo porque sabe que no sirve de nada, aunque lo que no puede evitar es que una sonrisa tonta se le expanda por el rostro.

—Bueno, pues tenemos otro pacto —dice y extiende la mano hacia Alejandra que, al mismo tiempo que se la estrecha, aprovecha para dar un suave tirón, atraer a Irene y darle un beso en los labios.

—Intenta que Eric no nos vea —dice, atontada por el beso.

—Tranquila, estaba controlado —asegura Alejandra satisfecha.

—Hay otra cosa —sigue Irene.

—¿Más?

—Sí. Esta semana es el cumpleaños de Vanesa, mi mejor amiga, y bajo ninguna circunstancia pienso faltar a la cena que ha preparado.

—¿Dónde es? —pregunta Alejandra, temerosa.

—En su casa, no te preocupes.

—De acuerdo, ¿y cuál es el problema?

—Que quiero que vengas conmigo. Vanesa te quiere conocer y a mí me encantaría que me acompañases, aunque no sé si a tus padres les hará gracia —duda Irene.

—Hace mucho tiempo que dejé de darles explicaciones, aunque a veces se enteren de muchas cosas —tuerce el gesto Alejandra—. Pero si tú quieres que te acompañe al cumpleaños, no hay ningún problema, iré encantada, simplemente hemos de ser precavidas y ya está.

—Allí no habrá problema, la cena es en su apartamento. Vamos, cenamos y nos

venimos; nadie podrá vernos, y Vane ya sabe que no puede subir fotos a ningún sitio.

—Genial entonces —dice Alejandra, y se queda mirando a Irene con cara de pasmo.

—¿Qué?

—¿Te puedo hacer una pregunta personal? —tantea Alejandra, que, después de la conversación que acaban de tener, considera que hay suficiente confianza como para lanzar la duda que le ronda la cabeza desde que conoce a Irene.

—Puedes, pero no te prometo que vaya a contestar.

—El padre de Eric, ¿dónde está? —pregunta Alejandra y, cuando ve cómo cambia la expresión de Irene, se da cuenta de que no debería haber hablado—. No importa, no contestes —se apresura a decir, angustiada porque no quiere que esa nube gris se quede sobre Irene.

—Es que no quiero hablar de eso.

Alejandra le da un beso repentino en la mejilla que descoloca a Irene y la hace sonreír.

—Arriba —Alejandra se levanta y le ofrece una mano a Irene, que arruga una ceja con gesto interrogante—. Fíate de mí —insiste la heredera.

Irene lo hace y toma su mano para después levantarse y seguirla hasta el interior del baño, donde Alejandra cierra la puerta con sigilo y acorrala a la dueña de la casa contra la pared en medio de un ataque de risa tonta que le entra a Irene ante la encerrona.

—¿Qué haces? Eric podría escucharnos —susurra sin dejar de reírse, mientras Alejandra reparte besos por su cuello hasta que sube hasta su boca.

—Solo unos besitos —pide melosa, pero sus manos se deslizan con ansia incontrolable por el cuerpo de Irene, que es incapaz de resistirse.

Capítulo 19

—Voy a correrme —suelta Irene entre gemidos.

—Espera un poco —le pide Alejandra con sus dedos dentro de la chica mientras recibe lo mismo por parte de Irene—. Quiero correrme contigo.

Desde hace un par de días, cuando hablaron de su relación, las dos han estado más relajadas y, como dos adolescentes, usan cada rincón de la casa para robarse besos a escondidas. Esa mañana, y aprovechando que se había despertado pronto, Alejandra abrió los ojos muy cachonda y le dio los buenos días a Irene con la lengua pegada a su clítoris. Las dos acallan sus gemidos como pueden; Irene sabe que su hijo sigue durmiendo, pero teme que se levante antes de lo usual y pueda oírlas.

Cuando ambas mujeres se liberan, se quedan abrazadas durante unos minutos, en silencio y disfrutando de los coletazos de ese orgasmo maravilloso que han tenido. Pero Alejandra, que no quiere dañar el momento, suspira profundo antes de hablarle a su novia ficticia acerca del mensaje que recibió la noche anterior.

—¿Estás bien? —pregunta Irene, que ha sentido que a Alejandra se le cortaba la respiración.

—Sí —dice la heredera y enfoca a Irene—. Mis padres me han avisado de que tenemos una comida con ellos hoy.

Irene se tensa, disfruta el tiempo que pasa con Alejandra, pero de solo pensar que tendrá que ver a Francisca y Ernesto Prado, la acidez estomacal se hace presente.

—¿Dónde será?

—En casa. Mi madre organiza estas comidas una vez al mes, a las que asisten varias familias del entorno y lo que en principio es un encuentro amistoso, realmente es una encerrona para que se hagan donativos a diferentes causas o proyectos —cuenta Alejandra y pone los ojos en blanco.

—Vaya, a tu familia sí que les va eso de las encerronas —opina Irene y sonríe al escuchar la carcajada de Alejandra.

—Lo siento —dice la heredera, recordando aquel día en que su padre contrató a Irene para que al final acabara firmando un acuerdo.

Irene la mira y no puede dejar de sorprenderse de lo mucho que le gusta Alejandra, su rostro es perfecto, pero lo que a ella le enloquece es esa mirada tan pura que tiene y el destello que percibe cuando las dos se miran.

Alejandra se acerca y la besa con tanta suavidad que el corazón de Irene se sacude con violencia.

—Tengo que levantarme, Eric está a punto de despertarse —dice Irene turbada.

—Vale, yo tengo que trabajar unas horas, pero volveré para que nos vayamos a casa de mis padres.

Varias horas después y ambas vestidas para la ocasión, Alejandra e Irene atraviesan la puerta principal de la mansión Prado, cogidas de la mano bajo la atenta mirada de los invitados. Las mujeres saludan a varias personas, intentando alargar el momento en que

tengan que acercarse a los anfitriones, pero Francisca, haciendo alarde de su poder, le hace una seña con disimulo a su hija para que vayan a donde ella se encuentra.

—¿Estás preparada? —susurra Alejandra mientras caminan hacia el centro del salón.

—No —suelta Irene—, tu madre siempre tiene esa expresión que da miedo.

—No te preocupes, es el bótox.

Las dos se ríen hasta casi ponerse rojas y a Francisca la espalda se le pone más recta de lo habitual. No le gusta lo que ve.

—¿Qué os parece tan gracioso? —pregunta la madre de Alejandra.

—Madre, ¿qué tal estás? —dice la heredera ignorando la pregunta de su progenitora.

—Habéis llegado tarde —suelta Francisca.

—Hemos llegado a la hora adecuada. Te recuerdo que tengo un trabajo que cumplir en la farmacéutica y no puedo estar donde tú quieras cuando quieras —contesta Alejandra con un tono de voz que denota la molestia que siente cuando su madre intenta controlarla.

—Ve a saludar a tu padre, enseguida servirán la comida.

Ernesto Prado intercambia unas pocas palabras con las mujeres, su rictus serio y su frialdad están más presentes que nunca, aunque con el resto de los invitados se muestra cordial. Siempre ha sido así con Alejandra, así que la heredera no se impresiona.

Durante la comida, que a Irene le parece exagerada, todo transcurre con normalidad. Es notoria la hipocresía que se respira, pero tal y como Alejandra le ha explicado en varias ocasiones, es lo normal entre esa clase de personas. Tanto la una como la otra no paran de hacerse comentarios entre susurros, de reírse y tocarse con disimulo, lo que no pasa desapercibido a los ojos de halcón de Francisca Laínez que, desde un principio, no estuvo de acuerdo con ese plan que elaboró su marido, pero que ahora confirma que no es más que una locura que traerá muchas consecuencias.

—Te dije que esto no iba a salir bien —dice Francisca, sonriendo falsamente mientras le habla a Ernesto.

—¿De qué estás hablando?

—Del acuerdo al que llegaste con la puta. Míralas, parece que estén enamoradas —suelta con desprecio—. Esto nos traerá problemas, ya conoces a Alejandra.

—Tu hija y su manía de fijarse en un par de tetas —Ernesto tira la servilleta de tela con rabia sobre la mesa—, si hubiera aceptado a Enrique Benítez, ya estaría casada, con hijos y la farmacéutica en bolsa.

—Vamos a hacernos las fotos y que se vayan, Ernesto. No soporto ver esta escena tan dantesca.

El acto transcurre como una película en la que una familia feliz posa ante la cámara junto con amigos y socios. El fotógrafo no para de disparar su máquina, captando todo lo que Francisca le va indicando. Cuando acaban, hacen un brindis en el que los anfitriones agradecen la asistencia, futuras alianzas y los donativos.

Después de dejar las copas, Ernesto, incapaz de controlarse al ver como Irene y Alejandra intercambian una sonrisa, se acerca a su hija y la coge por un brazo arrastrándola a una esquina discreta como cuando era una niña y la reñía porque no se comportaba correctamente.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —le pregunta el dueño de la farmacéutica con los dientes apretados.

—No entiendo a qué te refieres —dice Alejandra inocentemente, notando cómo la mano alrededor de su brazo empieza a hacerle daño.

—No me tomes por tonto, si he llegado hasta donde estoy no es por serlo. Cuidado con lo que haces —la amenaza—, te veo muy cariñosa con la puta y te recuerdo que esto es un acuerdo y que se acabará pronto.

Un rayo parece atravesar a Alejandra y de un tirón se suelta del agarre de su padre. Toda su vida la ha tratado con dureza y después de que ella saliera del armario, el trato pasó a ser déspota y humillante, pero que la siga controlando como a una cría y además hable así de Irene, es más de lo que puede soportar. No le da tiempo a vomitar el veneno que tiene dentro porque la mentada llega y se detiene a su lado.

—¿Ocurre algo? —pregunta Irene mirando a Alejandra con preocupación. Desde que Ernesto se la llevó de esa forma, no ha despegado sus ojos de la escena que, desde luego, no le estaba gustando nada y ha decidido acercarse.

—Nadie te ha llamado —escupe Ernesto—. Vete, que esto es una discusión familiar y no es tu problema.

—Claro que me concierne —se envalentona la chica de compañía—, a ojos de todos, Alejandra y yo somos pareja y, en consecuencia, me preocupo por lo que pueda estar ocurriendo.

Ernesto e Irene inician un duelo de miradas cargadas de desprecio y es tan evidente que Francisca acelera el paso para llegar hasta ellos e intentar frenar lo que sea que esté pasando.

Irene la ve, detesta a la mujer con la cara de plástico y decide que no quiere estar allí ni un minuto más.

—Cariño, ¿estás lista para irnos? —pregunta, y estira el brazo para tocar a Alejandra.

—Vámonos —contesta la heredera, y la toma de la mano para marcharse sin decir nada más, dejando a sus padres con las miradas encendidas ante el desplante que acaba de hacerles su hija.

Las dos salen de la mansión en la que creció Alejandra y se suben al coche en silencio. Irene la observa sin saber qué decir porque lo único que siente es la furia corriéndole por las venas al darse cuenta del trato que su novia ficticia ha recibido de su padre. Solo ha llegado a escuchar cómo Ernesto le reprochaba las miradas de cariño que Alejandra tenía con ella, y no puede evitar preguntarse si esa actitud es parte del acuerdo o no.

—Realmente me siento así —habla Alejandra como leyendo la mente de Irene—, mi padre ha notado que a tu lado estoy bien. Que de verdad me gustas y que nada de lo que hago contigo es fingido.

A Irene la confesión la pilla con la guardia baja. Ella, que nunca se ha enamorado porque siempre ha tenido una vida de mierda en la que luchar para sacar adelante a su hijo, le cuesta asumir ese cariño que Alejandra le está demostrando, pero comprende que la chica puede estar sintiendo lo mismo con ella. Y le da rabia, rabia porque por primera vez siente algo por alguien que la trata con respeto y ese sentimiento, que comenzó con su firma estampada en un acuerdo, tiene fecha de caducidad.

Capítulo 20

La frustración se apodera de Irene y siente que comienza a faltarle el aire. Piensa en lo que acaba de decirle Alejandra y no concibe que la vida sea tan injusta con ella como para dejar que se enamore de la única mujer a la que no puede tener.

—Irene, ¿qué te pasa? ¿He dicho algo malo? —se preocupa Alejandra cuando ve que se lleva la mano a la boca.

El llanto repentino contesta por ella y Alejandra siente como si le estuvieran arrancando un trozo de corazón al percibir toda esa tristeza que se desprende en cada sollozo.

—Dime qué te pasa, por favor —la abraza la heredera.

Pero Irene no puede hablar, el llanto la está asfixiando y necesita dejar que salga. Alejandra por fin lo comprende y no le insiste.

—Vale —le susurra, mientras le acaricia el pelo y le da besos en la cabeza—, ¿qué te parece si nos vamos a casa y hablamos tranquilamente allí? Después pasamos por el club de tenis a recoger a Eric —añade mirando la hora.

Irene asiente entre el calor de sus brazos y permanecen unidas hasta que logra calmarse.

—Siéntate, voy a preparar algo de beber —dice Alejandra señalando el sofá cuando entran en su ático.

—Voy al baño antes —dice Irene.

—Claro, estás en tu casa —Alejandra le sonríe y decide preparar unos cócteles que cree que les irán bien a ambas. A ella para digerir el mal trago con su padre y a Irene para ayudarla a relajarse y contarle lo que le pasa.

Cuando ya los tiene listos, va directa hacia el salón y no puede evitar que el corazón le dé un acelerón al ver a Irene allí, sentada de lado en su sofá con los pies descalzos. Mientras deja las copas en la pequeña mesa que tiene delante, Alejandra se pregunta cuántos detalles tontos como ese seguirá encontrando que le gusten de Irene.

—¿Estás mejor? —pregunta sentándose sobre su pierna, muy cerca de Irene.

—Sí, lo siento, es que a veces tengo la sensación de que la vida es muy injusta conmigo, pero después pienso que hay gente en situación peores y me siento absurda —sonríe amargamente.

Alejandra, sin saber de qué le habla, ya nota una bola estrangulándole la garganta y tiene que beber un poco para calmar el dolor que le produce.

—Estoy muy perdida si no me lo cuentas, Irene —dice haciéndole una caricia en el brazo—. ¿Es por lo que te he dicho? ¿Porque me gustas?

Irene sonríe cuando un cosquilleo repentino y caliente le recorre el pecho al volver a escuchar esas palabras.

—Supongo que sí —dice y se sorbe los mocos—, porque tú también me gustas mucho —admite y el corazón de Alejandra arde como si le hubieran prendido fuego.

—Y lo tenemos todo en contra —dice la heredera con un suspiro mientras Irene asiente pasándose los dedos por los lagrimales para limpiar esa agua salada que se empeña

en volver a salir.

Alejandra la mira, entre hipnotizada e impotente cuando percibe que Irene lo ha tenido todo en contra, y esto que les pasa es otra cosa más a la que debe enfrentarse.

—¿En qué ha sido injusta la vida contigo, Irene? Cuéntamelo, por favor —le suplica apretando su mano.

Irene da un buen trago a su copa mientras piensa por dónde comenzar. La única persona que conoce todo su pasado es Vanesa y, aunque le costó mucho hablarle de ello, sintió mucho alivio al hacerlo. Al sacar lo que llevaba dentro fue cuando comenzó a recuperarse emocionalmente, y ahora le apetece compartirlo con Alejandra, porque se siente demasiado conectada a ella como para ocultarle la parte más importante de su vida, la que definió todo su futuro y la convirtió en la mujer que es ahora.

—El otro día me preguntaste por el padre de Eric —dice y vuelve a sorberse los mocos.

—Sí —contesta Alejandra en un susurro que apenas se escucha.

Irene mira al techo mientras toma aliento, sin saber cómo comenzar.

—Mis padres son alcohólicos, los dos. Lo son desde que yo tengo memoria, así que me crie en una casa en la que digamos que solo era un elemento incómodo del que se ocupaban cuando se acordaban. La mayoría de los días entre semana, mi única comida era la que me daban en el comedor del colegio y los fines de semana alguna vecina dejaba tápers en la puerta.

—¿Y los servicios sociales? —pregunta Alejandra perpleja.

—No lo sé —Irene se encoge de hombros—, por allí nunca aparecieron, y si lo hicieron, mis padres se encargaron de deshacerse de ellos. El caso es que de vez en cuando, mi madre intentaba dejarlo y estaba lúcida unos pocos días. Esos eran buenos —Irene sonríe—, me llevaba al parque, a comer hamburguesas o intentaba ayudarme a hacer los deberes, pero después volvía a caer.

Alejandra abre la boca, pero no sabe qué decir y simplemente sigue apretando la mano de Irene.

—Era así siempre, y conforme fui creciendo, aprendí a apañarme yo sola para todo y me acostumbré a sus gritos, a sus risas histéricas, a entenderlos cuando apenas podían hablar y a soportar que cada día armaran jaleo con algunos amigos suyos hasta las tantas de la madrugada. Yo solo tenía un objetivo, sacarme el graduado, buscar trabajo en cualquier sitio y largarme en cuanto cumpliera los dieciocho.

—¿Y qué pasó? —pregunta Alejandra, que intuye que ahora viene la peor parte.

—Tenía dieciséis años. Mis padres estaban en el salón con un amigo y yo en mi habitación, como siempre, esa era mi zona segura. Pero aquella noche no me sirvió. Su amigo aprovechó que ellos estaban tan borrachos que no podían moverse para venir a mi habitación.

Alejandra deja de respirar y las manos comienzan a temblarle.

—Intenté echarlo. Pataleé y grité todo lo que pude, pero era más fuerte que yo y me dio tal bofetón en la cara que me quedé en un estado semiinconsciente en el que no podía seguir defendiéndome, pero sí que era consciente de todo lo que me hacía. Me violó mientras mis padres estaban en el salón sin enterarse de nada.

Alejandra rompe a llorar de manera abrupta, tan conmovida, que es la propia Irene la que tiene que consolarla entre sus propios sollozos.

—Si sigues llorando, no podré terminar de contártelo —le dice y sonríe en medio de

ese llanto.

Alejandra asiente y se limpia los ojos lo más rápido que puede mientras intenta tragar saliva.

—Lo siento, es que... No me lo esperaba —dice angustiada.

—Ya, supongo que nadie se espera que los que te tienen que proteger, metan en tu casa al hombre que te va a violar y estén tan borrachos que ni se enteren.

—Dios mío... —Alejandra niega lentamente con la cabeza, todavía consternada.

—Al día siguiente se lo conté a mi madre. Estaba tan resacosa que al principio ni siquiera reaccionó, me dijo que hablaría con mi padre y siguió durmiendo. Comprendí que estaba sola, para eso y para todo en la vida. No me llevaron al hospital ni lo denunciaron, y al cabo de unos meses, nos dimos cuenta de que estaba embarazada. Mi madre me dijo que lo mejor era tenerlo para evitar problemas con la policía, que ellos me ayudarían a criarlo.

—Madre mía —dice Alejandra cada vez más impactada.

—Desde el principio me sentí muy conectada a Eric. Supongo que me sentía tan sola en aquella casa y la vida en general, que lo único a lo que podía aferrarme era a aquella vida que tenía dentro. Lo quise desde el principio a pesar de lo que había pasado y, cuando nació —Irene ahora sí que sonríe con felicidad—, supe que haría cualquier cosa por mantenerlo a salvo, y para eso tenía que alejarlo de mis padres. Eric fue la primera persona que sentí que me veía, ¿sabes? —sigue sonriendo Irene—. Él me miraba y, aunque todavía no veía, sabía que yo estaba ahí, me sentí importante para alguien por primera vez en mi vida.

De nuevo, Alejandra vuelve a llorar, aunque esta vez Irene ya está más recompuesta y no se contagia, simplemente la abraza.

—Debería ser quien te consolara —balbucea Alejandra, haciendo reír a Irene.

—Me consuela que estés aquí conmigo, escuchando mi historia, eso es más que suficiente —dice, aunque lo que verdaderamente la conmueve por dentro, es que a Alejandra le afecte tanto su dolor.

—A mí puedes contarme lo que quieras siempre —dice mientras se pasa las manos por la cara.

Irene mira el reloj antes de dar otro trago a su copa.

—Falta poco para que Eric salga del entrenamiento.

—Entonces tienes poco tiempo para terminar de contarme la historia —arquea una ceja Alejandra, intentando aportar un gesto divertido entre tanta amargura.

—No hay mucho más. Cuando Eric tenía poco más de un año y yo cumplí los dieciocho, una amiga del colegio que se había mudado a la ciudad con su novio me dijo que me podía ir con ellos y no lo dudé. Cogí a mi hijo y me marché. Estuve unos meses con ellos trabajando de camarera en dos bares diferentes y guardando todo el dinero que podía. Cuando pude, me mudé a un apartamento destartado con Eric, lo apunté a una guardería y gracias a una vecina que me ayudaba a cuidarlo, podía trabajar e íbamos tirando con lo justo. Así estuve hasta que él cumplió los seis años, creo —dice pensativa—. Me puse enferma y perdí dos de los trabajos, y entré en un bucle en el que iba de un lado a otro con trabajos de mierda que no me daban para nada. Echaba un montón de horas y apenas veía a mi hijo y, además, había meses que no llegaba. Entonces conocí a Vanesa en uno de los bares donde me llamaban de vez en cuando para suplir bajas. Nos caímos bien y cuando le conté mi situación, me habló de su trabajo, no le hizo falta decirme los contras, pero me dijo que podía ganar mucho dinero en pocas horas y que no tenía por qué volver a pasar apuros para llegar a final de mes.

Alejandra deja salir todo el aire de sus pulmones.

—Aquella noche volví a casa y estuve una hora sentada en la cama de Eric observándolo dormir. Para entonces acababa de heredar el terreno donde ahora tengo la casa, sin embargo, no tenía dinero para pagar los impuestos y la iba a perder. Vi la oportunidad de tener algo que fuera nuestro, mío y de él, nuestra propia casa, pero, sobre todo, la opción de no tener que decirle que no podía cada vez que me pedía algo. Así que aquella misma noche llamé a Vanesa y le dije que aceptaba. Siempre siento repulsión, pero los primeros meses —la mirada de Irene se queda vacía—, pensaba que no podría soportarlo, siempre terminaba en el baño vomitando, me salían heridas en la comisura de los labios y me sentía como una basura.

—No sabes cuánto lo siento, Irene —dice Alejandra.

—Vanesa me ayudó mucho. Hablaba conmigo, me daba consejos y me enseñó a desconectarme. Al poco tiempo empezamos a trabajar para Anabel, la dueña de la web donde me contrataste. Ahí la cosa mejoró mucho, eran otro tipo de clientes, pagaban mucho más y se trabajaba menos. En el último año es cuando he comenzado a respirar un poco, puedo pagar las cuotas de la casa, los gastos de Eric y las facturas —sonríe de nuevo y se levanta.

Alejandra mira el reloj y las dos se van directas hacia el aparcamiento para ir a buscar a Eric.

—Y tus padres, ¿has vuelto a saber algo de ellos? —pregunta Alejandra en el coche.

—De mi madre. Se puso en contacto conmigo hace un par de años. Se ha rehabilitado y quería retomar la relación conmigo y conocer a Eric.

—¿Y qué has hecho?

—Yo no puedo, pero tampoco le puedo prohibir a Eric que conozca a su abuela si quiere hacerlo. Hablé con él y se lo dije.

—Espera, ¿Eric sabe lo que pasó de verdad? Me refiero a...

—No. Eric solo sabe que sus abuelos eran alcohólicos y me dieron una vida de mierda, pero no sabe quién es su padre en realidad. Le dije que me acosté con un compañero del instituto cuyos padres se mudaron al extranjero y nunca supe nada más de él.

—¿Y qué ha decidido sobre su abuela?

—Tiene curiosidad. Su única familia soy yo y al saber que estaba rehabilitada, me preguntó si me importaba que hablase con ella. Desde entonces se hacen una videollamada al mes.

—¿Y tú cómo llevas eso? —se interesa Alejandra mientras detiene el coche frente al centro deportivo.

—Me molesta escuchar su voz —reconoce con tristeza—, así que cuando sé que van a llamarse, me voy a dar una vuelta y no vuelvo hasta que Eric no me avisa. No me importa que él tenga contacto, pero yo no puedo, dudo mucho que pueda perdonarles alguna vez lo que pasó, a pesar de que Eric sea lo mejor que tengo.

—Hablando de Roma —dice Alejandra haciendo un gesto hacia el frente al mismo tiempo que, sin darse cuenta, coge la mano de Irene.

Irene mira al frente y ve salir a Eric, con su expresión risueña, la bolsa deportiva al hombro y el pelo húmedo tras la ducha.

—Es clavado a ti —dice Alejandra—, cuando tenga un par de años más, se las va a tener que quitar de encima.

Las dos se echan a reír y Eric sube al coche.

—Abre esa lista tuya, Eric —dice Alejandra—, vamos a probar hamburguesas.

Irene la mira con ternura y le aprieta la mano, y ahí las dos se dan cuenta de que todavía las tienen unidas. Esa noche es la primera que, cuando se acuestan, no se limitan a darse la espalda como habían hecho desde que comenzó el trato. Tampoco follan movidas por esos calentones que les cuesta tanto controlar, esa noche se abrazan e Irene se queda dormida sintiendo por primera vez la tranquilidad de tener al lado a alguien que la quiere y se preocupa por ella.

Capítulo 21

—¿Estás lista? —pregunta Irene entrando a la habitación y quedándose petrificada al ver a Alejandra colocándose el reloj de pulsera.

Ha llegado el día del cumpleaños de Vanesa y tal como habían planificado, ambas mujeres se han preparado para asistir a la celebración. Eric se ha quedado en casa de un compañero, el único con el que parece compartir todos sus hobbies, y a las mujeres les ha venido de perlas porque Irene podrá relajarse sin sentirse una mala madre por dejar a su hijo solo en casa mientras ella está en una fiesta.

Alejandra se ofreció a llevar al chico a casa de su amigo mientras Irene se vestía para la ocasión. Cuando la heredera volvió, fue su turno de ducharse y enfundarse en unos pantalones de cuero, una camiseta de algún grupo musical y unas botas negras. A la chica de compañía se le cae la baba, ha visto a Alejandra ataviada con vestidos y trajes que le quedan de muerte, pero como más le encanta verla es con ese estilo desenfadado que a veces suele usar menos de lo que a ella le gustaría.

—Sí, solo me falta el perfume y podemos irnos —contesta Alejandra, ajena a los pensamientos lujuriosos de Irene.

—Estás muy guapa —dice Irene y a Alejandra le vibra el alma, no está acostumbrada a recibir esa clase de elogios de la chica.

—Tú también —contesta y se acerca para besar esos labios que tanto le gustan.

Lo que pretendía ser un beso casto de inmediato se convierte en un incendio de grandes dimensiones. Alejandra siente la lengua de Irene jugar dentro de su boca y la heredera no puede evitar apretarle el culo mientras suelta un aullido de placer. Toma el control y pega a Irene a la pared, le muerde el labio inferior e intenta abrirle el botón del vaquero.

—Para, para —dice Irene sofocada—, tenemos que irnos al cumpleaños y ya vamos tarde.

—No, por favor —dice Alejandra haciendo un puchero.

Irene sonríe y niega con la cabeza. Le encanta ver esa faceta mansa de Alejandra.

—Recuerda que Eric no duerme en casa esta noche —dice Irene como toda respuesta y a Alejandra se le ensancha la sonrisa y se le ilumina la mirada al entender que, si el chaval no está, ellas podrán follar por toda la casa.

—Deja de imaginarte guarradas y vámonos ya —comenta Irene con la confianza que siente tener con la heredera.

Media hora después, llegan a casa de Vanesa. Un apartamento modesto ubicado en una zona promedio donde hay bares y restaurantes, pero también colegios y guarderías. La cumpleañosera las recibe con cordialidad y presenta a Alejandra a los pocos invitados que han asistido a la celebración.

Vanesa ha encargado un catering sencillo, pero que ha dejado a todos muy satisfechos, sobre todo a Alejandra, que le ha encantado lo que ha comido y ha devorado lo que ha caído en su plato. La cena ha transcurrido entre anécdotas y recuerdos y la heredera no ha podido pasar desapercibida la manera en que todos la involucraban en la

conversación, escuchan las historias que ella también cuenta y la familiaridad con la que la tratan. A medida que transcurre el tiempo, varios cócteles han pasado por su mano e Irene se da cuenta de que a su acompañante le empieza a patinar un poco la lengua, así que se la lleva a un pequeño sofá de dos plazas que está en la esquina del salón y que les confiere algo de intimidad.

—¿Lo estás pasando bien? —le pregunta Irene mientras le pasa un mechón de cabello por detrás de la oreja.

—Genial —sonríe Alejandra y le da un beso en los labios—. Creo que nunca me he sentido así.

—¿De qué manera? —frunce el ceño, confundida.

—No sé, quizá acogida sea la palabra. Tengo pocos amigos por no decir casi ninguno y te aseguro que no me siento así de bien cuando estoy con ellos —responde Alejandra y se pega más a Irene.

A Irene ese comentario hace que su mente empiece a girar con rapidez. Es cierto que mientras ella y Alejandra han compartido techo, la heredera solo se ha limitado a ir a la farmacéutica, a su ático y al club para quedar con una amiga, pero ella ha creído todo este tiempo que era por cumplir el acuerdo de sus padres al pie de la letra.

—Pero alguna vez me has hablado de una chica, ¿Natalia?

—Nerea —la corrige Alejandra—, la conozco desde que éramos pequeñas. Digamos que nuestra amistad era lo que se esperaba. Pertenecemos al mismo círculo, nuestros padres son amigos e incluso frecuentamos el mismo club, pero ella es —suspira y se lo piensa por unos segundos—, una mujer especial, competitiva y con una personalidad algo delicada.

—Bueno, pero eso es normal, ¿no? Vanesa es muy diferente a mí, más alocada y extrovertida, pero igualmente la considero mi mejor amiga.

—No me refiero a eso, estoy segura de que a Vanesa se lo puedes contar todo y ella te escuchará, o si tienes un problema, intentará ayudarte —Alejandra hace una pausa y ve cómo Irene afirma con la cabeza—. Nerea, no. Cuando supo que me gustaban las mujeres, por poco pierde la cabeza y me preguntó si estaba enamorada de ella, como que si por ser lesbiana me tendrían que gustar todas las chicas. Nunca me ha aceptado del todo, de hecho, aunque fue ella quien me recomendó la casa de citas donde te conocí, jamás ha querido saber nada más allá. No he podido contarle una intimidad y cuando alguna de mis relaciones se ha roto, no le ha dado ninguna importancia a lo que yo pudiera estar sintiendo.

Irene eleva las cejas, impactada. Ella, que ha sido una desgraciada casi toda la vida, puede decir que se ha topado con muy buenas amistades. Ingrid y Raúl, quienes la acogieron en la ciudad cuando se marchó de casa de sus padres, fueron un gran apoyo y en la actualidad conservan ese gran lazo que los une, aunque ellos ahora vivan en el extranjero. Vanesa comenzó siendo una clienta más del bar en el que trabajaba, pero se convirtió en casi una hermana, siempre la ha apoyado y jamás ha dudado en ayudarla en lo que sea, incluyendo los cuidados de Eric.

—¿Y el resto? En todos los eventos que hemos asistido saludas a mucha gente.

—Son conocidos, pero nunca me he sentido atraída hacia esa gente. Hijos de papá que se limitan a gastar la fortuna familiar. Personas vacías que no quiero tener en mi vida —dice Alejandra con rotundidad—. Con algunos estudié la carrera y en la universidad nos llevábamos bien hasta que dejé de asistir a las fiestas absurdas que hacían o a sus viajes elitistas a islas privadas. En ese momento salí del círculo y jamás volví a entrar. Además, me centré en acabar la universidad lo antes posible y callar a mis padres.

—¿Por qué callarlos? —Irene parece una entrevistadora de un programa rosa, pero ese magnetismo que siente por Alejandra le hace querer saberlo todo sobre ella.

—Estudié empresariales porque me obligaron —dice Alejandra con un nudo en la garganta recordando a Ernesto Prado diciéndole que no entraría a la facultad de ingeniería—. Me han educado para llevar la farmacéutica cuando mis padres se jubilen y ya está. Ni Jorge ni yo hemos podido elegir.

—¿No te gusta lo que haces? —Irene abre los ojos al darse cuenta de que, aunque Alejandra lo ha tenido todo, en realidad no tiene nada.

—Creo que ya me he acostumbrado, llevo muchos años dirigiendo una parte de la farmacéutica, pero realmente mi pasión es otra —Alejandra ahora sí sonríe—. Tengo mi propia empresa, hace años que la fundé y va muy bien. Nadie lo sabe, pero pude sacarme la ingeniería, se me da bien, así que comencé creando una aplicación que luego fue creciendo y ahora hacemos todo tipo de gestores de contenido. Muchas páginas web usan nuestros servicios, agencias, estudiantes. Estamos en todas partes.

Irene abre la boca impresionada porque no solo es una mujer cariñosa y atenta, sino que también es inteligente, perseverante y una gran empresaria.

—Claro, por eso siempre resuelves todas las dudas de Eric, tienes ese ordenador inmenso y parece que todo lo que te cuenta mi hijo es algo normal para ti. Eres una caja de sorpresas, Alex.

Es la primera vez que Irene usa ese diminutivo y a la heredera le encanta, pero su sonrisa se apaga porque lleva mucho tiempo decepcionada de ella misma.

—Pero no tengo los cojones de dejar tirados a mis padres —se lamenta—, y no entiendo el motivo. No sé si es miedo, pena o que me han manipulado tanto que no sé cómo salir de ahí. Hace años que no dependo del dinero de la farmacéutica, mi empresa genera lo suficiente y no necesito más.

—Llegará el momento en que tengas la fuerza para hacerlo —zanja Irene—. A veces no entendemos por qué no tomamos ciertas decisiones en un momento determinado, pero siempre hay una explicación. Para estas cosas se necesita tiempo, preparación, vivir experiencias que te abran los ojos. Sé que vas a lograrlo.

A Alejandra el pulso se le dispara, nunca ha tenido a nadie a su lado que la entienda y mucho menos que le infunda valor para dar pasos que jamás se ha atrevido. Le duele el pecho de pensar que esa mujer es Irene Verdejo y que entre ellas exista un abismo demasiado grande.

La empresaria no dice nada, solo ladea una sonrisa triste y le acaricia con ternura la mejilla a Irene. La chica intuye lo que Alejandra está pensando y ella también siente esa punzada de dolor que la atraviesa, por lo que se limita a besar esa mano que la toca y luego a abrazarla con fuerza.

—¿Te parece si nos vamos? —pregunta Irene pegada a su oído.

—Sí, creo que me he pasado con los cócteles —confiesa Alejandra lo que su compañera ya sabe.

—Tranquila, solo espero que te lo hayas pasado bien.

—A tu lado siempre me lo he pasado muy bien —dice Alejandra e Irene tiene que apretar las piernas con fuerza porque no sabe si es la conversación, la copa o el momento, pero el recuerdo de Alejandra gimiendo mientras Irene la follaba, cruza su mente de manera tortuosa.

Irene se limita a levantarse y junto a Alejandra se acerca al grupo de invitados que

están hablando de salir a un bar de copas que está a unas cuantas calles del apartamento. Las dos declinan la invitación y la despedida se alarga más de lo que querían porque Vanesa no ha dejado de llamarlas señoras e insistir para que fueran al menos a bailar un rato.

—Esta me la debéis —señala Vanesa con una fingida molestia—, que somos jóvenes, no tenemos ochenta años.

—¿No cumples hoy cincuenta? —bromea Irene.

—No, los cumples tú dentro de dos semanas —dispara Vanesa sonriendo con malicia.

—Prometo que para la próxima vamos a todos los garitos que quieras —dice Alejandra con una mano levantada escenificando un juramento—, pero hoy no puedo con mi alma, las copas se me han subido a la cabeza y prefiero ir a casa a descansar.

Diez minutos después, la pareja, por fin, sale del piso y llegan hasta el coche. Irene le quita las llaves y se sienta frente al volante lista para conducir. Van en silencio, Alejandra lleva los ojos cerrados y su mano izquierda apoyada en el muslo de Irene. No tardan mucho en llegar a casa y, cuando la heredera pone un pie en la calle, el mundo se sacude y ella tiene que agarrarse a la puerta para no tambalearse.

—No ha sido buena idea ir en el coche con los ojos cerrados —suelta y se pasa la mano por la cara.

—Para la próxima vez, por cada copa, beberás dos vasos de agua —dice Irene, casi experta en la materia mientras se acerca para ayudarla a caminar hasta la casa.

Llegan a la habitación a trompicones e Irene empieza a quitarle la ropa a su compañera, no quiere que duerma incómoda.

—No será mi mejor noche, pero intentaré que disfrutes —balbucea Alejandra mientras Irene lucha contra el pantalón de cuero.

—Aquí nadie va a disfrutar nada, tú vas a dormir y yo me iré a la ducha —dice Irene riendo.

—Vaya, y yo que pensaba que sería una noche caliente —susurra Alejandra casi dormida.

—Lamento decepcionarte —dice Irene irónica.

Irene acaba de desnudar a Alejandra y como puede le pone una camiseta. Satisfecha, se va al baño, se ducha, se pone el pijama y vuelve a la cama. Alejandra está en la misma posición que ella la ha dejado y la chica de compañía se mete con cuidado entre las sábanas intentando no despertarla.

—Irene —habla Alejandra sobresaltándola—. ¿Me abrazas?

Irene lo hace, se pega a ella y respira el olor de su cuello. Hace una plegaria silenciosa porque desea que ese momento, de ellas dos en esa pequeña habitación, no se acabe nunca.

Capítulo 22

Cuando Alejandra abre los ojos agradece que Irene le hubiera dejado un vaso de agua en la mesilla de noche, porque tiene la boca un poco pastosa.

—¿Resacosa? —pregunta Irene, que lleva rato despierta, pero estaba tan cómoda, que no ha querido levantarse.

Alejandra termina de beber agua y parpadea antes de frotarse los ojos y hacer una valoración de daños.

—Creo que no —dice y se gira hacia Irene con gesto todavía somnoliento—. Ni siquiera me duele la cabeza —añade sorprendida.

—Bueno, tampoco es que bebieras tanto como para eso, y nos viene genial, porque todavía faltan un par de horas para que llegue Eric y tú y yo tenemos algo pendiente.

La mano de Irene se desliza sobre el vientre de Alejandra y esta exhala un suspiro de anticipación que no puede contener. Irene es la que toma el control desde el principio, empezando por comerse a besos el cuerpo de Alejandra antes de quitarle las bragas para devorar su sexo como si fuera el manjar más exquisito.

Las dos salen de la ducha justo unos minutos antes de escuchar las llaves de la puerta cuando Eric la abre. Irene se ha metido en la cocina para preparar el desayuno mientras Alejandra hace la cama y ventila la habitación. La heredera se queda quieta, atenta como una espía esperando a que Eric termine de saludar a su madre para abordarlo porque, a pesar de que estaba un poco perjudicada, hubo un detalle que no se le escapó cuando se estaban despidiendo de los amigos de Irene y tiene que confirmarlo.

—Hola, Alejandra —Eric la sobresalta cuando aparece en la puerta para saludarla.

Alejandra no se lo esperaba y siente una especie de alegría extraña. Tiene mucha conexión con el chaval y se acaba de dar cuenta de que, aunque siempre ha pensado que cuando tenga pareja, prefiere que esta no tenga ningún hijo, en el caso de Irene, no le importa en absoluto que tenga a Eric.

—Buenos días, Eric. ¿Qué tal en casa de tu amigo? —se interesa mientras sale de la habitación y le hace una seña para entrar en la de él.

—Bien, cenamos pizza en la habitación mientras jugábamos a la consola —responde risueño.

—Eso es genial —dice y le da una palmada en la espalda—. Oye, necesito preguntarte algo —dice Alejandra bajando la voz para que Irene no la escuche.

Eric esboza una sonrisa divertida, encantado de ser cómplice de lo que sea que está pensando Alejandra.

—¿El qué?

—Ayer, la amiga de tu madre dijo que su cumpleaños es dentro de un par de semanas. Eric pierde la sonrisa, lo que deja a Alejandra descolocada por completo.

—¿No es verdad?

—Sí, sí que lo es —responde Eric.

—Genial, porque he pensado que podríamos organizarle una fiesta sorpresa entre los dos —dice emocionada—, podemos hacer la comida que más le guste, invitar a su amiga y

después...

—Mi madre nunca celebra su cumpleaños —la interrumpe Eric, aplastando la ilusión de Alejandra.

—¿Cómo que no lo celebra? —pregunta sin comprender nada—. ¿Por qué?

—No lo sé —Eric mira hacia la puerta asegurándose de que su madre sigue en la cocina—, ese día intenta aparentar que es normal, pero siempre está triste, yo se lo noto, pero le pregunto y dice que está bien.

Alejandra está petrificada, pero sobre todo se siente mal, porque acaba de borrar la sonrisa de Eric con sus preguntas.

—Bueno, tú no te preocupes —Alejandra lo abraza de manera espontánea y sincera—, seguro que no es nada, es que las mujeres somos un poco especiales y no nos gusta cumplir años.

—Sí que sois raras —sonríe él y enciende el ordenador justo cuando Irene los llama para desayunar.

Alejandra es la única que acude porque Eric ha desayunado en casa de su amigo. Mientras comen, Irene le explica que podrían aprovechar que es domingo y hace buen día para ir a dar un paseo y hacer tiempo para la hora de comer.

—¿Me estás escuchando, Alejandra? —pregunta ladeando la cabeza.

La heredera asiente, pero lo cierto es que no puede dejar de pensar en lo que Eric le ha contado.

—¿Y qué he dicho?

—Que vayamos a pasear —contesta Alejandra como un autómatas.

—¿Y te parece bien? —Irene comienza a molestarse.

—Sí, pero antes necesito preguntarte algo —reacciona por fin, Alejandra.

Irene se pone en alerta, temerosa de alguna pregunta relacionada con su trabajo, alguna duda tonta de Alejandra de esas que tanto le molestan y que acaban en discusión.

—Tú dirás —responde seca.

Alejandra, que percibe su tensión, se levanta de su silla, se acerca a la puerta de Eric para entornarla y después regresa y se sienta al lado de Irene.

—Le he preguntado a Eric por el día de tu cumpleaños, porque quería darte una sorpresa, y me ha dicho que nunca lo celebras.

A Irene se le vacían los pulmones y su expresión cambia de ese modo alerta, a la derrota más absoluta, estremeciendo a Alejandra.

—¿Qué pasa? —pregunta la heredera aferrándose a sus manos, temiendo que Irene se cierre en banda y decida dejarla con la intriga, pero Irene siente que es un libro abierto para Alejandra y que no tiene ganas de ocultarle nada.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre el padre de Eric? —pregunta con la mirada perdida en un recuerdo demasiado oscuro y doloroso para ella.

—Sí, claro —responde Alejandra con la voz estrangulada.

—Pasó el día de mi cumpleaños; por eso no lo celebro, porque es como celebrar que aquel hijo de puta...

—Vale —Alejandra la corta y se abraza a ella estrechándola con tanta fuerza que a Irene no le queda más remedio que sonreír mientras intenta limpiarse la humedad que ha aparecido en sus ojos—. No sabes cuánto lo siento —le susurra la heredera, repartiendo besos por su cara hasta que aterrizan sobre sus labios con una ternura que derrite a Irene.

—Eric podría salir —susurra contra su boca.

—Sí, lo siento —Alejandra sonríe, se aparta y le recoge un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Vamos a dar ese paseo? A mí también me apetece —pregunta ofreciéndole la mano para que se levante.

Capítulo 23

—Dime, Rafael —contesta de forma cortante Alejandra cuando responde la llamada del abogado de la familia.

—Tu padre me ha pedido que contacte contigo para citarte —explica con su usual tono monocorde.

Un escalofrío repentino sorprende a Alejandra, no le da buena espina esa reunión. Su padre es bastante metódico y cada vez que quiere tratar algún tema, programa con antelación la reunión a no ser que sea algo muy urgente, pero Alejandra sabe que no lo es y que esa llamada seguro que tiene algo que ver con el acuerdo que tienen con Irene.

—Has de asistir sola; tu padre no quiere que vayas con nadie más —continúa el abogado ante el mutismo de la heredera.

Eso termina de confirmarle a Alejandra que esa reunión es para hablar de la chica de compañía.

Alejandra revisa la hora y decide arreglarse, justo ese día tiene que revisar una cantidad exorbitante de documentos en la farmacéutica y había pensado pasar el día allí trabajando, pero el cambio de planes trastoca su agenda y antes de ir a la oficina, tiene que ir a la dichosa emboscada en casa de sus padres. Decide no contarle nada a Irene y se despide de ella como cualquier otro día, se sube a su coche y pone rumbo a la mansión.

—Llegas pronto —suelta Francisca Láinez cuando ve a su hija aparecer en el salón.

—Yo también me alegro de verte, madre —ironiza Alejandra.

—Tu padre está en su despacho con Rafael, pediré que le avisen de que ya estás aquí.

Como una reina en su palacio, Francisca levanta una mano para llamar a una de las chicas de servicio que trabaja en su casa. La joven, muy diligente, cumple con la petición de la señora de Prado y desaparece hacia la cocina para servir unas bebidas.

Ernesto atraviesa el salón con parsimonia acompañado del abogado, que parece haberse cambiado el peluquín que siempre lleva por uno con aire más jovial, haciéndolo ver más repulsivo de lo habitual. Se sientan cada uno en una butaca frente a Alejandra cargados con un silencio que está poniendo muy nerviosa a la heredera.

—Como bien sabes, la salida a bolsa ha sido todo un éxito —comienza Ernesto Prado —, hemos hecho un análisis exhaustivo y la acogida ha sido tal y como lo habíamos planificado. Hemos comprobado que el escarceo con la puta no ha traído ninguna consecuencia gracias a mi plan, así que he decidido acabar con el acuerdo —zanja con desdén.

Alejandra no dice ni una palabra porque no sabe qué decir. Su madre mantiene esa expresión que le confieren los cientos de tratamientos que se aplica, Rafael la mira con la ceja elevada y su padre se mantiene con la pierna cruzada y la tranquilidad de aquel que sabe que tiene el control.

—Se hará un comunicado, ya hemos pactado con varias revistas para publicar algunas fotos y un pequeño reportaje en el que anunciaremos, entre otras cosas, tu ruptura con Irene Verdejo —interviene Rafael a la vez que abre una carpeta y saca varias fotos de Alejandra

en diferentes poses—, tus padres han elegido estas imágenes para dar la noticia.

—Vamos a esperar unos días para enviar la información, pero hoy mismo tienes que salir de ese agujero en donde vive esa mujer —Ernesto Prado suelta las palabras tan cargadas de desprecio que, si se mordiera la lengua, caería enfermo—. Vuelve al ático, cierra las piernas por un tiempo y todo irá bien.

—Creo que es momento de que te replantees ciertas cosas, Alejandra —esta vez interviene Francisca con frialdad—. Tu padre y yo creemos que esta etapa de experimentación tiene que acabar ya.

Alejandra sigue con la boca como si la tuviera cosida, incapaz de pronunciar palabra porque además de que aún le cuesta asimilar esa repentina rotura de contrato que no esperaba, le sigue costando creer que sus padres sean tan despectivos con ella, la sigan manipulando como lo han hecho desde que era una niña y que, además, sigan asumiendo que su orientación sexual se deba a un mero experimento. Se pone de pie y observa a su padre que tiene tal cara de triunfo que sabe que si él no fuera quien le dio la vida, Alejandra le borraría la expresión de un buen puñetazo.

—¿Me has oído? —pregunta Ernesto Prado.

—Sí, te he escuchado.

Y con esa respuesta, la empresaria atraviesa el salón y sale de la casa de sus padres. No duda, sabe bien que, aunque tenga que ir a la farmacéutica, hablar con Irene le parece más importante. Alejandra está harta de ser para sus padres el títere roto y por una vez en su vida, decide meterles una patada en el culo a Francisca y Ernesto para pensar en ella misma.

—¿Qué haces aquí?, ¿ha ocurrido algo? —pregunta Irene nerviosa tras ver la expresión de Alejandra al entrar en casa.

—Tenemos que hablar —es lo único que dice y a Irene el corazón se le para en seco.

—¿Qué pasa, Alex? —en cuanto sus piernas reaccionan, Irene se acerca a la chica.

Alejandra la coge de la mano y la lleva hasta el sofá, se ladea y enfoca a Irene llenando sus pulmones todo lo que puede.

—Vengo de casa de mis padres. El acuerdo que has firmado queda zanjado.

La cara de Irene se desdibuja en una mueca casi de horror. Ella sabe lo que significa el fin de ese trato que cerró con Ernesto Prado; separarse de Alejandra.

La heredera le cuenta con todo detalle el encuentro que sostuvo hace un rato y no puede evitar que se le humedezcan los ojos al recordar cada una de las palabras despectivas de sus padres.

—Me he enamorado de ti, Irene. Todo este tiempo a tu lado —Alejandra cabecea asomando una sonrisa en sus labios—, he sido muy feliz. Antes, cuando alguna chica me gustaba, lo intentaba todo para que la relación funcionara, pero al final, por una cosa u otra, no resultaba. En cambio, contigo, todo fue muy natural desde la primera vez que te vi. Cuando te toqué aquella tarde, sentí que habíamos conectado de una manera increíble y ahora viviendo contigo y con Eric, me doy cuenta de que esa conexión es real.

Irene cierra los ojos, está petrificada. Si no fuera por el sube y baja de su pecho, Alejandra podría pensar que la mujer ha perdido el conocimiento y le asusta creer que su novia ficticia no se sienta igual que ella. Tiene claro que no va a intentar convencerla, Alejandra se ha mostrado tal como es con ella y con Eric, les ha demostrado lo mucho que le importan y si Irene la rechaza, ella no insistirá.

—Quiero intentarlo contigo, de verdad que me encantaría estar a tu lado sin un acuerdo de por medio. Estoy dispuesta a enfrentar a mi familia, Irene, pero quiero saber si

tú quieres lo mismo que yo.

La chica sigue callada y al escuchar esto último abre la boca demostrando con su expresión que las palabras de Alejandra le han impactado. Sabe que tiene que contestar, pero las palabras se le han atascado en la garganta. No es hasta que Alejandra baja la mirada con derrota, que se da cuenta de que está dando la impresión equivocada.

—Yo no conozco el amor —empieza a hablar y Alejandra abre mucho los ojos—, pero cuando estoy contigo siento una felicidad que solo he experimentado al lado de mi hijo. Me siento protegida cuando me abrazas, el estómago me cosquillea cuando te acercas para besarme y cuando no estás, te echo mucho de menos. Eso es estar enamorada, ¿no?

Alejandra se recoge las lágrimas que le ruedan por la cara.

—Yo creo que sí —contesta la heredera.

—Entonces estoy enamorada de ti, Alejandra Prado.

Las dos mujeres sonríen ampliamente y se miran durante unos segundos. Irene le acaricia el rostro y Alejandra le besa la mano con cariño.

De repente la expresión de Irene cambia, sus ojos ahora tienen un destello de miedo.

—¿Qué pasa, Irene?

—Tengo miedo, tu padre... —suspira—, tu padre me amenazó varias veces, lo sabes. Y siento pánico al pensar en cómo va a reaccionar cuando sepa que hemos decidido estar juntas. Puedo enfrentar lo que sea, pero no puedo permitir que Eric se vea afectado de ninguna manera.

—No te preocupes —Alejandra se acerca más a ella—, cuando venía para tu casa estuve pensando en eso. No sabía si tú también querías comenzar algo conmigo, pero me he adelantado un poco. Hoy mismo me iré al ático, estoy segura de que mi padre tiene a alguien por ahí observándolo todo y no quiero levantar ninguna sospecha. Necesitaré unos días para prepararlo todo y después hablaré con ellos.

—¿Estás segura de que quieres enfrentarte a tu familia para salir con alguien como yo? —pregunta Irene presa de la angustia, por su mente ha cruzado la posibilidad de que Alejandra se dé cuenta de que no merece la pena dejarlo todo por una mujer que ha tenido una vida tan desgraciada.

—¿Por alguien como tú? —Alejandra frunce el ceño—. Irene, tú me has devuelto la vida. Siempre lo he tenido todo, pero era una mujer vacía hasta que te conocí. Mi familia nunca me ha querido como debe ser, para ellos soy una vergüenza y yo tengo que empezar a pensar en mí.

Irene la abraza con fuerza, siente como el dolor atraviesa a Alejandra.

—Tú y yo lo haremos bien, te lo prometo —susurra Irene intentando transmitirle ese sentimiento, nuevo para ella, que tiene por esa chica que le derrite el alma con solo una mirada.

Capítulo 24

Alejandra cumplió su palabra. Después de esa conversación con Irene, recogió todas sus cosas, esperó a que Eric volviera del instituto para despedirse y se marchó a su ático. Se ha pasado cuatro días enteros dedicando todas las horas que no han sido de trabajo en la farmacéutica a dar con lo que necesita. Y ahora, se encuentra frente a la puerta de la casa de sus padres después de haber tenido que pedir cita como si fuera una extraña para poder hablar con sus progenitores.

La puerta la abre Francisca que, aunque su expresión plástica no deja que Alejandra lo perciba, se alegra de verla porque piensa erróneamente que su hija ha obedecido y ha zanjado cualquier vínculo con la puta, al menos, eso es lo que le ha confirmado el detective privado que su padre ha puesto para vigilarla porque no se fía de ella.

—Vamos, tu padre nos espera. ¿Te quedas a comer? Hoy vienen los Salvatore, su hijo es médico y...

—No me quedo, madre —contesta de manera abrupta su hija—, y no me interesa ningún hijo de nadie, en todo caso, serían las hijas —deja caer, tensando los músculos internos de su madre, porque su expresión sigue siendo la misma.

Alejandra entra en el despacho, donde su padre, acompañado por ese abogado de peluquín al que ella no soporta, también se encuentra. Madre e hija se sientan en la misma mesa redonda donde ellos están reunidos, y su padre le hace un gesto para que hable.

—Tú dirás, ¿has utilizado esa mente privilegiada tuya para proponer alguna mejora en la gestión de la farmacéutica? —suelta Ernesto con tono cansino.

—Pues la verdad es que no —responde Alejandra, cuyo comportamiento, está muy lejos de todas esas veces en las que entra en ese despacho y pierde toda su fuerza y voluntad hasta quedar anulada en un rincón—. He venido para deciros que estoy enamorada de Irene.

Francisca Laínez está segura de que escucha cómo el suelo cruje bajo sus pies. Clava la mirada en su hija y después en su marido, esperando que este haga lo que sea para corregir lo que para ella es la peor de las desgracias.

—No estoy aquí para pedir vuestro permiso ni esperar vuestra aprobación —sigue la heredera ante el mutismo de todos los presentes—, simplemente he venido para informaros antes de que os enteréis por la prensa, porque pienso iniciar una relación con ella y no voy a esconderme.

—¡Eso será por encima de mi cadáver! —explota Ernesto dando un fuerte golpe sobre la mesa.

Francisca da un gritito tras el susto, pero enseguida suspira de alivio al ver que su marido va a intervenir.

—Antes muerto que aceptar que mi hija esté con una puta. ¿Tú quién te has creído que eres para venir a esta casa y humillarnos de esta manera?

—Mide tus palabras, padre, de ahora en adelante os prohíbo que le faltéis al respeto —dice con una voz glacial que sorprende a su madre.

Ernesto, que está colérico, protesta y comienza una discusión que no va a ningún sitio porque cada cosa que dice, su hija se la rebate y eso es algo a lo que no está acostumbrado,

así que hace con ella lo mismo que hace con todos los que para él son una amenaza.

—Piénsate bien lo que haces, Alejandra, porque le puedo arruinar la vida tanto a ella como a su hijo, y si la quieres tanto como dices, lo mejor es que la dejes.

Alejandra deja salir una sonrisa cansada, en el fondo, esperaba que su padre no recurriera a ese tipo de amenazas con ella.

—Me obligas a ser como tú —dice y deja un lápiz de memoria sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —pregunta su padre con los ojos a punto de saltarle de las cuencas.

—Aquí hay información que puede hundir esta farmacéutica que tanto quieres —suelta y el que se tensa es el abogado.

—Mientes —sonríe su padre como un tarado.

Alejandra empuja el lápiz hasta el abogado, que lo atrapa como si fuera una mosca incómoda sobre la mesa.

—No miento, puedes comprobarlo.

—No vamos a comprobar una mierda —sigue en sus trece Ernesto, cuyo ego le impide pensar que su hija puede ganarle la partida.

—¿Qué estás tramando, Alejandra? —pregunta Francisca, tan sorprendida, que parece que el bótox se ha movido y tiene una ceja más alta que la otra—. ¿Qué hay en ese cacharro?

—Bueno, como veo que nadie quiere verificarlo, te lo voy a explicar yo, madre. Ahí hay una serie de informes que demuestran que papá sacó al mercado un medicamento tras haber manipulado los resultados de todas las fases de prueba. Es un puto delito, en esas fases se descubrió que había efectos secundarios peligrosos en más de cuarenta por ciento de los sujetos que lo probaron y, aun así, el laboratorio siguió adelante por orden tuya —dice señalando a su padre, que ha palidecido—. ¿Sabes lo malo de hacer las cosas mal, papá? Que siempre quedan pruebas, y yo las tengo.

—El medicamento se ha corregido, para cuando salió a la venta, los efectos secundarios eran mínimos —responde el abogado con un nudo en la garganta.

—¿Entonces es verdad, Ernesto? —pregunta Francisca espeluznada.

—Claro que lo es —responde Alejandra—, y si sale a la luz, te arrastrará a ti con su mierda, mamá, porque también eres socia y firmas todo lo que te ponen delante sin mirar.

—No te atreverás —dice Ernesto en tono amenazante.

—Claro que me atreveré, padre. Siempre he estado bajo vuestro yugo, dejando que me manipuléis, trabajando en algo que no me gusta solo para contentaros y aceptando todos vuestros comentarios despectivos solo porque sois mis padres, pero se ha terminado.

—Claro que se ha terminado, te voy a desheredar y a cerrarte el grifo —amenaza, lleno de rabia.

—Me da igual lo que hagas, desde ahora mismo, hago efectiva mi dimisión en la empresa. Tengo la mía propia, ¿sabéis? Me da lo suficiente y no juego con la salud de nadie. He encontrado eso sobre un medicamento, pero estoy segura de que, si sigo buscando, puedo encontrar sobre más. Dejadme en paz a mí, pero sobre todo a Irene y a su hijo. Dejadnos hacer nuestra vida y yo no haré pública esa documentación —dice antes de levantarse y abandonar el despacho, sintiendo una mezcla de tristeza y alivio.

Capítulo 25

—Venga, Irene, no seas sosa —suelta Vanesa viendo la cara de hastío de su amiga.

—Sabes que detesto hacer cualquier cosa este día —contesta mientras coge su bolso para salir de casa.

El cumpleaños de Irene ha llegado y con él la desazón que siente la chica cada vez que cumple un año más de vida. Ese día, Vanesa ha aparecido en su casa, sin previo aviso, para arrastrarla al centro de la ciudad. La también chica de compañía ha alegado que tiene que hacer algunas compras, que a Irene le vendrá bien pensar en otra cosa y ya de paso, comen en ese sitio tan mono que han abierto nuevo y promete los mejores platos fusión de la zona. Pero para la madre de Eric, que siente una placa de hormigón en el pecho, salir de su espacio seguro y falsear una sonrisa, le parece demasiado. De ahí que tenga esa expresión rancia y los hombros caídos.

—Ya verás como te distraes, no es sano quedarte encerrada todo el día aquí —argumenta Vanesa mientras le pone la mano en la espalda para que se apresure a salir a la calle.

—Deja que le envíe un mensaje a Alejandra, esta mañana le dije que estaría todo el día aquí y no quiero que vuelva a casa y no me encuentre.

—Sí que te has encoñado —contesta Vanesa con una carcajada.

Irene la fulmina con la mirada y devuelve la vista al teléfono móvil para acabar de enviar el mensaje.

—¿A dónde vamos? —pregunta Irene guardando el móvil e ignorando el comentario de su amiga.

—Al centro, ya te lo he dicho. Es mejor que vayamos en taxi, que luego aparcar allí es una auténtica locura.

Tres horas después y varias bolsas diferentes, las dos amigas están acabando de comer mientras Vanesa cuenta algunas anécdotas sobre su último servicio.

—No te lo puedes imaginar —dice Vanesa con los ojos muy abiertos—, la mujer llegó antes de lo esperado y encontró a su marido con un tanga puesto y siendo azotado por una puta.

Irene suelta una carcajada sin poder evitarlo.

—Joder, vaya momento. Aunque siento pena por su mujer —dice Irene.

—No lo estoy justificando —dice Vanesa con seriedad—, pero este hombre es un buen cliente y hablamos mucho. Él ha intentado explicarle a ella sus gustos e incluso hizo una cita con una terapeuta sexual para que acudieran los dos, pero ella se ha negado siempre, es una mujer tradicional que solo hace el misionero una vez al año, que es cuando follan.

—No creo que engañarla con otra mujer sea la solución —zanja Irene.

—Y tú, ¿qué harías si Alejandra te dice que ya no le gusta el sexo tradicional y lo que quiere es que la sodomices?

Irene ladea una sonrisa sin querer y se asombra a sí misma al pensar lo mucho que le gustaría tener a su chica dominada de esa manera en la cama al menos una vez.

—No me lo digas, por favor —suelta Vanesa, que intuye los pensamientos de su amiga—. Mejor cuéntame sobre esa conversación que tuviste con tu chica y que aún no has compartido conmigo.

Irene se ríe porque ha torturado a su amiga desde que le contó, muy por encima, sobre el encuentro que sostuvo Alejandra con sus padres.

—Alex encontró información que podría perjudicar a la farmacéutica y amenazó a sus padres con hacerla pública si no nos dejaban en paz. Su padre es un cabrón y quien sabe lo que estaba dispuesto a hacer contra mí para que me alejara de su hija.

—Joder con la heredera —suelta Vanesa impresionada de la que la chica haya enfrentado de esa manera a sus progenitores.

—Bueno, técnicamente, es ex heredera.

Vanesa afirma con la cabeza.

—Y ¿cómo lo vais a hacer? Me refiero a vuestra relación.

—Iremos con calma. Alejandra tiene su empresa y ahora que se dedicará al completo, tiene varios proyectos que desarrollar. Yo quiero hacer algo con el dinero del acuerdo. No pienso vivir del dinero de Alex y mucho menos quedarme en casa sin trabajar.

—Ya era hora de que llegara tu momento, Irene —Vanesa le coge una mano por encima de la mesa—, me alegra mucho que por fin seas feliz.

Irene le sonríe de forma cariñosa. En el fondo, si Vanesa no le hubiera hablado de ese trabajo, no hubiera conocido a Alejandra Prado y lo que comenzó en unas pautas plasmadas en un papel, no hubiera acabado en una relación que hace que Irene sienta por primera vez en su vida protección, amor y sinceridad.

—Venga, vamos que llegamos tarde —corta Vanesa el momento porque a ambas los ojos se les han humedecido y ese día no quiere tristezas.

—¿A dónde? —se tensa Irene, que ya estaba imaginando la suavidad de su cama.

—He comprado entradas para esa película que querías ver.

Irene frunce el ceño.

—Yo no he dicho que quería ver alguna peli —dice la madre de Eric.

—Me lo dijo Alejandra —zanja sin dar más explicaciones—, así que mueve ese culo respingón y vamos.

Contrario a lo que esperaba, Irene se relaja mucho y disfruta de la función. Una comedia con tintes dramáticos digna de ser emitida en televisión nacional un domingo por la tarde, pero que a ella le hace mucha gracia y que cuando vio el tráiler, unas semanas antes, decidió que iría al cine a verla cuando ya estuviera disponible.

—¿Te lo has pasado bien? —pregunta Vanesa por mero formalismo, porque sabe que su amiga ha disfrutado del día, aunque al principio haya renegado al salir de su casa.

Irene se acerca a ella y la abraza con fuerza.

—Gracias por este día y por todos los que has estado a mi lado, me has apoyado siempre, Vane, y jamás podré agradecerte todo lo que has hecho por mí y por Eric.

—Me vas a hacer llorar, gilipollas —se ríe Vanesa con la voz entrecortada mientras se seca una lágrima traicionera.

Irene sonríe y le da un cachete en el culo para echar a andar hacia el taxi que ya ha llegado a recogerlas.

Han estado todo el día fuera e Irene desea con locura llegar a su casa, ducharse y tumbarse en el sofá con una cerveza. A pesar de que para ella es un día que le gustaría que pasara sin pena ni gloria, ha disfrutado de estar con Vanesa, pero cuenta los minutos para

ver a Alejandra y besar esa boca que cada vez le gusta más. El corazón se le desboca cuando el taxi dobla la esquina y la chica observa el coche de la empresaria aparcado frente a su casa. Las dos mujeres bajan del vehículo e Irene introduce la llave en la cerradura. Cuando abre la puerta, se queda petrificada porque en medio del pequeño salón, hay una mesa colocada con varias velas, vasos, platos y cubiertos. Eric está de pie, sonriente, vestido con una camisa de manga larga y un pantalón de pinza que lo hace ver como un chico mayor que va a su primera cita. A su lado, Alejandra, con ese aspecto gamberro que le dan ese tipo de pantalones que suele ponerse y una camiseta estampada con la cara del malo de la Guerra de las galaxias.

—Sé que no te gusta tu cumple, pero este será diferente —dice Alejandra, que se acerca con nerviosismo a Irene—, Eric y yo te hemos preparado una velada y hemos pedido la cena de tu restaurante favorito.

Irene conecta su mirada con la de Alejandra y en su cara se dibuja una sonrisa sincera, sobre todo cuando su hijo se acerca y la abraza para susurrarle al oído el *feliz cumpleaños* más bonito que le han deseado nunca.

Se sientan a la mesa y Eric se encarga de servir unas bebidas para todos mientras hablan de temas banales.

—Momento de abrir los regalos —anuncia el joven tenista.

—Primero el mío —se adelanta Vanesa y le entrega una de las bolsas que han cogido esa tarde.

Irene entrecierra los ojos.

—Eso es trampa —dice mientras ve a Vanesa con la expresión de aquel que hace una gran apuesta y gana.

—Es muy difícil hacerte un regalo, así que pensé en que tú misma lo eligieras haciéndote creer que era para mí.

Irene abre la bolsa temiéndose que sea el juego de lencería negro y el vestido corto blanco. No se equivoca.

—Ahora el mío —se levanta Eric—, espero que te guste, mamá.

Irene amplía la sonrisa y el alma le brilla, cualquier cosa que su hijo le regale para ella es un tesoro y está segura de que fue Alejandra quien acompañó a Eric para comprar el regalo y, además, pagarlo.

—Después te ayudo a configurarlo —dice Eric contento al ver cómo su madre saca un reloj digital de la bolsa —, es una pasada, incluso puedes dejar el móvil en casa y hacer todo con el reloj estando en la calle.

Irene lo abraza agradeciendo el detalle, aunque está segura de que ella, ni en un millón de años, hubiera comprado tal artilugio a pesar de que Eric lleva años intentando que su madre se modernice.

En ese momento, Alejandra entra a la habitación principal para segundos después aparecer con una caja de color negro de tamaño mediano. Sin decir ni una palabra, se la entrega a la cumpleañera e Irene la recibe con gesto curioso. La abre con cuidado y su contenido la deja perpleja. Hay un cuenco de metal, varias hojas blancas, un bolígrafo, un bote de alcohol y cerillas.

—Mi regalo es diferente —comienza a explicar Alejandra—, es una especie de ritual que se hace en muchas culturas. En estas hojas —las señala—, podrás escribir todo lo que quieras olvidar, lo que desees no recordar jamás.

A Irene se le inundan los ojos y Alejandra deja una leve caricia en su mano antes de

continuar.

—Después, lees lo que has escrito, rompes las hojas, las metes en el cuenco, lo empapas con alcohol y, con la cerilla, lo quemas todo.

Todos se mantienen en silencio escuchando a Alejandra y cuando acaba, como habían ensayado, se levantan y dejan a la cumpleañera a solas para darle tiempo e intimidad.

Al cabo de veinte minutos y con la cara empapada en lágrimas, Irene empieza a romper las tres hojas que ha escrito y las mete en el cuenco. En ese momento, Alejandra se acerca y lo coge entre sus manos para que Irene eche el alcohol y encienda la cerilla.

—Hoy es el primer día de tu nueva vida, Irene —dice Alejandra con la voz contenida—, a partir de ahora, el pasado y los malos recuerdos se quedan atrás.

Irene no sabe si es el momento, el ritual o la montaña rusa de emociones que ha experimentado ese día, pero siente un alivio tal que cree que puede volar. Ese nudo en el pecho que la asfixia desde hace años parece haberle dado una tregua y aflojado su agarre y como ignora si es algo momentáneo, decide disfrutar todo lo que pueda de esa libertad que ha empezado a sentir.

Una hora después, Eric está encerrado en su habitación, Vanesa se ha marchado y Alejandra está en la cama mientras Irene sale de la ducha y se tumba al lado de su chica que la espera con una expresión de angustia que solo le ha visto una vez; el día que sus padres le anunciaron que el acuerdo llegaba a su fin. Teme que haya ocurrido algo y Alejandra se lo haya ocultado para no chafar más ese día.

—¿Qué pasa, Alex? —pregunta con miedo.

Alejandra la enfoca y le coge una mano.

—Sé que es la primera vez que aceptas celebrar tu cumpleaños y créeme que no he querido faltar a eso, pero...

Irene la silencia poniéndole un dedo en los labios.

—Ha sido uno de los mejores días de mi vida —ambas sonríen—. De estos tengo muy pocos, puedo contarlos con los dedos de una mano, pero en la mayoría de ellos, tú has estado presente.

Las dos mujeres, casi coordinadas, se acercan y se besan con calma. Ambas están tan a gusto que no quieren que se acabe ese día, sobre todo Alejandra Prado, que después de tantos años y tantas mujeres, jamás creyó encontrar el amor en una casa de citas.

Capítulo 26

—Venga, Eric, date prisa, que vamos a llegar tarde y tu madre se va a enfadar —dice Alejandra mientras guarda su raqueta en la funda.

Eric se ha parado a hablar con un compañero del que se está haciendo bastante amigo, y a Alejandra le sabe mal molestarlo, pero ese sábado por la mañana, han ido a jugar un partido que se ha prolongado más de la cuenta y ella le ha prometido a Irene que llegarían pronto para ayudarla a hacer la comida.

—Qué difícil es dar contigo —dice Nerea, apareciendo como un espectro a su lado.

Alejandra se incorpora para saludarla y la ve con la mirada clavada en Eric, una mirada desdeñosa que la pone de mal humor.

—¿Ese no es el crío de la puta? —pregunta Nerea como quien habla del tiempo.

—Ese crío se llama Eric, y ya te dije una vez que no hablaras así de su madre —contesta Alejandra aguantándose las ganas de romperle la raqueta en la cabeza.

—Últimamente estás insoportable, Alex —contesta Nerea sin más—, y desaparecida, te he llamado varias veces y no has contestado. ¿Dónde te metes?

—No te he contestado por cosas como la de ahora, Nerea —dice Alejandra, dispuesta a dejar atrás todo lo que no le gusta de su vida—. No me gusta como hablas de Irene ni me gusta como miras a su hijo, al que te aseguro que vas a ver mucho conmigo. Y si sigues mirándolo como si fuera un insecto, tú y yo tendremos problemas serios.

Nerea parpadea, impactada.

—¿Estás de broma?

—Ya me has escuchado. ¡Eric, vamos! —grita y echa a caminar dejando a Nerea con la boca abierta.

Alejandra y Eric hacen el camino de vuelta hablando del partido que han jugado y también del hambre que tiene el chaval.

—Pues tendrás que esperar un poco, aunque si tu madre no ha empezado con la comida, a lo mejor podemos ir a comer a algún sitio —comenta en voz alta.

—Hamburguesas —aplaude Eric.

—Ni hablar, eso para la cena —rebate Alejandra arrancándole una carcajada.

Cuando entran en casa de Irene, Alejandra se queda petrificada al encontrarse con su hermano Jorge en el salón. Irene sale de la cocina y se acerca a ella después de darle un beso a su hijo y pedirle que vaya a su habitación.

—¿Qué hace aquí? —pregunta Alejandra en un susurro, tensa como la cuerda de un arco.

—Ha venido a verte, relájate, yo voy preparando la comida. Si me necesitas, grita.

Irene le guiña un ojo antes de dejar a los dos hermanos solos en el salón.

—Hola, hermana —se levanta Jorge y se acerca a ella para abrazarla.

Alejandra le devuelve el abrazo, recelosa al principio, pero cariñosa al final. Entre ellos nunca ha habido mala relación, solo ese conflicto que sus propios padres han creado entre ellos empeñados en señalar todos los defectos de Alejandra ante los triunfos de su hermano.

—Si te han enviado para que me hagas entrar en razón, es mejor que te marches, Jorge, contigo no quiero discutir.

—¿Por qué no te sirves una cerveza y te sientas? —propone su hermano muy tranquilo, señalando la cerveza que él ya tiene después de que se la haya ofrecido Irene.

Alejandra lo mira dubitativa, pero cede y camina hacia la cocina, donde casi se tropieza con Irene, que salía a entregarle la cerveza porque ha escuchado a Jorge.

—He dicho que te relajes —le susurra Irene, y le da un beso en la mejilla al mismo tiempo que le entrega la cerveza.

Alejandra sonríe y, de algún modo que no se explica, se siente más tranquila al saber que Irene quiere que hable con su hermano.

—Bueno, tú dirás —dice sentándose frente a él después de dar un trago a su cerveza.

—Vengo en son de paz, Alex, a mí no me envía nadie. Me enteré de vuestra discusión ayer por la tarde, cuando nuestra madre vino a casa a contármelo bastante desquiciada. No te voy a negar que me pidió que hablase contigo —dice sonriendo mientras mira hacia la cocina—, pero sinceramente, a mí tu relación con Irene me parece bien, además, me parece una chica encantadora.

—¿En serio? —pregunta Alejandra sorprendida, sin contener media sonrisa que le está contagiando su hermano.

—En serio. De hecho, si te parece bien, podrías venir la semana que viene a cenar a casa, el chaval también, claro —dice haciendo una seña hacia la puerta por la que Eric ha desaparecido.

—Se llama Eric, perdona, es que me ha sorprendido tanto verte aquí.

Alejandra lo llama y le presenta a su hermano.

—¿Te quedas a comer? —pregunta Irene saliendo de la cocina.

—Me encantaría, pero he quedado. Ya le he dicho a Alex de quedar la semana que viene, así conocéis a mi hija —dice dirigiéndose a Irene.

—Claro —responde Irene mirando a Alejandra con una sonrisa.

Los dos hermanos se despiden con otro abrazo y Alejandra e Irene se encierran en la cocina para seguir haciendo la comida, descartando salir a comer fuera.

—No esperaba que se pusiera de mi parte, la verdad, aunque entre nosotros no haya ningún problema, nunca le ha llevado la contraria a mis padres en nada, por eso es su favorito —comenta Alejandra sorprendida.

—Bueno, supongo que hay cosas y cosas, Alex, y una hermana es una hermana. Me alegro mucho de que lo tengas de tu lado, de verdad, me preocupaba mucho este distanciamiento con tu familia —confiesa la madre de Eric.

—Mi familia ahora sois Eric y tú, bueno, y mi hermano —añade con una risa tonta que acaba con una carcajada de las dos.

El resto del día transcurre con normalidad en la casa, aunque Alejandra ha notado que Irene se quedaba absorta muchas veces, sobre todo cuando han decidido ver una película por la tarde y se ha dado cuenta de que perdía el hilo todo el tiempo.

—¿Estás preocupada por algo? —le pregunta por la noche, cuando ya están en la cama.

Irene suspira y ladea la cabeza hacia ella.

—Mi madre ha vuelto a escribirme; insiste en ver a Eric y ya no sé si hago bien en prohibírselo. Al fin y al cabo, está rehabilitada y se supone que hay que dar segundas oportunidades —dice y vuelve a suspirar, agobiada.

—Yo creo en las segundas oportunidades, pero también pienso que hay personas que no se las merecen —dice Alejandra, que no es capaz de controlar el odio que siente hacia

los padres de Irene—, pero quizá en este caso, no has de pensar en ti, sino en Eric, y preguntarle a él qué es lo que quiere hacer. Quizá ahora que es más mayor y maduro, sí que le apetece conocer a su abuela.

—Sí, a lo mejor tienes razón. Se lo preguntaré.

Epílogo

Seis meses después.

—Podría quedarme aquí toda la vida —suspira Irene con los ojos cerrados, disfrutando del sol y el sonido del mar.

Las dos mujeres decidieron darse un descanso después de meses sin apenas dormir, trabajando como locas. Un día Irene se plantó frente a Alejandra con billetes en mano y le dijo que en unos días se irían una semana a Punta Cana a descansar y a tomar mojitos aprovechando el campamento para amantes de la tecnología al que Eric asistía durante dos meses en Londres. Y allí están, en una playa paradisíaca bajo una gran sombrilla.

Alejandra está inmersa en el móvil haciendo seguimiento de su nuevo lanzamiento, una aplicación para realizar compras en supermercados que le dice al usuario dónde puede encontrar el producto más barato. Después de renunciar a todo lo relacionado con la farmacéutica Prado y no volver a saber nada de sus padres, Alejandra tomó el timón de su empresa. Ahora tiene dos oficinas en el centro de Madrid con más de cuarenta personas trabajando a su cargo y si antes ya funcionaba bien, ahora su compañía se ha posicionado en el top ten de empresas tecnológicas más importantes del país. Trabaja más, pero lo hace a gusto, sobre todo cuando consigue financiación para su fundación que beca a los chicos con bajos recursos interesados en todo lo relacionado con la informática.

Irene estuvo semanas dándole vueltas a una idea que tenía en mente desde hace tiempo. Quería hacer algo útil con el dinero que recibió del acuerdo con los Prado y cuando lo comentó con Alejandra, la chica la animó de inmediato, pero no fue hasta que vio la cara de ilusión de su hijo cuando Irene supo que tenía que hacerlo. El Pacto Burger es un hecho y, apenas un par de meses después de su apertura, el pequeño local está dando de qué hablar por su menú sencillo y el buen sabor de su producto. Fue Irene quien creó la carta incluyendo la única hamburguesa que a Alejandra le gusta, una con un disco de carne fino, beicon, mucho queso y una salsa especial que en realidad es una mezcla de varias cosas que Irene utilizó y, que, para asombro de todos, es la que más se vende en el local.

—¿Me has escuchado? —pregunta Irene al ver que Alejandra no contesta y estira el cuello para comprobar que la empresaria no para de revisar datos—, Alex, dijimos que aquí nada de trabajo.

Alejandra sube la mirada y enfoca a su chica antes de ladear una sonrisa que sabe que derribe a Irene.

—Era solo un momento —contesta Alejandra con aire inocente mientras guarda el móvil.

Irene niega con la cabeza mientras sonrío e intenta controlar dos fuertes espasmos que ha sufrido su entrepierna. Llevan meses juntas y, con tan solo un gesto, Alejandra sigue desarmándola.

—¿Qué tal va la aplicación? —dice y sorbe la pajita para acabar su caipiriña. La segunda en tan solo unas horas.

—Bastante bien, con los ajustes que hicimos hace unos días, la cantidad de descargas ha aumentado en un ochenta por ciento.

Irene eleva las cejas, impresionada. La aplicación no estaba teniendo el éxito deseado y Alejandra decidió hacer varias modificaciones que, por lo visto, han funcionado a la perfección.

—A mí todavía me cuestan mucho estas cosas, pero reconozco que con el sistema que creaste para la hamburguesería, llevar el control de todo es mucho más sencillo —dice Irene afirmando con la cabeza.

—Los chicos en la oficina están acabando la actualización de la aplicación de Eric para obtener métricas, pero estoy segura de que mucha gente va al Pacto Burger por las valoraciones y recomendaciones que dejan allí —comenta Alejandra, que ayudó a Eric terminar de diseñar la aplicación y ahora está disponible para todo el mundo—. Por cierto, hoy los llevarán al Museo Nacional de Computación.

Irene le clava la mirada y entrecierra los ojos.

—Mi hijo te quiere más a ti que a mí —dice frunciendo el ceño.

Alejandra suelta una risotada y se levanta de su tumbona para sentarse en la de Irene y estamparle un beso en los labios.

—Eso no es cierto —dice y le da otro beso—, nos gustan las mismas cosas, además yo entiendo de tecnología y a ti te cuesta un poco.

Irene le da un golpe en el brazo que resuena por toda la playa.

—Algún día lo entenderé y no podrás reírte más de mí —suelta con fingida molestia.

—Ya veremos —contesta Alex y salta a su tumbona para evitar otro ataque de su chica—. La próxima semana hemos quedado con Jorge para cenar en su casa.

—Y con Vanesa para comer el fin de semana —contesta Irene.

—Ha vuelto de Dinamarca con ese chico, ¿no? —pregunta la empresaria refiriéndose al flechazo que tuvo Vanesa con un danés de nombre impronunciable que estaba de vacaciones en Madrid.

—Sí, y van muy en serio. Mañana llegan a Madrid y quiere que nos veamos.

El danés sabía a lo que se dedicaba Vanesa y sin pedírselo, ella misma decidió dejar la agencia de chicas de compañía. Ya estaba cansada de lo mismo, tenía un buen dinero ahorrado y no se lo pensó cuando el chico le propuso ir a conocer su país. Llevan dos meses fuera de España y ahora que vuelve —no para quedarse— quiere quedar con ellas y con Eric.

Alejandra vuelve a coger el móvil e Irene le lanza una mirada aniquiladora.

—Es una notificación del hotel —se apresura Alejandra a aclarar—, hay una excursión que sale dentro de media hora y todavía quedan plazas para apuntarnos. Podríamos ir.

Irene levanta la mano cuando ve a uno de los camareros del bar que está en la playa privada del hotel en el que se alojan.

—Cariño, en unos días volvemos a Madrid, al trabajo y a las obligaciones. Pienso tomarme todas las caipiriñas que pueda; a mi hoy nadie me levanta de esta tumbona —dice, le guiña un ojo a Alejandra y se coloca las gafas de sol para seguir disfrutando del paraíso en el que está. Ya era hora de que la vida le sonriera a Irene Verdejo, y quién se iba a imaginar que lo haría después de aquel pacto inesperado para ambas.

Para que no te quedes con las ganas y esta misma noche te prepares la hamburguesa favorita de Alex, te dejamos la receta.





Hamburguesa queso y beicon

La de Alex


EL PACTO
BURGER HOUSE

Instrucciones:

- Salpimenta la carne picada, divídela en dos partes de 100 g cada una, dale la forma de hamburguesa y colócalas en una plancha caliente.
- Pon el beicon en la plancha y hazlo hasta que esté bien tostado.
- Corta la cebolla y el pepinillo en dados pequeños. Mézclalo con la mayonesa, la mostaza, la salsa de soja y el vinagre. Remueve y condimenta con sal, pimienta, cebolla y ajo en polvo. Echa la cantidad de queso parmesano que te guste.
- Pon las lonchas de 4 lonchas de queso sobre cada carne cuando esté al punto.
- Tuesta los panes de hamburguesa.
- Arma las hamburguesas colocando la carne con el queso, 3 lonchas de bacon en cada una y la salsa a gusto encima.

Ingredientes para dos:

- 2 panes de hamburguesa
- 200 g de carne picada
- 6 lonchas de beicon
- 8 lonchas de queso cheddar
- Sal y pimienta al gusto
- Aceite de oliva

Para la salsa

- Media cebolla
- Pepinillos
- 2 cucharadas de mayonesa
- Media cucharada de mostaza
- Media cucharada de salsa de soja
- Chorrillo de vinagre
- Cebolla y ajo en polvo
- Queso parmesano al gusto



El Pacto

Libros de este autor

Capitana Robles (Aliadas nº 1)

La cabo primero Marta Pinares no se fía de nadie, y mucho menos desde que todos intentan hacer pasar la muerte de un compañero como accidente cuando ella, que estaba presente, sabe que fue causada por la mala praxis del capitán al mando del ejercicio que realizaban en ese momento.

La capitana Virginia Robles llega a la base para sustituir al capitán González mientras concluye la investigación del aparente accidente. Su misión es doble, seguir con la instrucción del pelotón y al mismo tiempo descubrir qué fue lo que pasó aquel desafortunado día.

Consciente de lo difícil que será conseguir información en una base donde todo el mundo tiene orden de guardar silencio, la capitana Robles elige a la soldado más rebelde; la cabo primero Pinares. Pero se encuentra con un muro porque Marta desconfía de sus intenciones, hasta que el paso de los días le permite a Virginia demostrarle que está de su lado y entre ellas comienza a establecerse una relación de confianza al principio y de algo mucho más intenso conforme pasan tiempo juntas.

Sargento Pinares (Aliadas nº 2)

Una soldado desaparecida.

Un chivatazo que pone a todos los investigadores tras la pista de un teniente y una abogada que no piensa parar hasta llevar al responsable ante la justicia.

Marta y Virginia se trasladan a la provincia de Burgos para investigar la desaparición de la soldado Romero, pero no lo hacen en su mejor momento.

Tras una conversación que no debía tener mayor trascendencia, Virginia se ha dado cuenta de que, al parecer, ella y Marta no están en el mismo punto de la relación, lo que la deja tan confundida como hundida.

Ambas tratarán de llevar la crisis que atraviesan de la mejor manera, hasta que la presencia de la abogada Raquel Martínez, hace saltar todas las alarmas de Marta cuando se da cuenta de la conexión que tiene con Virginia.

La sargento tendrá que tomar una decisión en ese momento, aceptar que se ha equivocado o perder a la mujer de su vida, todo eso mientras van apareciendo pruebas y la desaparición de la soldado Romero se complica haciendo que teman el peor de los desenlaces.

Abogada Martínez (Aliadas nº 3)

La teniente Candela Montero tiene un problema muy serio cuando una cabo la acusa

de acoso. Aconsejada por su superior, va en busca de una abogada especializada en esos temas, Raquel Martínez.

Raquel es muy reticente con respecto al caso de Candela y solo decide aceptarlo cuando la capitana Robles intercede por ella.

Sin embargo, Raquel no tardará en arrepentirse, porque Candela es una clienta a la que parece haber mirado un tuerto, ya que, cuando Raquel trata de resolver un problema, la teniente genera otro nuevo poniendo a prueba la paciencia de la abogada.

Esa situación generará mucha tensión entre ambas desde el principio, tensión que sin que ninguna lo vea venir, irá dejando paso a otra cosa y provocará que, en cuestión de semanas, Raquel deje de ver a Candela como a una clienta más y Candela sienta que solo puede soportar la situación que vive porque la abogada está a su lado.